



MINISTERIO DE TRABAJO,
EMPLEO Y PREVISION SOCIAL



MEMORIA CONTRA EL OLVIDO

Relatos testimoniales del Golpe de Estado
del 17 de julio de 1980



Prohibida su venta

Biblioteca Laboral N° 70

MEMORIA CONTRA EL OLVIDO

**Relatos testimoniales del Golpe de Estado del
17 de julio de 1980**

Ministerio de Trabajo, Empleo y Previsión Social

Título: MEMORIA CONTRA EL OLVIDO. RELATOS TESTIMONIALES DEL GOLPE DE ESTADO DEL 17 DE JULIO DE 1980.

Compilación: Comisión de la Verdad de Bolivia

Portada: Fotografías de los performance “Interrogatorio” y “Mañana el pueblo”, obras del artista plástico y escritor Edgar Arandia Quiroga, exhibidas en junio de 2012 en el Museo Nacional de Arte de la ciudad de La Paz, en el marco de la exposición “La luz de la memoria. Arte y violencia política”.

Derechos de la presente edición, agosto de 2019:

© Comisión de la Verdad de Bolivia

© Biblioteca Laboral del Ministerio de Trabajo, Empleo y Previsión Social

Los derechos morales de los relatos testimoniales contenidos en el presente libro pertenecen a los autores, herederos, causahabientes y/o cesionarios, según sea el caso.

D.L.:

1ra. Edición: Agosto 2019 / MTEPS

Impresión:

Distribución Gratuita
La Paz - Bolivia

MEMORIA CONTRA EL OLVIDO

**Relatos testimoniales del Golpe de Estado del
17 de julio de 1980**

**Comisión de la Verdad de Bolivia
(Compilador)**



BIBLIOTECA LABORAL

ÍNDICE

| | |
|--|-----|
| Presentación | 7 |
| Introducción | 9 |
| Testimonio de Carlos Soria Galvarro | 17 |
| Testimonio de Hernán Ludueña | 107 |
| Testimonio de David Acebey | 121 |
| Testimonio de Ismael Saavedra | 143 |
| Testimonio de Julio Tumiri | 165 |
| Testimonio de Juan Enviz | 175 |
| Testimonio de Claudio Pou | 189 |
| Archivo fotográfico | 195 |
| Galería de represores | 201 |

PRESENTACIÓN

La recuperación de la memoria histórica, constituye una de las tareas asignadas a la Comisión de la Verdad, creada por la Ley 879 de 23 de diciembre de 2016, y que tiene por objetivo: “Identificar las causas geopolíticas, políticas, sociales, económicas y culturales, nacionales e internacionales que generaron condiciones para la violación de derechos humanos y perpetración de crímenes de lesa humanidad ocurridas en Bolivia entre el 4 de noviembre de 1964 al 10 de octubre de 1982, para esclarecer la verdad de los hechos, recuperar la memoria histórica y recomendar políticas de estado para evitar la impunidad y la repetición de hechos similares.”

La presente publicación producida por la Comisión de la Verdad, promovida por el Ministerio del Trabajo, Empleo y Previsión Social e inspirada en la idea original del periodista Carlos Soria Galvarro, encuentra en este conjunto de escritos y testimonios material de incalculable valor histórico, que nos sirve para reflexionar sobre el pasado, pero también para proyectar el futuro.

Alguien dijo que un pueblo sin memoria, es un pueblo sin historia. En tiempos que sufrimos uno de los peores efectos del neoliberalismo, como son la desideologización y la despolitización del movimiento popular y sus organizaciones, estos testimonios lejos de constituir un conjunto de dolorosos recuerdos del pasado, constituyen materiales de formación y desarrollo de la cultura política boliviana para la actualidad y el futuro.

El fascismo no es historia del pasado. En el mundo, hoy surgen corrientes neo fascistas que no solamente tienen incidencia en la política mundial, sino que también han

empezado a tener presencia política real en el viejo continente y nuestra América Latina.

La presente publicación del Ministerio del Trabajo, Empleo y Previsión Social, titulada *Memoria contra el olvido. Relatos testimoniales del Golpe de Estado del 17 de julio de 1980*, compila y reedita varios testimonios de la época de la dictadura garciamezista, contados por los mismos protagonistas, constituyendo de esta manera una nueva contribución de la Biblioteca Laboral al desarrollo de la conciencia de los trabajadores y la ciudadanía toda, para fortalecer y profundizar nuestra Revolución Democrática y Cultural.

**MINISTERIO DE TRABAJO, EMPLEO Y
PREVISIÓN SOCIAL**

COMISIÓN DE LA VERDAD DE BOLIVIA

La Paz, agosto de 2019

INTRODUCCIÓN

La historia de la Bolivia republicana ha sido la historia de los golpes de Estado. Ni el Mariscal Antonio José de Sucre, se libró de una asonada militar que como todas tenían de por medio intereses políticos personales los cuales estaban casi siempre ligados a intereses económicos y políticos regionales.

Es que en el Estado de la República de Bolivia, el pensamiento y la mentalidad seguían siendo coloniales, aunque el discurso y la forma de organización, pretendía ser moderna. No era un Estado liberal que cumplía con las características de los Estados modernos occidentales. Ni lo fue hasta entrado el siglo XXI.

En este contexto, el horizonte cultural y político tenía en la mina, la hacienda, el pongueaje y la servidumbre formas de organización de la sociedad consideradas como naturales. Sobre esta mentalidad racista, excluyente y oligárquica, se sustentaba el poder que tenía como brazo operador de su fuerza, el poder militar armado.

Así podemos entender que hasta el último cuarto del siglo XX, la vida política de los bolivianos hubiese estado signada de innumerables golpes de Estado, liderados por caudillos de diferentes tendencias en un ancho arco ideológico, desde el socialismo hasta el nacionalismo reaccionario.

La Revolución de 1952 marca un hito, ya que lo que debía ser un golpe de Estado, se transformó en una insurrección que devino en revolución popular que tuvo como uno de sus resultados, la derrota y desarticulación del ejército de la oligarquía.

Esta derrota, sin embargo, no significó su destrucción, supresión y paralelamente la actuación de una

célula militar que hacia el año 1957 ya tenía la suficiente musculatura para iniciar un proceso de reinstitucionalización. Al contrario, hubo un proceso de restauración del Ejército que estuvo influenciado desde sus inicios por la injerencia norteamericana, que mediante convenios de cooperación fue infiltrando su doctrina en el núcleo mismo de la célula militar. Sus componentes fueron entrenados técnicamente en las artes militares pero también fueron adoctrinados en el anticomunismo de la Guerra Fría.

Un acontecimiento crucial para la historia latinoamericana de la época fue la Revolución Cubana a la cual identificaban como un proyecto político considerado absolutamente contrario a los intereses imperialistas en la región.

Por eso, desde el 28 de septiembre de 1957, fecha oficial de reorganización del Ejército de Bolivia, se identificó a los enemigos internos siguiendo las reflexiones sobre la seguridad continental que desplegaron los ejércitos de la región en conclave que evaluaban el avance de las ideas proclives al comunismo.

Ese fue el terreno que abonó lo que en los siguientes años sería el desarrollo de la doctrina de seguridad nacional que identificaba a los sujetos históricos sobre los cuales habían de tener control absoluto.

Para el caso boliviano, esta doctrina identificaba a mineros y fabriles como el núcleo principal a ser vigilado por el avance de sus ideas revolucionarias, que habiendo tenido como contingente una posición nacionalista en el 52, se radicalizó y se encaminaba hacia un proceso de liberación nacional con proyecciones socialistas.

Por eso era común la supresión de sindicatos, la persecución de dirigentes sindicales, la supresión de partidos de izquierda, todas medidas inherentes a

estados de excepción mediante las cuales declaraban algunos territorios como zona militar con la vigencia de medidas de excepción relacionadas a la supresión de garantías constitucionales como la circulación de personas, la difusión de noticias, la realización de reuniones y toda aquella actividad que, para los militares golpistas, podrían ser motivo de resistencia civil.

No desechaban la posibilidad de las ejecuciones sumarias (Caso César Lora, Rosendo García y el propio Che Guevara), masacres sangrientas (Masacres mineras de Cerdas, Milluni y Siglo XX) y la desaparición forzada que, si bien por entonces no estaba considerada como delito de lesa humanidad, era una práctica que ya se aplicaba con algunos dirigentes políticos y sindicales importantes (el caso del dirigente minero Isaac Camacho).

Para el estamento campesino, la táctica era diferente, pues pretendían cooptarlo como instrumento de fuerza frente a los sectores obreros, generando una alianza denominada Pacto Militar Campesino, mediante el cual y vía prebenda económica, lograban la fidelidad de dirigentes que asimilaban con mucha facilidad la propaganda anticomunista, argumentando que les sería confiscada la propiedad otorgada por la reforma agraria de 1953. Su objetivo era enfrentar milicias obreras con milicias campesina leales al Pacto Militar Campesino.

El golpe de Banzer (agosto de 1971) inaugura un nuevo ciclo en las formas represivas. Este periodo, tiene como contexto las guerrillas de Ñancahuazú y Teoponte, además de la Asamblea Popular, especie de soviet boliviano que pretendía construir un proyecto socialista boliviano, escenario en el cual, el marxismo era la moneda común del debate político, por la

radicalización de las posiciones de izquierda, que había inoculado incluso a las FFAA, las cuales empezaron a esgrimir un discurso bonapartista, nacionalista y antiimperialista, expuesto en los gobiernos de Alfredo Ovando Candia y Juan José Torres Gonzales.

Ese golpe fue respaldado por el gobierno del ultra conservador Ernesto Geisel de Brasil y del dictador Jorge Rafael Videla de la Argentina, además de establecer muy buenas relaciones con los regímenes de Alfredo Stroessner de Paraguay y Augusto Pinochet de Chile.

Su ideario era nacionalista de derecha, anticomunista por esencia y rabiosamente antiguerrillero (contrario al castro comunismo en palabras de ellos) como resultado de las dos recientes experiencias por las que atravesó Bolivia.

Con el gobierno de Banzer se inaugura el segundo momento, caracterizado por ser un periodo en el que a diferencia de los anteriores, la eliminación física del enemigo se incorpora como una práctica normalizada y basada en la doctrina amigo/enemigo, que en palabras de Banzer significaba “para el amigo todo, para el enemigo absolutamente nada”, dibujando con meridiana claridad su conducta hacia los que consideraba sus opositores para quienes la supresión/anulación política y en algunos casos su aniquilación física, era el destino que les aguardaba.

Esta práctica que empezara en los años 70 y que diferenciaba el trato de los presos políticos de décadas anteriores, se tecnificó y “evolucionó” con métodos de tortura física y psicológica.

A partir del año 1976, los gobiernos militares de Argentina, Uruguay, Chile, Paraguay, Brasil y Bolivia en primera instancia, institucionalizaron la Operación Cóndor, Plan Cóndor para algunos, que no era otra

cosa que la consolidación de un órgano encargado de coordinar un conjunto de acciones de inteligencia para identificar blancos, así como desplegar capacidad táctica para realizar operaciones en países de la región, Europa y los EEUU y finalmente producir acciones de sostenimiento o encubrimiento en caso de que se produjeran errores en la ejecución de sus acciones. Es decir, era un organismo para garantizar la impunidad para quienes cometían crímenes encargados por las dictaduras.

Esta Operación extendió su control territorial, cuando en el mismo periodo temporal, fuerzas políticas de origen guevarista, como el MIR de Chile, el ERP de la Argentina, el MLN Tupamaros de Uruguay y el ELN de Bolivia, estructuraron la Junta de Coordinación Revolucionaria, JCR, organismo que bajo el concepto de lucha armada contra el imperialismo y las empresas transnacionales, constituyó una articulación política y militar de cooperación en el marco del internacionalismo.

La Operación Cóndor fue la respuesta a la formación de la JCR. Sus operaciones se ejecutaban contra revolucionarios y luchadores sociales y resultado de ellas son las centenas de miles de víctimas de la represión en nuestro continente que aparecen como asesinados y desaparecidos, sin contar los innumerables presos y exiliados producidos en aquellas épocas de terror.

Cuando el Plan Cóndor actuaba fuera de la región, vale decir en Europa o Estados Unidos, donde se refugiaban militantes de izquierda o camaradas peligrosos para los intereses de militares golpistas, asumía el nombre de Plan Theseo. Sus métodos de supresión del “enemigo” eran los mismos.

Para el efecto identificaban un blanco y formaban equipos operativos multinacionales entre oficiales de inteligencia a quienes se les dotaba de 3500 dólares por los aproximadamente 10 días en que se calculaba una operación además de 300 dólares para la compra de ropa adecuada a los climas en los que les tocaba actuar. Los oficiales debían cumplir su objetivo y una vez logrado el mismo, habían de huir sin dejar rastros.

Según datos cuya fuente son documentos desclasificados en los EEUU, el “financiamiento” de las operaciones provenía de los 10.000 dólares de cada Estado miembro del Plan Cóndor, cifra que a las claras era simbólica, pues las operaciones costaban mucho más de lo que aparecía como cuota de participación y pertenencia.

Sin duda alguna la parte fuerte del financiamiento del Plan Cóndor venía de una economía subterránea y los rastros que dejaron nos llevan a aseverar que se dirigen al narcotráfico, actividad con la que no pocos oficiales de inteligencia militar y policial de las dictaduras, terminaron de relacionarse íntimamente.

En el caso de Bolivia, esta relación se comprobó dramáticamente cuando a los propios organismos norteamericanos les tocó perseguir a sus colaboradores, que pretendieron abrir líneas propias y autónomas de comercialización de la cocaína en Estados Unidos, Europa y Asia.

Si bien el gobierno de García Meza fue identificado plenamente con el tráfico de cocaína por lo que se lo conoció internacionalmente como el “*Gobierno de los cocadólars*” y a sus autoridades y ministros se los calificó como narcotraficantes, la relación de narcotráfico y política se inició en la década de los 60 y tuvo en el gobierno de Banzer su despegue “industrial”, habiéndose extendido esta relación incluso a periodos democráticos.

Es en este contexto en el que se presentan este conjunto de testimonios de vida, donde los actores son ciudadanos, laicos y religiosos, demócratas y revolucionarios, quienes desde los pliegues de sus memorias, extraen recuerdos y sensaciones de lo que fueron esos aciagos días.

Ellos fueron blancos de esas dictaduras que los persiguieron incansablemente hasta detenerlos y controlarlos, aplicarles torturas y vejámenes, humillarlos y doblegarlos, con el fin de sancionar sus cuerpos y sus almas, por tener espíritus revolucionarios, anti sistémicos, que se oponían a toda forma de opresión y exclusión social. Muchos bolivianos y bolivianos no sobrevivieron a estas prácticas que pueden inscribirse dentro la ideología del fascismo latinoamericano.

Los testimonios de esta época amarga deben ser comprendidas en toda su magnitud. Los más jóvenes no pueden imaginarse lo que significaba estar consciente de que al salir de una casa, no se tenía la certeza de que se podía retornar a ella, porque los esbirros de las dictaduras estaban controlando los movimientos de uno, esperando la mínima oportunidad para “cazar” e iniciar una “re educación” a plan de golpe, picana, submarino, potro, quemaduras, simulacros de ejecución, entre otras técnicas de tortura.

En el presente libro, titulado *Memoria contra el olvido. Relato testimoniales del Golpe de Estado del 17 de julio de 1980*, compilado por la Comisión de la Verdad y publicado por el Ministerio de Trabajo, Empleo y Previsión Social, se toman los testimonios de personas que pese a todos los peligros que implicaba su militancia, la asumían con la valentía y el honor de quienes están dispuestos a dar la vida por contribuir a la liberación de sus pueblos en la época de la oprobiosa dictadura garciamezista.

Sus memorias deben constituir patrimonio de toda la sociedad boliviana, que hoy goza de un sistema democrático que lejos de ser modélico, es infinitamente superior en garantías a los días en los que, a decir del Cnl. Arce Gómez, “había que andar con el testamento bajo el brazo” y donde la vida humana valía nada.

COMISIÓN DE LA VERDAD DE BOLIVIA

La Paz, Julio de 2019

TESTIMONIO DE CARLOS SORIA GALVARRO

Carlos Soria Galvarro (Cochabamba, Bolivia, 1944). Periodista inclinado al tratamiento de temas históricos. Fue docente en las carreras de comunicación de la UMSA y la UTO. Publicó entre otros libros: *Barbie - Altmann de la Gestapo a la CIA*, *REcuentos*, *CONtextos*, *Coati 1972 relatos de una fuga* y *El Che en Bolivia* (recopilación documental en cinco volúmenes). Mención en el Concurso Latinoamericano de Periodismo “José Martí” (1987), Medalla “Franz Tamayo” al mérito profesional y a la creación intelectual de la Asociación de Periodistas de La Paz (1998 y 2018). Detenido, torturado, confinado y luego expulsado de Bolivia en 1980.

1980: EXPLICACIONES INELUDIBLES

Se presentan aquí junto a *¡Vista al mar...!* los relatos testimoniales sobre la tortura y el confinamiento de los detenidos durante el golpe de Estado del 17 de julio de 1980: *Pajarito nuevo* y *El eco del monte*. Así se completa la trilogía prometida.

¡Vista al mar...! se publicó en 1982. Los dos siguientes permanecían no precisamente inéditos, sino sin escribir. Siempre estuvieron a flor de labios y los relaté innumerables veces a familiares, amigos y conocidos, pero conforme pasaban los años se me hacía más difícil volcarlos a la palabra escrita. Por momentos parecía que iba a sucumbir a lo que los especialistas llaman agrafia, que no es sino la imposibilidad absoluta de escribir. Sólo pudieron volcarse al texto impreso en 2002, para la edición del libro *Re cuentos. ¡Vista al mar...! y otros relatos testimoniales, entrevistas, más apuntes sobre el Che*".

¡Vista al mar...! es la vivencia personal del asalto a la Central Obrera Boliviana, el mediodía del 17 de julio de 1980. El operativo, bautizado por los golpistas como "Operación Avispón", fue el inicio del golpe en La Paz.

Allí cayeron asesinados Marcelo Quiroga Santa Cruz, Carlos Flores Bedregal y Gualberto Vega Yapura. Además, fuimos secuestrados y apresados decenas de dirigentes sindicales, políticos y periodistas que a esa hora nos hallábamos en el posteriormente demolido edificio de la FSTMB, en la avenida 16 de julio.

Durante mi primera declaración en la Corte Suprema, el 14 de diciembre de 1989, uno de los magistrados, el Dr. Gualberto Dávalos, mencionó esta pequeña obra cuando me interrogaba como testigo de cargo en el juicio de responsabilidades contra García Meza y sus colaboradores. A renglón seguido, el presidente del Tribunal, Dr. Edgar

Oblitas, ampliando la pregunta de su colega, interrogó si la obra que había escrito con ese extraño título (*¡Vista al mar...!*) era una experiencia realmente vivida por mí o tenía algo de creatividad e imaginación. Tuve que decirle que se trata de una obra de carácter literario, pero íntegramente encuadrada en la realidad.

Y eso vale la pena recalcar aquí. Nada de lo que está escrito en *¡Vista al mar!* (ni en los otros relatos que le siguen) es inventado. “Testimonio real de un hecho fantástico”, tituló su prólogo para la primera edición Ramiro Barrenechea. Tampoco son ficción los recuerdos e impresiones con los que está matizado el relato. “El testigo que escribe este testimonio se desnuda a sí mismo como en ese instante de lucidez frente a la muerte, en el cual se arremolina toda la vida de uno mismo, exigiendo el balance definitivo”, dijo también el prologuista.

Los que han vivido el simulacro de fusilamiento en las caballerizas de la ciudadela militar de Miraflores saben que es así. Y seguramente cada quien hizo su propio “balance definitivo”.

Se podrá convenir, en este caso, que es la realidad la que supera a la fantasía y no a la inversa.

Al lanzar esta edición de *¡Vista al mar...!* ahora con los dos relatos subsecuentes *Pajarito nuevo* y *El eco del monte*, acompañados de algunos anexos documentales, me ha parecido pertinente mantener las puntualizaciones que hice para anteriores ediciones:

Primera. Se mantiene íntegro el contenido esencial de la edición original. No hay razón ni necesidad de alterarlo, puesto que se trata de un testimonio efectuado en un momento concreto, con una manera peculiar de ver las cosas y en el marco de circunstancias irrepetibles. Solamente se han desarrollado o precisado situaciones, y se explica mejor la presencia de algunas personas,

en ciertos casos, poniendo nombres y apellidos donde antes aparecían solamente apodos (no en vano han pasado ya 37 años de democracia).

Segunda. En el orden político ocurrieron cambios dramáticos. Es necesario consignar los más pertinentes a este relato.

* El gobierno de la UDP, en el que tantas esperanzas se había cifrado, fue sencillamente una calamidad. Al terminar afectando duramente a las mayorías que decía representar y favoreciendo a los que supuestamente iba a combatir, dilapidó el impresionante apoyo popular que representaba todo un período histórico de acumulación.

Así de simple, ironía cruel.

De ese modo, la democracia por la que tanto luchamos terminó en manos ajenas, incluso en las de un ex dictador, aliado con los pragmáticos “del poder por el poder”. Esto es algo que no podía pasar por nuestras cabezas antes del 10 de octubre de 1982.

* Cayó el muro de Berlín y con él rodaron por el suelo varios mitos de los que nosotros –y al decir nosotros abarco a toda la izquierda latinoamericana y mundial– éramos parte. Ante nuestros ojos, los regímenes del socialismo real se desmoronaron “como castillos de arena” (la frase es de Guillermo Francovich, en una entrevista que le hice en Río de Janeiro, poco antes de su muerte).

“Hay campo, y muy anchuroso, para la esperanza, que nadie lo dude, pero tampoco que nadie confunda la esperanza con las simples quimeras...”, decía en *¡Vista al mar...!* a tiempo de proclamar la posibilidad de construir un mundo mejor. Es una expresión que sólo a fuerza de excesivo optimismo se podría repetir ahora textualmente, sin atenuarla en su primera parte. Menos todavía suscribir

que los que estaban edificando ese mundo, “aun con tropiezos y errores, nos lo demuestran...”.

Sencillamente, los que creíamos paradigmas sociales, dignos de ser alabados e imitados, terminaron fracasando completamente. No resistieron las pruebas de la vida. Se desplomaron, no ante la presión militar y económica del mundo capitalista, que jamás dejó de estar presente, sino ante el empuje de sus propios pueblos y ante la traición capituladora de sus élites dirigentes. Que la masa popular fue instrumentada por la conspiración imperialista, puede ser. Pero eso fue posible porque estaba cansada de tanto burocratismo hipócrita, de tanto dirigismo excluyente y soberbio, de tanta asfixiante opresión ideológica y de tanta corrupción e ineficiencia. Definitivamente, un régimen social es derrocado sólo en tanto y en cuanto se hace a sí mismo derrocable.

Lo ocurrido con los experimentos socialistas es una de las tragedias del Siglo XX, un viraje regresivo de grandes dimensiones que costará mucho remontar. Y sus raíces están muy lejos. Las anteojeras sectarias no nos permitieron admitirlo antes.

* En 1985, cuando la “perestroika” con sus implicaciones catastróficas aún no había comenzado, terminó para mí una militancia de un cuarto de siglo en el Partido Comunista de Bolivia. Las ansias internas de renovación, basadas en la autocrítica de lo que hicimos o no hicimos desde el gobierno de la UDP, chocaron con una barrera infranqueable.

Los dogmáticos empedernidos y los sectarios ortodoxos dieron a la disidencia el tratamiento reservado a los herejes (y no fuimos llevados a la hoguera sólo porque los patriarcas del partido no tenían el poder para hacerlo, ganas nos les faltaban).

El propio Simón Reyes, a quien admiré y admiró por su comportamiento estoico frente a la tortura, en el devenir de los sucesos partidarios fue incapaz de vencer el miedo a los cambios. Actuó con torpeza y miopía. Tuvo en sus manos la posibilidad de abrir el proceso renovador y salvar al PCB de la escisión, el marginamiento y el desbande; pero, prefirió cerrar filas con una camarilla de iluminados, administradores mediocres y eternos del partido. Por cierto, Simón figuró también entre los inquisidores e intolerantes perseguidores de herejes que durante varios años hasta dejaron de dirigirme la palabra.

Hay reflexiones en *¡Vista al mar...!* que, en el sentido de la militancia política, parecen premonitorias o, más bien, preliminares. Momentos de una evolución incesante. Como aquellas de distinguir mejor “la actitud consecuente del sectarismo corrosivo e inútil...”; arrancar la acción de “las más hondas raíces de nuestro pueblo”; reconocer “el lodo que se oculta a veces bajo las aguas cristalinas”; encontrar la diferencia “entre acariciar con pasión un objetivo e idealizarlo...”; “ver más hondo en el alma de las gentes...”; establecer la diferencia entre “las convicciones profundas y las verdades absolutas”. Y expresiones así por el estilo.

Tercera. En este tiempo, mi vida afectiva tampoco transcurrió sin alteraciones. Se quebraron relaciones y sentimientos que parecían incommovibles. Se hicieron trizas esperanzas nuevas. Recorrí vericuetos insospechados. Acumulé cargas enormes. Hubo de todo: desequilibrios, frustraciones, sorpresas, sufrimientos propios y ajenos muy intensos, alegrías, algunas efímeras y otras duraderas. El mayor y único responsable de todo ello soy yo mismo, por eso no pido cuentas a nadie. Simplemente las cosas se dieron de ese modo.

Sólo me resta reiterar que lo que digo acerca de mi vida sentimental y familiar en *¡Vista al mar...!* es

totalmente sincero y auténtico, completamente válido para ese momento. Nada hay pues que cambiar en ese sentido para nuevas ediciones, aunque la realidad de entonces ya no sea la misma. Definitivamente, esta narración tiene una fecha incambiable. Ni antes ni después de 1982.

Y cuarta. El contacto con las personas jóvenes, gracias a la docencia universitaria, me ha convencido de la necesidad y utilidad de testimonios como éste, aunque quizá las otras narraciones no alcanzan la tensión emocional ni el matiz literario de *¡Vista al mar!*, no en vano transcurrieron 20 años entre la una y las otras. Con todo, creo que pueden ayudar a las nuevas generaciones a comprender los valores democráticos y entender mejor la sentencia del 21 de abril de 1993, dictada por la Corte Suprema de Justicia contra García Meza y sus colaboradores.

Nada hay más importante que mantener y, en su caso, recuperar la memoria colectiva, para evitar la impunidad. Ése es el mayor valor histórico de la propia sentencia. Así es como podemos desalentar a los que quieran repetir la historia de aquel 17 de julio de 1980.

La Paz, julio de 2019.

¡VISTA AL MAR....!

Para Toño y Flo, por supuesto

Es una frase que antes no conocía. No había tenido oportunidad de toparme con ella. No sé siquiera si forma parte de la jerga de los cuarteles o fue improvisada en aquella ocasión...

Cuando la escuché por primera vez sentí una especie de alivio. Con frecuencia uno pasa largos minutos buscando las palabras necesarias... pero damos vueltas y revueltas y no nos salen: ensayamos una tras otra y hallamos que no nos gustan... la una es muy sonora, la otra demasiado formal o ninguna expresa a cabalidad lo que queremos decir. Suele suceder, sin embargo, que de improviso, generalmente cuando tenemos la mente ocupada en otra cosa, se aparece la frase feliz. Desde algún oscuro laberinto de la inspiración e impulsados por una fuerza ignorada, los términos se dan a conocer... ¡ahí está!... esa es la expresión que andábamos buscando.

Esta vez las palabras me llegan de afuera, me las gritan al oído:

¡Vista al mar....!

Si salgo de ésta, ése será el título de mi relato. ¿Relato...? No sé aún si elegiré el género fantástico o testimonial. No he decidido todavía si haré un cuento-denuncia, un cuento-ficción o una denuncia en regla... ¿Realismo a secas...? ¿Realismo bárbaro o realismo mágico...? En fin de cuentas eso no puede establecerse de antemano. Tendré que decirlo, naturalmente, pero después habrá tiempo para elegir la manera. Por ahora es más necesario vivir.

¡Vista al mar.... carajo!

¿El mar...? Pucha que está lejos... Con las manos en la nuca, la vista baja y las rodillas dobladas pienso en el mar y me pongo a evocar ese primer encuentro... ¿Qué año sería?... Quizá 1965... ¿o fue en 1966?... El hecho es que estoy en Lima, es domingo y extrañamente la gente viste de color morado: túnicas, corbatas, camisas y pañoletas del mismo tono. Supe que todos se dirigen a la procesión del «Señor de los Milagros” ... Ahora recuerdo que el fanatismo de los limeños me lo expliqué esa vez por el reciente devastador terremoto: la religión como consuelo para desesperados... Camino por Colmena, cuando un pequeño autobús frena a mi lado como despavorido, mientras un hombrecito colgado del estribo grita con voz de plañidera:

¡Callaou... Callaou... Callaou!

Callao es el mar... ¡Arriba pues! Cinco soles el boleto y ya voy en dirección al océano. El aire húmedo que ingresa por la ventanilla me golpea con fuerza en la cara... Pero, eso de ser forastero en ciudades grandes y desconocidas tiene sus inconvenientes. Después sabría que el mar estaba más cerca del otro lado, en dirección del barrio elegante de San Isidro. No obstante, me acerco al mar y eso es lo que importa. Luego de casi una hora de veloz recorrido me dejan en un punto terminal, pero las aguas no aparecen por ningún lado, en vano mis pupilas se afanan por encontrar los vastos horizontes del mar... Sólo niebla brumosa y largos muros blancos que se extienden en lo que intuyo debe ser el puerto. Entradas y portones completamente cerrados, clausurando el acceso al mar. Un aire de desolación en rededor. Y, a pesar de todo, no puede estar muy lejos... Después de mucho caminar pegado a la extensa muralla, encuentro movimiento de gente, vías férreas, chatas casas de pobres

y un olor a pescado y a diesel saturando el ambiente... Descubro un estrecho corredor empedrado lleno de transeúntes... ¡el mar tiene que estar ahí! Me adentro en el tráfigo humano del pasadizo y, al rato, junto a una plataforma de cemento indescriptiblemente sucia, varias canoas de pescadores ofreciendo su mercadería... Cientos de pelícanos acezantes, mientras esperan las vísceras de pescado, revolotean oscureciendo la visión; pájaros mugrosos y hambrientos de aspecto lóbrego y deprimente. Al final de la calzada... unos pocos metros de mar brotando desde la bruma, nada más (después sabría que estuve en lo que se llama una caleta). Qué decepción... ¿dónde está el mar infinitamente azul de las canciones...?

Bolivia tiene montañas...

no mar...

—¡Vista al mar he dicho, carajo, qué estás mirando!

El golpe lo siento en la nuca como un hálito frío recubriendo mis carnes... Pero si sólo estaba pensando en el mar-callao mientras mis ojos se posaban sin ver a través de una ventana que tengo arriba de la frente... ¿Qué había detrás...? ¿Una cancha de básquet?... podría ser... Al fondo unos muchachos manipulando grandes turriles negros, de seguro preparan el “rancho”.

—¡Qué miras, huevón, he dicho vista al mar!

Algo como un manotón o arañazo me recorre la cara. Siento el ruido de mis lentes al caer sobre las losas. No puedo reprimir un ademán de querer recogerlos, pero el pisotón se me adelanta. Crujen los vidrios y comprendo que es en vano. Además, una seguidilla de golpes me deja sin iniciativa: rodillazos, puntapiés, cachetadas...

—Con qué, espiando por la ventana, ¿no?

No hay más remedio, vista al mar, sólo mirar el suelo y un trozo de la parte baja de la pared... Y aunque me asomara de reajo a la ventana, sin lentes apenas alcanzo la mitad del presunto campo deportivo, los soldaditos al fondo son nada más que manchas desfiguradas que se mueven perezosamente.

¡Qué joder! necesito volver a este momento, tangible y concreto, real. Imposible seguir evadiéndose. Estás aquí verdaderamente, ya no tiene caso seguir ignorándolo. ¿Pero... cómo empezó esta extraña pesadilla a la que tanto me niego a retornar...?

Simón ha dicho muy serio: compañeros, hay que apresurar la reunión, el golpe está en marcha, adoptaremos algunas medidas organizativas y debemos desconcentrarnos...

Las radios ya se ocuparon de propalar la determinación del paro y del bloqueo, ahora quieren tomarla los de Canal 7 televisión... se encienden reflectores y funcionan las cámaras... ¡todo parece tan irreal...!

Primero fue un estallido aislado, seco y cortante, interrumpiendo la lectura... Las miradas se cruzan, no hay tiempo siquiera para que alguien pregunte qué es lo que pasa. Comienzan las ráfagas, persistentes y continuas... los cristales se desploman. Nada es ficticio, las balas se incrustan en puertas y paredes... ¡no estamos ni espectando ni filmando una película...! Estampida general, todo el mundo corre, o más bien se arrastra, hacia arriba, hacia abajo, atrás, adelante. Pero es inútil, estamos rodeados. El edificio de la COB se ha convertido en una auténtica boca de lobo. Marcelo, desde el suelo —su palidez era la palidez de la muerte— enseñándome su revólver: esto es pretexto para que me

limpien... Sí hermano, moviendo la cabeza antes que hablando, mientras veo que su mano de artista alcanza al de su lado el pequeño objeto metálico que pasa de mano en mano y es ocultado en los escombros (después sabría, Marcelo, que no necesitaron de ese pretexto para limpiarte).

Quizá en esos instantes comenzaron mis intentos de evadirme de la realidad. Quiero convencerme de que estoy ausente... Aunque, no es eso precisamente, estoy aquí pero desde otra dimensión. Soy apenas un espectador invisible. A un ser irreal no se puede golpear ni matar, seré un testigo imparcial que después contará todo lo que está pasando. Por momentos la táctica me da resultados: veo los miedos terribles en los rostros de los demás y no descubro mi propio miedo... y vaya si debo tenerlo. No estoy venciendo el pánico, cuando más trato de ocultarlo detrás de una pasividad total, de un completo dejar hacer.

Somos el vivo retrato de la impotencia. Y la imprevisión. Copados por un comando paramilitar a pocos minutos de haber decretado lo que todos creíamos las medidas salvadoras: huelga general y bloqueo de caminos. Descendemos las gradas en fila con las manos en alto (Marcelo y Carlos no llegaron hasta la calle, tampoco Gualberto, que estaba en el patio trasero). Es la primera vez que veo un “paramilitar”, luego existen, no son seres inventados... El que tengo cerca presiona mis costillas con el caño de su metralleta, como casi todos lleva una polera de cuello alto... ¿Sirve acaso de algo intentar su “identikit”?... Digamos por lo menos que en la comisura de sus labios tenía marcas de espuma, saliva desecada... ¿estuvo mascando chicle?... ¿estará bebido o drogado?... lo que no puede ocultar es que tiene un susto atroz, está poseído por el miedo. Me sonrió para mis adentros... ¿existirá un aparato para medir la

tensión de los nervios provocada por el miedo?... este sujeto batiría todos los récords... Pero... estamos con los brazos vacíos en alto y él tiene una metralleta FAL, apretada en su costado... el dedo índice posado sobre el gatillo. Y, así, ¡qué importan los temores que pueda cobijar su cuerpo retorcido y trasnochado...! Él y sus amigotes son los dueños de la situación.

La calle está desacostumbradamente desierta para un jueves a mediodía... Aunque sólo una parte de la calle, claro, ahora lo veo mejor. La gente se está reuniendo y comienza a agitarse en las bocacalles próximas. Gritos y silbidos. Lejos, una primera piedra que se aproxima rebotando en el pavimento... Tienen más miedo que nosotros, se aterrorizan con las piedras que ni siquiera alcanzan a llegar... carajazos vociferantes entre ellos, todos parecen mandar a todos, disparos al aire. Cuando avanzamos por la vereda, rumor de pasos increíblemente veloces hacia la puerta abierta de un edificio lateral (después Oscar Eid me diría: “no fue mi mente la que decidió escapar, fueron mis pies”). ¿Habría sido mejor el terror supremo de esos segundos de carrera enloquecida hasta la portezuela metálica, o la inercia de lo desconocido a la que somos empujados?... De todas maneras ya no hay elección posible; como se arrea al ganado, somos empujados a los vehículos estacionados en la calzada...

Allí prosiguió la cadena de asombros. Carros blancos nuevecitos con grandes cruces verdes pintadas en los costados. No estamos ni enfermos ni heridos todavía, pero las sirenas de las ambulancias truenan en el aire guiando la columna. Nosotros, apilados en el piso, amontonados como leña, encañonados, golpeados, silenciosos y circunspectos... Interrogo casi al oído a Cayetano Llobet sobre la suerte de Marcelo y él me responde con una seña cabalística: la mano

extendida y la punta de sus dedos imitando un cuchillo que pasa por el cuello.

Sólo al acercarnos a la Facultad de Medicina parecen percatarse de lo grotesco de la situación... hacen señas y se gritan mutuamente: ¡Oculte su arma, cojudo! Vuelvo a sonreír para mi coletito; esto es un secuestro sin duda, pero cientos de personas tienen que haber visto el insólito espectáculo de una caravana de locas ambulancias con forajidos armados asomando por las ventanillas. Decenas más tienen que haber visto por cuáles portones abiertos desaparecieron casi sin disminuir su velocidad... ¿De qué servirán, sin embargo, estas observaciones...? ¿Quién o quiénes se ocuparán de investigar y esclarecer lo que está sucediendo?

—¡Bajarse, señores!

Ni bien descendemos se desata la golpiza general. Ya no tienen miedo, se sienten a sus anchas, como en su casa, hasta se ríen. Están apurados (deben ir a Palacio y no se cuidan de decirlo). Se saben protegidos y ostentan un aire de triunfo. Adentro, en el hall del Gran Cuartel, manos contra la pared, no mirar a ninguna parte (vista al mar), entregar cinturones, corbatas, dinero, papeles, cordones de zapatos, relojes, todo lo que traigan...

—¡Ahora van a ver, huevones!

No hemos vuelto a saber nada de Lechín (casi nadie recordará después el momento de su desaparición). Simón Reyes es la cabeza más visible. La miel para las moscas... Sangra profusamente por la nariz y la boca. Antes de recibir una andanada de golpes que me nubla la visión, logro alcanzarle mi pañuelo.

¡Vista al mar...! nuevamente en toda la regla: manos a la nuca, los ojos en el suelo (¡qué me estás mirando, huevón!), rodillas dobladas, torso inclinado

hacia adelante, descalzos y en hilera. Descendemos por patios, corredores y oficinas de la ciudadela militar de Miraflores, la sede más conspicua del Alto Mando militar. A trasmano, algunas gradas. Después... olor a guano de caballos, penetrante, con reminiscencia a verdes campos... a desfiles del 6 de agosto con excremento depositado impúdicamente en mitad del asfalto... ellos no saben de fechas cívicas ni conocen los símbolos patrios, ¿verdad?

¡Vista al mar, cojuditos...! ¡Y nada de hacerse los machos!

¡Al primero que se mueva...! ¡Pum!

Pocas veces antes he reflexionado detenidamente sobre la muerte. Cuando mi padre murió con la trombosis coronaria (al tercer año de la Guerra del Chaco había contraído un reumatismo palúdico o algo así), tuvo una triste agonía de más de 24 horas... Su amigo el sanitario que lo vio antes de que los parientes trajeran al médico, me llevó aparte y me dijo a solas: tu papá se va a morir, ya no hay remedio, ocúpate de los que quedan, especialmente de tus hermanitos menores, pobres angelitos. Muchas veces me he preguntado por qué me eligió a mí, estando la madre y cuatro hermanos mayores. En general siempre fui un tipo excesivamente sensible. Extremadamente emotivo, como todos siempre me lo han dicho. Cualquier emoción medianamente fuerte suele quebrarme la voz y no pocas veces me humedece los ojos...

Creo que por primera vez estoy llegando a descubrirlo. El sanitario amigo, que no nos cobraba por colocar sueros e inyecciones, se dirigió a mí precisamente porque aquella vez –como ahora– decidí ponerme un poco al margen, asumir una especie de irrealidad, dejar de ser yo mismo y analizar las cosas

desde fuera de mí... Con este desdoblamiento, logro verme a mí mismo y también a ratos consigo ver el rostro de la muerte...

Pero los hombros y los brazos me duelen horrorosamente... ¿Cuántas horas ya estamos en la misma posición? Imposible saberlo. No sabemos siquiera si ya es noche o sigue siendo de día.

Nos han despojado de todas nuestras pertenencias... se han llevado el llavero que tenía un disco de bronce con la inscripción CMB (me lo había regalado un ocasional amigo de bohemia en Catavi), todo el dinero que llevaba encima, algunos papeles y también el reloj. Pero, si no me lo hubieran quitado, tampoco podría ver la hora. Con las manos en la nuca estamos pegados tan juntos que mis codos se apoyan en las nuca de los dos vecinos que están, como yo, a los costados... Acostados de bruces sobre el excremento equino, no se nos permite el menor movimiento...

¡Al primero que se mueva...! ¡Pum!

Hemos escuchado perfectamente las órdenes impartidas a los soldados que nos vigilan. No podemos mirar a ningún lado ni ver a nadie... sólo la mierda de caballo mezclada con briznas de paja y aserrín en la que hundimos los rostros. Que verdes campos, que desfiles del 6 de agosto ni que ocho cuartos, otra cosa es sentirla pegada a tu nariz, a tus pestañas, junto a tus mejillas, y por un tiempo que se prolonga indefinible...

Pasos de gente armada en rededor, conversaciones apagadas entre ellos. Cada cierto tiempo, el golpe de una patada o culatazo. ¡No te muevas, carajo!

Se suceden los turnos de vigilancia... ¿de cuántas horas? Los de esta tanda son conscriptos de Cochabamba, hablan en “quechuañol”: que ya se

quieren ir, que no saben qué estará pasando, que cuánto tiempo más nos harán quedar, que no se sabe cuándo será el próximo licenciamiento a causa de estas bullas que están ocurriendo... A todos les han dicho lo mismo: estos presos son asesinos y ladrones, peligrosos extremistas que querían estrangular a la patria... por eso, al primero que se mueva ¡Pum!

El “Morok’o” (así le llaman los otros), ¿se habrá creído todo lo que le dijeron? No me explico de dónde puede sacar tanta vocación para maltratar. Los otros patean o golpean con las culatas de sus fusiles; se nota que algunos fingen estar enojados, pero no lo están... Él se para encima de tu espalda, y si te quejas es peor, te clava un fuerte taconazo que hace vibrar tus músculos y te duele hasta en los huesos. No sólo camina a grandes zancadas sobre este piso alfombrado de cuerpos, sino que también a momentos se distrae calculando la distancia de su salto... dos... tres... cuatro extremistas y... ¡zas! cae sobre otra espalda. El siguiente brinco puede caer sobre ti, ya sabes que es mejor no quejarse y mucho menos protestar. Y se ríe. Algunos le festejan, pero pocos le imitan, no hay risas francas y bonachonas, creo más bien que son risas nerviosas... rictus de miedo. Sí, también ellos están asustados. Se oyen lejanos disparos y nadie sabe qué puede ocurrir.

—¡Ayyyy...! “Morok’o”, ¡mis vértebras!...

Te imagino metido en tu uniforme de soldado, debes ser grueso y bajo, eres pesado y tu apodo te delata. Fusil Garand al hombro, los brazos cruzados sobre el pecho, tu cara maciza de campesino valluno... caminas muy orondo, napoleónicamente, sobre un tendal de prisioneros enemigos-de-la-patria. ¿No tienes miedo de perder el equilibrio...? Tu pedestal es blando y, pese a todo, movedizo. ¿Cuál es la expresión de tu sonrisa?

¿Te burlas de nosotros o de verdad nos pisoteas con odio y crueldad?

—Soy camarógrafo de la televisión, no tengo nada que ver... ¿Por qué estoy aquí?

—¡Silencio, carajo! Nadie te ha dado permiso para abrir la boca...

Trancos apresurados y nuevos golpes al que habló. ¿No ves?, es mejor quedarse quieto y callado, escabullirse de la realidad. ¿Qué podrías decir tú?... “Soy periodista y escribo para los trabajadores... ¿por qué estoy aquí?”. Pero si está claro, por eso estás aquí... no serán todos los que están... pero tú eres de los que son.

¿Seguirá la tarde o ya oscureció?... ¿En qué hora estaremos?... ¡Huyyy, mis hombros! No puedo más... Si el vecino moviera su cabeza para el otro lado, podría bajar unos centímetros la punta de mi codo, aliviaría en algo el dolor... Advierto que él está en la misma posición, su brazo descansa también sobre mi nuca, por lo tanto está pasando iguales sufrimientos a los míos. Muevo lenta, muy lentamente la cabeza hacia la izquierda, su brazo parece tener un peso enorme, pero logro conseguirlo, siento la punta de su codo resbalando por mi oreja. Inmediatamente hacemos la operación inversa... mi brazo ha bajado unos centímetros hasta el piso... es un ilusorio alivio al dolor y al adormecimiento de los músculos. ¿Cuánto habremos demorado en tan complicado operativo...? ¿Una hora, tal vez?

—¡Qué se mueven, carajos!

Pero no es a nosotros, el “Morok’o” y sus muchachos no han advertido el cambio de posición de nuestros brazos... podemos respirar tranquilos. ¡Con cuán poco te consuelas cuando estás obligado

a permanecer inmóvil y revuelto en la bosta de la caballería...!

Siguen trayendo gente... Incluso mujeres. Escuchamos voces y llantos. ¿Entre cuántas personas podremos cubrir el piso de esta caballeriza?... ¿Seremos ya unos cien...? ¿Quizá doscientos...?

—Soy sacerdote y pido permiso para arrodillarme y orar...

—Silencio, ¡carajo!, ¡cura comunista, para qué se mete en huevadas...!

¡Meterse en huevadas...! Cuántas veces oiría en los siguientes días ese supremo y definitivo argumento... Estás jodido, sí, lo reconocen, pero es porque te has metido en huevadas, ¡tú-nomás-tienes-la-culpa...!

Creíste que oscurecían artificialmente el recinto taponando los angostos huecos de los ventanales. Pero, no. No puede ser... ¿para qué habrían de hacerlo? Convéncete, la noche ha llegado y nada cambió para ti, sigues tendido en la misma posición... tus brazos y hombros son una masa inerte que ya no te pertenece.

Ruido de botas, muchos pares, voces que van subiendo de tono. De pronto lo recuerdas, el que dio la orden: “al primero que se mueva ¡Pum!”, no era boliviano. Era un porteño sí, pero no te confundas, pueden ser uruguayos o de otro país... No quieres admitirlo al comienzo... como si no lo supieras... Pero lo sabes, hombre, ya no dudes, son argentinos... Tú estabas enterado. El general retirado y ex presidente Alfredo Ovando informó en una reunión de la UDP: oficiales argentinos toman parte en la confección detallada de un operativo golpista... en la Escuela de Estado Mayor de Cochabamba se prepara el esquema como tesis de grado. Pudimos haberlo denunciado

públicamente, sin embargo, ¡ilusos!, no se querían de entrada complicaciones internacionales para el gobierno constitucional... Al final, habíamos ganado las elecciones, ¿no? Y por tercera vez...

No puedo creer que actúen tan desembozadamente, tienen que saber que con sólo escucharlos sabemos su nacionalidad. A menos que, y me da un escalofrío, seamos candidatos a ser suprimidos... ése era el plan... No te sorprendas, pues.

—Así que..., es éste...

—¡Levantate, boludo!

Y oímos el sonido inconfundible de las patadas en un cuerpo tendido.

—Pero no me mirés, no me mirés boludo, ¡porque te mato!

Querían saber dónde estaban las armas, sobre todo eso; luego, nombres, planes, direcciones. Simón, agobiado pero impertérrito: no sé nada, no sé nada. Estrujado a puñetazos y golpes... algunos producen un ruido un tanto diferente, apagado y lúgubre (después sabría que fueron golpes aplicados con el caño de las armas, así, como si estuvieran cargando a la bayoneta, contra un ejército en repliegue). Leves quejidos y ayes entrecortados, resoplidos, dolor... dolor aprensado a punto de desbordarse... Caínes desalmados, demonios experimentados en triturar la carne viva, monstruos concupiscentes... ¡Cabrones, hijos de perra! ¿quién los mandó venir...?

Todo tiene su tiempo... pienso que éste es el tiempo de aborrecer, de odiar con toda la fuerza de que seamos capaces... Contra la iniquidad de la tortura y contra sus ejecutores, el amor sería una ironía cruel... ¡Bestias salvajes, sayones entrenados por la CIA y sus secuaces, que un mal rayo los parta!

Continúa la sesión y estamos presentes oyéndola (hablá boludo, habla) ... ¡Ánimo, Simón, hermanito...! Escúpeles en la cara, que te maten, pero no te doblegarán...

De pronto, con voz angustiada, aunque firme y sólida, como para que sea escuchada en todo el recinto:

—¡Soy un dirigente obrero, carajo! ¡Métanme un tiro si quieren... no diré nada...!

Las últimas palabras se ahogan en un sollozo, se pierden absorbidas por un torbellino rabioso de golpes frenéticos... Luego, cansados y jadeantes:

—Adoctrinado el boludo éste, ¿no?

Pero no pueden más, ya no siguen... ¡Bravo, Simón...! Les ganaste la partida... Aunque tienes el cuerpo destrozado, estás derribado e inconsciente y tu sangre se mezcla con el estiércol, purificándolo... tú eres el vencedor, los derrotaste. ¡Si te hubieran metido el tiro que les pediste, seguirías siendo el triunfador! No pudieron contigo, les faltó valor para apretar el gatillo, los acobardaste con tu coraje. ¿No ves que los ahuyentaste con tu dignidad obrera y popular...?

Reina un silencio que oprime... ¿Cuántas horas más habrán transcurrido? Sólo los pasos de la guardia, han cesado golpes y gritos. Alguien se anima:

—Permiso, mi capitán... quiero orinar...

La respuesta no es la acostumbrada, no le dicen ¡cáguese! ¡orínese! por meterse en huevadas... Podría ser la medianoche, todos tenemos ganas enormes de orinar. El oficial, ¿será capitán acaso? ordena que uno tras otro, “no todos a la vez, por favor”, desagüen donde puedan... Casi todos lo hacen arrodillados, girando hacia la parte trasera donde estaban acostados... Me

pregunto si habrán llevado a las mujeres a otro lugar.

Cuando me llega el turno, no puedo evacuar de hinojos, tengo una tremenda pesadez en la parte baja del vientre, como si todas mis vísceras oprimieran la vejiga... Él me toca la cabeza con suavidad, casi paternalmente, “orina de parado –me dice– y ubícate allí, donde hay más espacio”. No alcanzo a verle la cara, sólo una fracción de segundo, unos ojos de expresión indefinible... ¿humanos?... podría ser. Cuando voy a recostarme de nuevo le digo de espaldas, sin mirarlo:

—Permítame decirle que usted es un oficial de honor...

Quienquiera que hayas sido, capitán o lo que seas, no sé quién eres, no sé siquiera por qué te portas así, ¿te repugna la faena?... ¿por qué decidiste diferenciarte de los otros?... ¡Quién sabe! Algunos nos inclinamos a creer todavía en la posibilidad de una reserva moral en las fuerzas castrenses. Y te lo diría de nuevo, mirándote de frente. Pero, acabó tu turno de guardia muy pronto. Recuerdo cuando pediste silencio y compostura al oír el tropel de tu relevo... Para ser honorable, es decir para tener un comportamiento relativamente humanizado, ¿tenías que ser clandestino dentro de tu propia institución...!

Otra vez los gritos y los insultos... Una vez más el terror de los golpes y las patadas al descubrirse el más leve movimiento. Y ahora es peor...

—A ver, estos diez primeros –mientras los contaban– ¡pararse y salir en fila, que vamos a pulir!

—¡Vista al mar, cojudos!

—Qué me mirás, boludo (uno de los argentinos) ... ¡Si lo volvés a hacer te mato!

Después de todo, quizá no se propongan liquidar a todos... ¿Por qué no se dejan mirar la cara? Un muerto ya no puede reconocer a nadie, ni a su madre, ni a su mujer, ni a sus amigos. Para bien o para mal, algo tendrá que cambiar... de todas maneras, no podrías estar mucho tiempo más en esta maldita posición... ¿Para bien?... ¿qué fue eso?... Sí, es una descarga no lejana, en alguno de los patios podría ser. ¿Estarán fusilando? Disparos aislados, como de revólver... tiros de gracia tal vez... ¿O serán nada más que simulacros...? No te consueles, mejor es que te prepares.

¿Es que la muerte necesita de una especial preparación?

Gentes que ingresan de nuevo, chasquido de armas, pasos, voces. El mismo ritual para los diez siguientes: ¡Pararse!... ¡no me mirés!... ¡vista al mar!... ¡por delante!...

Silencio... una ráfaga prolongada, disparos aislados... Otra vez silencio.

Estoy muy próximo a la pared, entonces estaré probablemente entre los últimos en salir... Mi mente empieza a funcionar a una velocidad increíble. Imágenes, recuerdos, impresiones, anécdotas, se suceden a un ritmo vertiginoso... hay que estar en una situación parecida para constatarlo. En pocos segundos tengo tiempo para todo, increíble, hasta para recordar que Aureliano Buendía pudo hacer el recuento de su vida frente al pelotón de fusilamiento...

A mí me sucedió en otras ocasiones, eso de estar ante la evidencia de que te puedes morir... Claro que no tan transparentes y peliagudas como ahora.

La primera vez fue en Cochabamba, a comienzos de los años 60... Los campesinos del valle fueron

movilizados contra los distritos mineros (me complace que a estas alturas, cuando parece que de verdad voy a morir, esto ya es imposible que ocurra). Se han concentrado en la plaza *14 de septiembre* y se dice que marcharán al día siguiente... No es posible emprender una acción política de persuasión sobre los hombres del agro, el “maravilloso instrumento del poder” es muy difícil de enfrentar. El gobierno maneja caciques, dinero, demagogia, alcohol, etc. Además, somos todavía un grupo muy pequeño, en gran medida aislado, con vínculos e influencia casi nulos en el campo. Pero hay que hacer algo, ¿no?... Batirnos con los campesinos no es posible, ni deseable... Al fin tomamos una decisión: para impedir el paso volaremos un puente, o quizá provoquemos un derrumbe a la salida del valle. Manos a la obra, pues, los de la fábrica Manaco nos ayudarán a elegir el lugar más apropiado. Entretanto, hay que transportar los implementos, desde la casa del “Negro” Mejía. Se trata de dinamita, fulminantes y guía (llegaron en un canasto desde la mina de Siglo xx). La tarea debemos cumplirla entre tres: “Casicho” Arévalo, “T’aku” Soria y yo. Soy el menor de todos, el más chango se puede decir. Me envuelven el torso con largos metros de guía –no es peligroso, dicen– y me cubren con una chompa de lana. Los fulminantes, en una pequeña cajita de cartón, se colocan en el maletín que va prendido a la montura de mi bicicleta...

La caravana se echa a rodar conmigo por delante, mis dos compañeros tienen a su cargo el traslado de la parte más voluminosa, los cartuchos de la dinamita... Justo enfrente de la Estación Ferroviaria del Valle, parqueados en doble fila, los camiones vacíos que trajeron a los campesinos... Cuando pienso que debimos evitar el paso por este lugar es ya demasiado tarde, alguien me tiene prendido del cuello, mientras

por el otro costado otro me ajusta con el caño de un fusil Máuser... Mis compinches, que vienen a prudente distancia, ven a tiempo la escena y viran sus velocípedos en otra dirección... ¡por lo menos ellos están a salvo...!

La situación dura muy pocos segundos, pero ya mi mente se ha puesto a marchar aceleradamente... Podrían disparar, es cierto... pero no tienen cómo adivinar mis intenciones ni pueden saber que lo que aprietan con el caño no son directamente mis costillas, sino la guía de la dinamita. Sería una muerte estúpida, pienso; no tienen motivos para odiarme, sólo me opongo a que sean arrastrados contra los mineros, nuestros hermanos; pero eso no lo entenderían ahora ni yo sabría cómo explicarles, ni siquiera hablo el quechua con fluidez. Parece existir entre nosotros un abismo infranqueable...

Fue en ese momento que pronuncié la palabra milagrosamente salvadora...

—Compañeros...

No recuerdo que cosas más dije, pero ese instante supe que no me matarían... ¡Compañeros! Qué palabra tan cálida y bella.

Otra vez en que estuve ante la posibilidad de morir ocurrió en Santa Cruz en 1965, fue por la imprudencia de Héctor, alias “El Chanchito”, que no sabía nadar y yo que me metí a salvarlo olvidando las precauciones que siempre hemos oído desde chicos. Por poco resultamos ahogados los dos en la piscina de la Poza del Bato, ¿o pato? El drama duró también escasos segundos... atragantado y con Héctor a cuestras prendido de mi cuello y de mi cintura, alcancé a nadar hasta la orilla más próxima. Mi mente hizo otra vez prodigios cinematográficos, pensé en mi madre, en los camaradas que no tendrían el informe del congreso estudiantil al que acabábamos de asistir, en mi vida joven sin

realizaciones aún... en fin, decenas de imágenes desfilaron por mi cabeza atropelladamente en tan pocos instantes... Y allí no valían palabras salvadoras, nos enfrentábamos a la sola naturaleza que podía arrebatarnos la vida, tan plácida e imperceptiblemente, con sólo aprisionarnos en unos pocos metros cúbicos de agua.

Lo de la plaza del estadio, en agosto de 1971, fue diferente. No se trataba de un caso individual. La muerte se asomaba de frente y desde los tejados, pero nosotros, a pesar de lo desorganizados, no estábamos tan inermes como ahora y éramos muchos. Allí recogí sensaciones muy complejas, imposibles de ser descritas sin profundas reflexiones previas... Básteme decir que el único momento que no sentí miedo fue cuando tenía el viejo Máuser apoyado en los adoquines de la barricada improvisada en la avenida Saavedra, frente a los monolitos

Me sonrió ante tan tenues aproximaciones a la muerte. No fueron nada comparadas con ésta. Ahora sí, la cosa parece en serio...

Nuevamente pasos y voces... ¡Los diez siguientes...!

Alguien llora desconsolado, se queja... que él sólo pasaba por la calle, que ha llegado de Oruro, que debía casarse ese sábado... Por supuesto no le creen, se ríen de su minúscula tragedia y lo callan a golpes...

Otro hueco de silencio expectante... ¿Estarán deliberando?... ¿Se habrá interrumpido la cadena...? ¿Será que les falta espacio...? ¿O estarán deshaciéndose primero de los cadáveres...?

Incertidumbre... aunque por otra parte casi la evidencia de que tú puedes estar entre los próximos diez... o entre los subsiguientes...

Mi madre, ¿ya sabrá de mi desaparición...? Quizá aún no. Pero, igual, estará angustiada por las noticias de La Paz... Sí, ...hubiera querido sobrevivirte, ahorrarte la pena de mi muerte, sobre todo a tus años... Qué quieres, sin embargo, esto estaba entre los riesgos posibles... Quisiera que de algún modo lo llegaras a saber, lo bueno que pudo haber en mí lo heredé de ti, tendría que habértelo dicho hace mucho tiempo... Nunca me diste tu aprobación, es cierto, siempre decías que debo preocuparme más de mí y de mi familia, que esto no cambiará ni en mil años, que a lo mejor las generaciones futuras... Pero yo adivinaba en ello nada más que tu empecinamiento maternal... a pesar de tus ruegos y reconvenciones, sabía que desde lo más profundo de tu corazón estabas firmemente conmigo. Habías llegado a comprender que yo no podría vivir de otra manera.

Sufrirás mucho por esto, mi viejita querida, pero tu fortaleza de molle plantado en el valle te permitirá reponerte. Recuérdame con orgullo, no dejes que nadie manche mi memoria, moriré de pie, con toda la dignidad que tú me has dado.

“Y que las cien mujeres que me amaron deshojen sus canciones...” dice el poeta peruano Luis Nieto en su orden del día para cuando muera. Algunas serán, aunque no cien... Mas el recuerdo de todas, todas, se concentra en ti mi amor, mi compañera... ¿Podrás hallarme esta vez...? En agosto del 71, al tercer día fuiste a la morgue, buscaste horrorizada mi rostro entre los cuerpos allí apilados... pero, ya ves, mi hora todavía no había llegado... Nuestro amor no fue como los idilios de las novelas, transitó por trechos duros, creció con el paso de los días, se hizo fuerte y cada vez más fecundo. Fructificó en una relación cristalina más o menos serena y no por ello menos apasionada. Algunas insatisfacciones, muchas cosas grandes y pequeñas que

no pudimos darnos, pero cuánta vida y cuánto amor a pesar y por encima de todo. Sí, cariño mío, eres el recuerdo más dulce y tierno que puedo esbozar en estos instantes supremos. Te amo...

En ustedes me prolongo, hijos queridos. Si esto sigue y se confirma lo que todos suponemos, ya no me tendrán más. Aunque todavía son muy pequeños, yo sé que ya lo comprenden. Sé que me quieren mucho. Les robé algunas horas de cariño paterno que siempre me esforcé en compensar... no sé si lo he logrado. Quisiera que fueran personas íntegras, fuertes pero bondadosas... que no se guiaran por las puras apariencias, que supieran siempre ver un poco más hacia el fondo de las cosas. No sé qué idea predominará entre las imágenes que les queden de mí... quisiera que apreciaran tan sólo la honradez, que descubrieran que ésa es la única riqueza que a veces puede legarse, y no es despreciable, no. Apoyen y cuiden siempre a la mamá.

Una vez más el tumulto de pasos y sacan a la nueva tongada, el tiempo apremia...

¿Cómo irá a ser mi tumba? Yasser Arafat, en el Palacio de los Deportes de Lisboa, comenzó su discurso con un relato conmovedor (qué buen orador me pareció, por momentos me olvidé de la traducción y me figuré que lo estoy entendiendo directamente en árabe): una madre palestina, con su hijito muerto en brazos, se había dirigido a él cuando visitaba un campamento de refugiados palestinos: “¿dónde, Yasser, dónde podré enterrar a mi hijo...?” (desde las graderías donde me encuentro, me pareció descubrir el brillo de una lágrima... por más de treinta años un pueblo martirizado en el exilio, sin siquiera un sitio seguro donde enterrar a sus muertos, es algo para ponerse a pensar...).

¿Cómo es que no dejé dicho a mi mujer que me sepultaran en la tierra, y no en esas ridículas covachas de ladrillo de los cementerios...? En vez de las broncas y tensiones de los últimos días (¿sabías acaso el peso de las preocupaciones que me había echado a la espalda?), tendría que haberme ocupado de dejar esto bien explicado, en la tierra-tierra y por lo menos a dos metros de profundidad... Pero, ¿cómo podía imaginarme que sería hoy?... Debía regresar a la casa a la hora de almorzar... salí relativamente temprano, ella y los hijos estuvieron como cohibidos cuando les di el cotidiano beso de despedida, claro, querían abrazarme por mi cumpleaños, pero no se decidieron... Mejor en el almuerzo, dirían... y seguro que me esperaron con caldo de maní (desde que tengo memoria lo he saboreado en los cumpleaños familiares). Y, a propósito, no había pensado antes en la coincidencia... moriré exactamente el día que cumplo 36 años... Un simple detalle, sí, pero cabe en este repaso filmico... “No preguntes cuánto, sino cómo has vivido”.

Otro silencio prolongado... ¿habrán suspendido las ejecuciones...?

Compañeros... mis amigos y camaradas. No voy a fallarles. Estoy contento de haber llegado hasta aquí. De algún modo lo sabrán (al final, todo se llega a saber) ... pronunciaré la frase adecuada en el momento preciso... controlaré el temblor de mis rodillas... con una muerte no sucumbe la perspectiva... muchas muertes habrá todavía...

No son momentos de razonar como un fanático... y yo lo fui en los inicios. Si algo puedo contemplar satisfecho desde la orilla en que me encuentro, es que estamos metidos en una obra que vale la pena... Si nos matan por ello, es triste, ¡cómo no!, pero de ninguna manera sorpresivo... Siempre deberíamos tenerlo

presente... eso de que amamos la vida, aunque estamos dispuestos a ofrecerla, no son simples palabras, o por lo menos no deberían serlo. Sabemos que la lucha de clases tiene frecuentes desenlaces cruentos... No debimos olvidarlo ni por un instante... Con el bloque progresista y popular en el que estamos, la Unidad Democrática y Popular, fuimos capaces de derrotarlos en las urnas, pero, ¿creímos acaso que ellos se resignarían a perder y no cambiarían de terreno...?

¡Cuánta sangre derramada!...

Pienso en Rosendo García, muerto con sus tragos adentro en San Juan, por defender su sindicato. En Roberto Alvarado, el viejo Roberto, tan duro y tan puro, su corazón dejó de latir en una celda de Viacha, nada menos que en los brazos impotentes del cardiólogo “Trotsky” Soria, preso como él.

Pienso en Jorge Sattori, el entrañable “Satoracho”. Planificó y personalmente dirigió la fuga de presos políticos de Coati, en 1972, pero fue recapturado sólo porque se negó a fusilar al viejo y gordo coronel de Policía que llevaban de rehén, el pobre hombre les estorbaba la caminata en la dura noche altiplánica (tantas veces le dijimos que escribiera esa historia, y no nos hizo caso, hasta que abordó el malhadado avión aquel en el que murieron todos, menos Jaime).

Pienso en los muchachos que se nos fueron del partido y murieron con la guerrilla, toda una pléyade heroica, hombres del calibre de un Inti Peredo (no podemos ignorarlos, no) ...

En Cupertino, Cecilio, Darío, Amadeo y tantos otros que no conocí...

Hago el recuento de la orgía terrorista de las últimas semanas (como indicios eran más que suficientes).

Pienso en Lucho Espinal, el curita tan bueno como un santo aunque, según se le mire, políticamente ingenuo. Lo torturaron toda la noche y acribillaron al amanecer... En los otros del avión siniestrado en Laja (pocos dudan de que haya sido un sabotaje) ... En Alcides, el joven comunista ametrallado en Santa Cruz... En los muertos y heridos de la marcha de El Prado en el cierre de campaña (estalló la granada en mitad de la alegría, me veo correr agarrado del megáfono, dejan manchas rojas mis pisadas, he pisado sangre... debe ser un mal presagio).

Pienso en todos los que pasaron por torturas durante los gobiernos de Barrientos y de Banzer... en “Arsenio Mayta” y “Chaparro” (Ramiro Barrenechea y Marcos Campero); en “Juana Sánchez” y “Janeth” (Ana Urquieta y Elsa Crispín, después más conocida como “Mafalda”). En “Ruly”, sobre todo en “Ruly”, Emil Balcázar, el minero cambia (al encontrar en tu casa mis papeles de la radio “La voz del Minero”, te azotaron con alambres, te apalearon, dispararon en tus oídos, te hicieron el “submarino” y cuántas cosas más, pero no lograron arrancarte nada, menos mi paradero). Pienso en Ojopi y en “Sapito” Mejía, en “Satoracho” otra vez. En “Rafael” y “Alejandro” (Remberto Cárdenas y Fernando Campero Marañón), dos nombres de guerra que siguieron vigentes después de la clandestinidad.

Pienso en los cientos de héroes innominados de la batalla de este siglo... En Fucick, el checo que escribió en pequeños papelitos de la cárcel su conmovedor *Reportaje al pie del patíbulo*, simbolizo a los de otros lados...

Pienso en Simón, cuya respiración ya no escucho... Soy parte de esa legión, qué carajo, mi muerte no será un drama exclusivo ni únicamente personal.

¿Habrán cambiado los planes...? ¿Sería todo nada más un simulacro? Es el final, convéncete... ya vendrán por ti, estarás en los del próximo grupo...

No tengo necesidad de arrepentirme por la forma en que he vivido... Todo volvería a tomar el mismo cauce, si me fuera dado vivir otra vez...

Cambiarían algunas cosas, pero no lo esencial... Procuraría establecer más pronto la diferencia entre las convicciones profundas y las verdades absolutas (algunos se atreven a decirnos que el marxismo es una nueva religión cuando esto no queda suficientemente claro)... Distinguiría mejor la actitud consecuente del sectarismo corrosivo e inútil... Aprendería más pronto la necesidad de arrancar la acción de las más hondas raíces de nuestro pueblo... Trataría de reconocer más prestamente el lodo que se oculta a veces bajo las aguas cristalinas... Sí, me esforzaría por ver más hondo en el alma de las gentes... Volvería firmemente a abrazar el mismo ideal, pero me apresuraría en encontrar la diferencia entre acariciar con pasión un objetivo e idealizarlo... Sí, señores, la vida es más compleja de lo que en principio nos imaginamos... es posible construir un mundo mejor, los que lo están edificando, aun con tropiezos y errores, nos lo demuestran... pero nadie piense que esto es una tarea fácil para la que sólo hace falta disponer de buena fe y de mejores intenciones. Hay campo, y muy anchuroso, para la esperanza; que nadie lo dude, pero tampoco que nadie confunda la esperanza con las simples quimeras...

Volver a vivir... Estoy divagando... Aunque... tal vez no renunciaría a la literatura (¿qué me pasó...?, ¿tuve miedo a fracasar...?, ¿o no me esforcé lo suficiente...? Sí, creo que fue una mezcla de negligencia, complejos, desorden y escepticismo en cuanto a su eficacia).

Tendría que hacerme vencer menos por el apuro que me dejó tan poco tiempo para admirar y amar la naturaleza y para solazarme con las buenas creaciones humanas... ¡Viviría con más plenitud!

La hora parece haber llegado ¡arriba pues!

Pero no pasa nada. Otra vez vista al mar, en fila carajos, mirando al suelo. Nos sacan del laberinto de edificaciones... Estamos próximos a la calle, hace mucho frío, el amanecer puede estar cerca. Agujas de luz, motores funcionando, órdenes, gritos. De nuevo las ambulancias. ¿Dónde nos llevarán...? Si la intención es eliminarnos, quizá éste no sea el lugar elegido... ¿Qué ha sido de los que fueron sacados antes que nosotros...? Las descargas que escuchamos después de cada salida no eran producto de la imaginación, no. Sin embargo, nos llevan... ¿a dónde?

Tendidos en el piso metálico, tratando apenas de adivinar la ruta emprendida, podemos sospechar cualquier cosa, hasta la más extravagante... ¿Chuquiaguillo?... ¿Munaypata?... ¿Alto Lima?... Después dirán que caímos en combate, que las-fuerzas-de-seguridad-restablecieron-el-orden... ¿o ley de fuga?...

La verdad es que hay muchas formas de deshacerse de los muertos, cuando no se tiene que rendir cuentas a nadie, cuando se posee el poder absoluto y espantoso de la fuerza, cuando se es dueño de la noche y señor de las tinieblas... (hay tantos relatos, como el que los trabajadores fueron arrojados a los hornos de calcinación en la Masacre de Uncía de 1923)... Puede ser el lago, o la selva (en 1967 a "Bigotes", Jorge Vázquez Viaña, dicen que lo sacaron del hospital de Choreti y lo arrojaron desde un helicóptero).

Nos tienen en sus manos, nadie puede hacer nada por nosotros (después sabría que hasta insultaron al arzobispo Jorge...)

Balanceas una vez más tus posibilidades. La incertidumbre se agiganta: es mejor repetir mentalmente la frase que has elegido para el instante final...

¿En cuál de las esquinas próximas nos aguarda el desenlace...? ¿O será que primero quieren interrogarnos...? ¿Estás suficientemente preparado para esa prueba? Te la imaginas, claro, te la has representado muchas veces para saber si eras capaz de soportarla. Pero ésta sería la primera ocasión de experimentarla en carne propia. Sería tu debut en la materia (estrenito, pajarito nuevo, dijeron después, cuando te sacaron la capucha para empezar) ... Tendrás que aguantarlo todo... ¿no estabas acaso dispuesto a morir...?

Seguimos subiendo y deduzco que hemos dado la vuelta por la plaza Uyuni, Chuquiaguillo estaría, pues, descartado... Hace muchos años hice este mismo recorrido... pero en sentido inverso. Y, qué ironía, también en una ambulancia... La cosa fue así:

Un camarada, siringuero tuberculoso, requería sangre para una transfusión... cuando me presento como voluntario en el Hospital del Tórax, me dicen que el tipo "B" no se conserva bien, que mejor deje mi dirección, que le darán a mi amigo la sangre del banco a condición de yo reponerla cuando la necesiten... que firme una boleta de garantía, es sólo una formalidad... Yo, conspirador empedernido, no tuve más remedio que dar mi dirección auténtica... Pasaron las semanas y olvidé por completo el crédito de sangre que había suscrito... andaba sumergido en el fervor universitario que esos días se volcaba a recuperar el petróleo y defender el gas... el gobierno llevaba a la gente al confinamiento, a Ixiamas, Puerto Rico y Alto Madidi. Allí estaban, entre muchos otros, René Zavaleta, Marcelo Quiroga Santa Cruz, Ramiro Barrenechea

y Eliodoro Alvarado. Las detenciones eran el pan de cada día... Una tarde cualquiera, ruido de motor y bocinazos junto a mi habitación. Mierda dije, vienen por mí... salgo al patio corriendo con la idea de saltar por el muro del fondo... frenéticos golpes en la puerta mientras vociferan mi nombre, un hombre de bata blanca se introduce sin esperar respuesta e intercepta mi fuga... ¡Necesitamos sangre del tipo “B”, estamos operando...! De la sorpresa y el susto, paso al gozo... en instantes la ambulancia se abre camino de bajada con sus estridentes argumentos... yo voy sentado junto al de la bata blanca, me río de mi sobresalto y ostento un aire de satisfacción, ayudaré a salvar la vida de alguien que no conozco.

Tiene gracia... ahora voy en sentido opuesto, desandando el recorrido que hice en aquella ocasión, tal vez hacia mi propia muerte.

Como quiera que sea, este capítulo debe estar por terminar... ¿viviré para contarlo...? Siempre vista al mar nos han bajado de los vehículos, no se dejan ver los rostros... una luz mortecina, piso de cemento, pared húmeda y carcomida. Toman datos, nuestros nombres, direcciones, en qué partido militamos... nos empujan en fila hacia el interior... se abre una enorme puerta metálica (después sabría que era la de la celda N° 10)... Nos empujan introduciéndonos en la obscuridad. Un torrente de aire tibio, húmedo, con olor a respiraciones múltiples, me envuelve completamente... Cuando oigo el cerrojo asegurándose con estrépito a mis espaldas, tropiezo con varios cuerpos... voces apagadas, manos, muchas manos fraternales... ¿Dónde estoy? Me toman del brazo... ¡hermanito!

Es como salir del fondo de un pozo, profundo y lóbrego. Como despertar de un mal sueño (después

me enteré que fueron más de 17 horas continuas). Estuve lado a lado de tantos compañeros, pero compartimentado, amurallado como ellos en una incomunicación total, absoluta... no hablar con nadie, no moverse, sólo pensar solitariamente, encerrado a la fuerza en el interior de ti mismo... y con la muerte rondando por la caballeriza... Acá, en la negritud de la celda se restablece el vínculo humano... es como regresar a la vida... Puedo hablar, me preguntan... compañero... ¿dónde están los demás?... ¿quién eres?... ¿alguien ha visto a Simón?... ¿dónde estamos?...

Busco un espacio libre para acomodarme sin pisar a los otros. Tiene que estar por llegar la madrugada...

Acabará la noche, a pesar de todo, y desde cualquier rendija podremos otra vez sentir la luz de un nuevo día...

PAJARITO NUEVO

Las semanas previas al golpe del 17 de julio de 1980 la democracia boliviana era muy pintoresca.

Formalmente el tenebroso aparato de represión que había montado el régimen banzerista estaba disuelto y gozábamos de plenas libertades. Lo que constataríamos después, a un costo muy elevado, es que los agentes, soplones, espías y torturadores entrenados en siete años de dictadura habían pasado a trabajar bajo el mando de Luis Arce Gómez en la Sección II del Ejército. En otras palabras, sólo trasladaron transitoriamente sus oficinas de Sopocachi a Miraflores.

Eso explica también cómo, a los pocos días de posesionarse la presidenta Lydia Gueiler, Arce Gómez, al mando de una fracción militar, allanó el Ministerio de Gobierno y se llevó consigo los archivos de la represión política, ante la mirada impotente del ministro Jorge Selum Vaca Díez.

Por esos días en dos ocasiones tuve la evidencia de que tales “canas” nos andaban rondando. La primera vez Remberto Cárdenas, que estuvo preso más de un año y fue uno de los últimos en salir en libertad en 1978 al desmoronarse el gobierno dictatorial, me mostró en la calle a dos sujetos que habían sido sus captores: Melquiades Torres, alias “El Gemio”, y Jorge Balvian, alias “El Coquito”; recuerdo que ni siquiera alcancé a fisonomizarlos claramente, aunque no dejó de extrañarnos que andaran juntos y en las cercanías de la oficina del PCB, partido en el que Remberto y yo militábamos. La segunda vez fue en la Plaza San Martín (Triangular) de Miraflores: Sonia reconoció a “El Gemio” como la persona que junto a Balvian comandó el grupo de agentes civiles que tiempo atrás

había allanado nuestro domicilio de Ciudad Satélite y saqueado mis libros y papeles (varios cajones de cartón que a los vecinos hicieron creer que eran armas); Sonia lo reconoció sobre todo por la cicatriz que el sujeto lleva en el rostro, pese a que trataba de ocultarse tras un periódico, en la típica pose del espía perseguidor.

Ambos incidentes me serían recordados por “El Gemio” la noche del 19 de julio, dos días después de haber sido detenido en la sede de la COB, junto a decenas de dirigentes sindicales y periodistas. “Me has hecho ‘dedear’ con el Remberto y también con tu mujer”, dijo desafortadamente en lo que parecía un intento de encontrar razones para descargar momentos después sobre mí la furia de sus golpes.

Ocurre que durante los siete años del gobierno de Banzer (1971-1978) no pudieron echarme el guante. Varias veces estuvieron a punto, pero no lo lograron. En La Paz viví a salto de mata recibiendo muestras de una inmensa solidaridad de muchísimas personas que se arriesgaron por protegerme y que nunca podré agradecer lo suficiente.

No lo consiguieron en las minas donde entre 1974 y 1976 me moví en una especie de semilegalidad, bajo la protección de los sindicatos de trabajadores en cuyas emisoras hice mis primeras armas serias como periodista. Recuerdo una vez, siendo redactor de la radio *21 de diciembre*, a menos de una cuadra de la Policía de Llalagua los agentes civiles me soltaron cuando pedí a gritos a un trabajador que pasaba por la calle que avisara a Octavio Carvajal y a otros dirigentes del Sindicato de Catavi que me llevaban detenido.

Tampoco pudieron capturarme cuando los campamentos mineros fueron ocupados militarmente en junio de 1976 y luego de que la huelga de los

mineros se extinguiera casi un mes después. Los primeros días ingresamos a interior mina junto con los principales dirigentes; Iván Paz y yo armados de una poligrafiadora ayudábamos a redactar y difundir los pronunciamientos sindicales, mientras Domitila a punto de dar a luz repartía café y comida que llegaban del exterior en termos y portaviandas por caminos insondables. Después los compañeros me ocultaron en diferentes casas de la población civil de Llallagua. “Ni se te ocurra quedarte en el campamento, pues aquí entran casa por casa sin contemplaciones”, habían coincidido los más experimentados dirigentes. Salí de allí totalmente transformado, sin bigotes y con el pelo recortado al estilo cadete, con un carnet de identidad falsificado, por una ruta y a una hora que Emil Balcázar había planificado minuciosamente antes de su detención (cayó un día antes de mi salida y, al encontrar en su poder mis archivos, papeles y cintas grabadas de la radio, lo torturaron salvajemente para dar con mi paradero, pero él no dijo una sola palabra y yo no cambié el plan de salida pese a que las reglas de la clandestinidad así lo aconsejaban).

Con todos esos antecedentes, cuando descubrieron mi rostro y mientras desataban los alambres de mis manos, “El Gemio” y “El Coquito” no ocultaban su satisfacción por tenerme por fin en sus garras. Me miraron de arriba abajo y uno de ellos dijo “con que pajarito nuevo, ¿no?”.

¿Cómo llegué hasta aquí? Retrocedamos un poco: después de la espantosa noche en las caballerizas, del Estado Mayor nos trasladaron al amanecer del 18 de julio a las reabiertas instalaciones de la DOP ubicadas detrás del Palacio Legislativo (en el espacio en que después se construyó el actual edificio anexo al Congreso). La situación allí fue igualmente pavorosa, como para no

querer acordarse. En Miraflores boca abajo sobre el estiércol de caballo y manos en la nuca, además de los golpes, pisotones y otras vejaciones, sufrimos la tortura del aislamiento individual. Aprisionados en la Celda Nro. 10, aquí padecimos el hacinamiento colectivo como un verdadero suplicio.

Pasan las horas y siguen y siguen trayendo detenidos. David Acebey intenta el uso organizado de un borde o pretil de cemento para podernos sentar por turno unos minutos, distribuye para ello unos papelitos numerados que llegan, según recuerdo, hasta el 73. Una chompa de lana –ni falta que me hace ante el calor sofocante de tantos cuerpos apretujados– pasa de mano en mano girando como una hélice para mover el aire junto a una pequeña ventana enrejada, al lado de la enorme puerta metálica casi hermética.

Estamos a oscuras y descalzos. Sólo el día domingo 20 trajeron del Estado Mayor una camionada de zapatos que vaciaron en medio del patio para que cada uno reconozca los suyos; los míos y los de Hernán Ludueña nunca aparecieron, corrieron la misma suerte que carteras, relojes, llaveros, cinturones y otros objetos personales que nos decomisaron al llegar al Gran Cuartel en las ambulancias.

Antes del amanecer de esa segunda noche estamos literalmente asfixiados y esto provoca una especie de motín que obliga a los guardias a abrir la puerta –por fin el aire– y a sacar al periodista Butrón y a otras dos personas desmayadas.

Ya estamos a 19 de julio y no hemos probado bocado desde el 17, sólo unos sorbos de agua cuando nos sacan en grupos de a cinco para ir al baño. El día transcurre con la única novedad importante de que alivian un poco la situación de la celda llevando a unos

cuantos presos a otras habitaciones que han habilitado arrojando al patio montañas de papeles que después descubrimos que eran archivos oficiales del Parlamento Nacional. Cuando todavía alumbra el sol, quizá a las cuatro o cinco de la tarde, vienen los guardias y vocean tres nombres, los de Max Toro, Víctor Sosa y el mío. De otra celda escuchamos que sacan a Simón Reyes. Nos ponen una capucha en la cabeza, una especie de saquillo de tela, y nos atan las manos hacia atrás con unos alambres o cables de electricidad. Los cuatro somos colocados de cúbito dorsal en un vehículo que intuimos es una de las ambulancias que se utilizaron desde el primer momento del golpe de Estado.

Sólo mucho después tuve la certeza de que el lugar al que nos llevaron era el Ministerio del Interior, ahora de Gobierno. Cuando en 1983 trabajaba en Canal 7 Televisión Boliviana hice el recorrido por la portezuela lateral de la calle Belisario Salinas y las gradas y pasillos que conducían al tercer piso.

La maquinaria represiva había retornado del Gran Cuartel de Miraflores a sus espacios habituales de la avenida Arce, y Luis Arce Gómez era el nuevo titular de la cartera.

Conducidos como ciegos nos hacen esperar en una sala y uno a uno vamos ingresando al interrogatorio. Para ahogar el ruido de los golpes y las vociferaciones colocan una radio a todo volumen con el programa deportivo de los hermanos Echavarría que transmite desde el sur una competencia automovilística curiosamente no interrumpida pese a los momentos angustiosos que vive el país.

Después de escrutarme minuciosamente y acusarme de que yo los había hecho “dedear”, “El Gemio” y “El Coquito” comienzan formalmente el interrogatorio

sentándome en una silla. El uno se pone a mi lado amenazante con las manos en la cintura; el otro, detrás del escritorio, dispara las preguntas mientras escribe en un papel: nombre y apellido, edad, partido en el que milito, y otros datos generales. Una vez más, para darse coraje “El Gemio” me lanza una acusación: ¿Así que querías cambiar la tricolor nacional por el trapo rojo del comunismo, no?

Ya sin la capucha voy acostumbrando de nuevo mis ojos a la luz y de a poco hago un reconocimiento del ambiente y de los rostros de mis captores. Con una aparente tranquilidad que estoy muy lejos de sentir he guardado mi placa dental en el bolsillo cigarrero del saco y advierto en los muebles la inscripción de inventario con la sigla CIDOB; deduzco que ya han asaltado y saqueado el Centro de Información y Documentación de Bolivia que Godofredo Sandóval y otros intelectuales democráticos estaban formando como repositorio de la memoria del país. Les digo calmadamente que la bandera roja es la bandera de mi partido, igual que la celeste es la bandera del Club Bolívar. Ya tienen el pretexto:

—¡Nos estás queriendo mamar, cojudo de mierda! Grita “El Gemio” a tiempo de agarrarme de los cabellos y arrojarme al suelo.

Él mismo y sus ayudantes inician la descarga de golpes; usan por supuesto los pies para dar patadas, pero también unas largas tablas que se me antoja eran de alguna mesa del CIDOB que habían destruido. La mayoría de los golpes cae certeramente sobre mis partes musculosas mientras se me trata de inmovilizar manos y pies apretándolos contra el suelo.

Paran al parecer a una señal de “El Coquito” y vuelven a sentarme en la silla para recomenzar las

preguntas que giran, primero sobre los supuestos arsenales y el dinero del partido. Después, sobre nombres de personas, cargos y direcciones de domicilios. No los conozco, yo vivía en Catavi y Siglo XX, es mi principal argumento defensivo a sabiendas, por supuesto, de que no me creen.

—¿Donde vive Jorge Kolle?

—No lo sé.

—¿No los sabes, acaso no has ido a recogerlo el otro día en una “peta” celeste?

—Entonces, si lo saben ¿para qué me preguntan?

—¡No vé, este nos quiere mamar!

Otra vez al suelo, los puntapiés y el apaleamiento. Recordé que efectivamente al día siguiente de las elecciones que había ganado de lejos la UDP, llamaron a la oficina pidiendo la presencia de Kolle para una conferencia de prensa en la casa de Hernán Siles Zuazo. Menudo problema, no teníamos cómo ubicar al principal dirigente del partido; a medio salir de la clandestinidad casi nadie conocía las residencias de los demás y los minutos pasaban raudamente. En eso, por pura suerte, se apareció Rosa María Gutierrez y se brindó a llevarme en su escarabajo celeste a la casa de Kolle, que había sido en la avenida Iturralde. Llegamos tarde pero a tiempo, la conferencia de prensa estaba comenzando y Kolle pudo salir en las fotografías en uno de los flancos del líder de la UDP; al otro lado estaba Antonio Aranibar, del MIR. Lo que todos ignorábamos de puro incautos era que los agentes de Arce Gómez seguían de cerca todos nuestros pasos.

¿Cuántas veces se repitió el procedimiento y qué tiempo duró esta pesadilla? Resulta difícil precisarlo. Sólo puedo recordar ahora que en una ocasión logré

zafar mi brazo izquierdo para intentar amortiguar el efecto de la tabla que caía sobre mis partes traseras; el golpe dio sobre la palma de mi mano con tal violencia que hizo saltar la soldadura de mi aro matrimonial (uno de los guardias, “El Negro” Ventura, me lo había devuelto milagrosamente el día anterior, diciéndome que podría traerle mala suerte si se lo quedaba consigo). El efecto del golpe lo sentí más que en la palma, en la parte exterior de la mano, donde me ha quedado de por vida un pequeño promontorio huesudo. En los días posteriores los compañeros de celda, me aplicaban un ungüento llamado “Pergalen” para aliviar mis partes magulladas. Más de dos semanas después, la extendida sangre machacada había teñido de negro retinto casi toda la parte posterior de mi cuerpo. Por eso, los soldaditos de Puerto Cavinás me miraban asombrados y boquiabiertos cuando me desnudaba para zambullir en las turbias aguas del río Beni, como lo hacían todos los colegas de confinamiento para combatir el calor.

No sé si se cansaron o se convencieron de que nada importante podrían arrancarme. Mis recuerdos alcanzan a situarme de pronto amarrado en una silla, con la capucha puesta nuevamente y en una habitación donde al parecer estoy completamente solo. Tiene que haber pasado mucho tiempo porque además de tener el cuerpo tremendamente adolorido siento una sed y una fatiga indescriptibles. La tela de la capucha se ha humedecido con el resuello y no tengo forma de apartarla, la siento pegada a mi boca y la respiración se me hace cada vez más dificultosa. Siento pasos indiferentes y una puerta que se abre hacia un baño que reconozco por el ruido del agua y que no hace sino acentuarme la sed. En cierto momento los pasos parecen detenerse y tengo la sensación de que alguien me observa. ¿Qué puedo perder?

—¡Un vaso de agua, por favor! Digo haciendo un gran esfuerzo detrás de la tela humedecida. Los pasos vacilan. Después se dirigen al baño y siento el ruido del agua llenando un recipiente. El tipo levanta la capucha sólo a la altura de mis labios y vacía en mis entrañas el contenido vivificante. No ha dicho una sola palabra en todo el operativo.

Varias horas después los agentes entran en tropel, me toman de los brazos y guían mis pasos hacia la salida reconocible por las escaleras de bajada y el frío de la noche. Siento a mi lado a mis tres compañeros de infortunio cuando nos suben de nuevo a la movilidad en la que somos apilados. La respiración más jadeante y un tanto quejumbrosa es la de Simón; para él fue sobre llovido mojado, pues la primera dosis de brutalidad la había recibido dos días antes en la ciudadela militar de Miraflores.

Cuando nos bajan de retorno, los “canas” de la DOP se hacen los buenitos ante el estado calamitoso que debe presentar el dirigente de los mineros: “Simón, hermanito, qué te han hecho esos cojudos”, comenta alguno mientras lo ayudan a bajar y a dar los primeros pasos.

Cuando nos sacan la capucha antes de devolvernos a la celda número 10, sólo alcanzo a distinguir a un grupo de agentes que se protegen del frío invernal quemando papeles en una hoguera instalada en el centro del patio. A Simón lo apartan y lo llevan casi en vilo a otra celda pues apenas puede caminar.

Los compañeros nos reciben con la novedad de que en nuestra ausencia habían traído la primera comida, pero a nadie se le ocurrió guardarnos algo pues nadie sabía si volveríamos a ese lugar.

Lo primero sólido que ingerí fue la marraqueta que distribuyeron con café la mañana siguiente, domingo

20 de julio. Tuve aún que aguardar varios minutos porque Carlos Arce Castedo, firme militante católico y entonces redactor del diario "*Presencia*", propuso una comunión que resultó profundamente humana, emocionante y ecuménica. Antes de comer el pan, para unos fruto maravilloso del trabajo humano y para otros además símbolo imperecedero del cuerpo de Cristo, se formó un ruedo silencioso y anhelante en el que cada quien expresó sus sentimientos y esperanzas.

Estábamos férreamente unidos en la desgracia y todos queríamos vivir en libertad.

EL ECO DEL MONTE

*Puerto Cavinás el eco del monte
donde se viene feliz a vivir.
Cuando amanece aparecen los cantos
se divisa el porvenir*

(Estribillo de un taquirari muy popular
en Puerto Cavinás en 1980)

Una noche nos pusieron a todos de rodillas en el patio y pasaron tocándonos el hombro para que digamos en voz alta los años que teníamos.

—¡Treintiséis!, grité cuando me llegó el turno.

A los de mayor edad los distribuyeron a otras celdas. Nuestras dudas se acrecentaban. ¿Dónde nos llevarían a los demás?

Primero dijeron que nos expulsarían a la Argentina, bajo el reinado del general Videla, campeón de los asesinatos y desapariciones. Parece que la intención existía pero, menos mal, algo les falló.

A los pocos días, los mismos “canas” filtraron la información de que saldríamos confinados al oriente del país.

La noche anterior a la partida llegaron para mí unos zapatos usados encargados solidariamente por Eduardo “Gato” Domínguez, el único de la celda que logró hacer contacto con su familia, creo que sobornando a algunos agentes. Me quedaron un poco ajustados y tuve que hacerles unos cortes en la parte del talón, pero me tranquilizaron un poco; desaparecía la desagradable perspectiva de salir descalzo al exilio o al confinamiento.

Un amanecer de comienzos de agosto, enmanillados, nos subieron a una furgoneta. Mirando por algunas rendijas de la cubierta metálica dedujimos que íbamos a El Alto, hasta lo que podría ser la Base Aérea, donde se estacionó el vehículo. Pasaban las horas y seguíamos encerrados sin ninguna explicación. El sol recalentó el carro y tornó inaguantable el ambiente, parecido al de la primera noche en la DOP.

—¡Guardia, aire!, vociferé varias veces con todas mis fuerzas acercando mi boca a un pequeño respiradero del techo mientras los compañeros golpeaban con pies y manos todas las partes del vehículo capaces de hacer ruido. Después de varios de estos reclamos sonoros, a los agentes no les quedó más remedio que abrir la puerta, pero sin dejar de proferir insultos y amenazas.

Pasamos todo el día en ese afán para conseguir que nos permitan airearnos de rato en rato. Al caer la tarde llegamos a la conclusión de que no volaríamos ese día. En efecto, ya al anochecer nos trasladaron a dos celdas policiales de El Alto. La que me tocó tenía una boca de letrina en una de sus esquinas que hacía irrespirable el aire. Al poco tiempo sentimos un fuerte dolor de cabeza. Una vez más nos vimos obligados al amotinamiento, incluso devolviendo los insultos a los pocos guardias que nos custodiaban. Al fin, viendo que no cejaríamos en nuestro reclamo, nos permitieron recoger del patio restos de bolsas de cemento con los cuales taqueamos el hueco de la letrina para impedir el paso de los olores nauseabundos que nos habían indispuerto a todos.

Otra batalla que tuvimos que librar, amenazando con huelga de hambre, fue para que nos quitaran las manillas tanto para ir al servicio higiénico como para tomar la cena que trajeron unas mujeres, contratadas entre las vendedoras callejeras de comida.

Mientras nos alimentábamos en el patio, ya con las manos libres, uno de los agentes, de apellido Villafán, casualmente vecino de Ciudad Satélite, aprovechando la oscuridad me deslizó furtivamente un paquete que había solicitado a mi familia (contenía un pantalón, dos camisas, un par de botas Manaco y algo de dinero).

“Caminos”, “Cabañas”, “Calaminas”, “Camiñas”, “Cadimas”, eran los nombres desconocidos que los agentes dejaban filtrar, sin darnos ninguna pista real sobre cuál sería el lugar de nuestro destino. Quizá ni ellos sabían de la existencia de ese remoto sitio a orillas del río Beni llamado Puerto Cavinás.

Allí nos trasladaron al día siguiente en dos etapas. Primero todos en un carguero hasta la hacienda ganadera El Dorado, donde comimos un loco cocinado en turril. Después, divididos en dos grupos, seguimos viaje en un pequeño avión Arava, capaz de aterrizar en la pista de Puerto Cavinás. Previamente, en la Base Aérea de El Alto, el que sería el encargado de nuestra custodia, capitán de navío Jorge Velasco Bejarano, mandó abrir las compuertas del mismo vehículo-horno del día anterior, sin esperar nuestros reclamos.

—Están ustedes a cargo de un militar profesional, no me confundan con esos agentes —dijo a manera de presentación.

Era de estatura mediana, moreno, de bigote recortado y lentes, algo rechoncho, vestía traje de combate y llevaba su metralleta al hombro. El trato que nos brindó en los próximos tres meses que pasamos con él fue en general correcto, a momentos frío y distante y a momentos de acercamiento muy cálido hacia algunos de nosotros, especialmente cuando nos invitaba a compartir unos tragos (o más bien ordenaba a sus soldados que nos llevaran a su presencia para acompañarlo a beber).

Pese a su presentación auspiciosa, Velasco no mandó quitarnos las esposas, sino cuando ya estábamos encerrados en nuestra nueva cárcel tropical.

Puerto Cavinás es un pequeño pueblito de una sola calle a lo largo de la curva del río, con no más de 200 habitantes. Un arroyuelo lo separa de un aserradero que ostenta el pomposo nombre de “Base Naval”. Cercanas a la instalación militar, atravesando un sendero, están algunas edificaciones, una ruinoso iglesia de la misión franciscana, unas precarias viviendas de los indígenas “caviches” y la pequeña pista siempre amenazada por el crecimiento del pasto y la hierba.

Arribamos allí sin podernos aligerar la gruesa ropa del invierno paceño, sufriendo horrorosamente por el calor y llevando como podíamos nuestros escasos bártulos.

El recibimiento fue espectacular. No se veía un alma, pero cuando el pequeño avión terminó su carreteo, comenzaron a salir del bosque soldados con el arma en apronte y con ramas de camuflaje en los cascos y la ropa. Según nos contaron después, les habían prohibido estrictamente hablar con nosotros y acercarse a menos de tres metros; les dijeron que éramos peligrosos extremistas subversivos, que manejábamos armas blancas, expertos en artes marciales, capaces de asesinar con un simple movimiento veloz de las manos.

La escena era tragicómica. Una veintena de desconcertados presos políticos en fila india, enmanillados, sudando a mares, caminaban en silencio por el sendero que conduce de la pista de la Misión al Aserradero, rodeados por una fracción de aterrorizados soldados camuflados y en actitud de combate.

Casi al anochecer nos dieron pan y una infusión de paja-cedrón, lo que sería a partir de ese día nuestro desayuno

diario. Después se nos distribuyó la dotación de rigor, la misma que dijeron daban a los soldados: un mosquitero (sin este artefacto no se puede vivir en Cavinás, también llamada la “capital del mosquito”), una bolsa para que llenada con paja sirviera de colchón, una cuchara, un “caneco” o jarro de aluminio y un plato o pailita con asas laterales.

Un grupo fue instalado en un local de madera llamado con exageración Casino Militar, y el otro en una típica construcción de la zona: horcones de chonta, tirantes de madera atados con bejuco, techo de hojas de palmera *motacú* y paredes de *chuchío* revocadas con barro. Como único moblaje, una plataforma de camastros de madera en filas de dos pisos.

Se nos reunió a todos para anunciar la regla de oro: de acá nadie puede salir, el que lo intente no sólo que arriesgará inútilmente su vida, sino que perjudicará al resto porque el castigo será para todos. Por la selva no irán a ninguna parte, el río está controlado por las Fuerzas Armadas en distintos puntos, tanto hacia el norte, en dirección a Riberalta, como al sur, hacia Rurrenabaque. Nadie puede trasponer los límites de esta instalación militar y no está permitido ningún contacto con la población civil que queda al otro lado del arroyo.

A los pocos días, y conmemorando las fiestas patrias, el hielo comenzó a romperse muy lentamente. Los encargados de la guarnición, suboficial Rocha y sargento Vargas, invitaron un delicioso chicharrón de pescado acompañado de cerveza fría. Sus palabras eran muy alentadoras:

—Aquí estarán bien, nada va a pasarles y pronto volverán a sus hogares.

Quedó oficialmente conformada la “Compañía Especial”, como pasamos a denominarnos, organizados en escuadras según la estatura.

Trabajos forzados y voluntarios

Nuestra primera obligación era formar cada día a las siete de la mañana en el campo deportivo, junto a la fracción de 80 efectivos de la Naval, para cantar juntos el himno nacional mientras se izaba la bandera boliviana. En realidad, más que soldados-marineros, esos jóvenes eran trabajadores gratuitos del aserradero.

La segunda era realizar trabajos que nos serían asignados cotidianamente, el primero de los cuales fue “rozar” la hierba y el pasto para facilitar la operabilidad de la pista, siempre bajo la atenta mirada vigilante de los soldados.

Esto planteó una cuestión complicada. En las horas de comida, o junto a la gran fogata nocturna que hacíamos con la ilusión de espantar a la “aviación” (el zumbido de la nube de mosquitos que llegaba al caer la tarde era tan fuerte que lo llamábamos así), surgió la consigna de rechazar el trabajo forzado. La decisión fue unánime, se le comunicó a Velasco que nos negábamos a tomar las herramientas y salir a trabajar. Éste, contrariamente a lo que se podría suponer, reaccionó muy enojado, pero se calmó al poco rato y dijo que aceptaba y respetaba nuestra determinación. Era lo justo, estábamos como presos políticos y no podíamos ser obligados a trabajos forzados.

Sin embargo, a los pocos días advertimos que la total inactividad era tremendamente perjudicial para nosotros mismos. La pasividad nos hacía víctimas más fáciles de los tábanos y los mosquitos, la moral decaía por no saber cómo matar el tiempo.

Lo primero fue hacernos cargo de preparar nuestros alimentos, para ello asumimos rotativamente la responsabilidad por escuadras, pues hasta ahí

comíamos sólo el “rancho” preparado por los soldados en sus ennegrecidos turriles.

Después, un grupo de muy pocos, pero que fue creciendo día tras día, decidimos construir una letrina para aliviar la congestión de la única existente y que también en parte compartíamos con los soldados.

Nos entusiasmos tanto con este trabajo que, ya al entrar en el tercer mes de estadía, decidimos emprender una obra de mayor envergadura.

El puente que alguna vez existió sobre el arroyo estaba totalmente destruido por el tiempo; esto impedía a los vecinos llegar a la pista por el camino que bordeaba la cerca de las instalaciones de la Naval, y se veían obligados a solicitar permiso para transitar por su interior cuando llegaba algún avión o avioneta. Teníamos entre nosotros un ingeniero civil potosino para dirigir los trabajos y, por tanto, luego de acaloradas reuniones de planificación, tomamos la decisión: ¡construiremos un puente!

Y fuimos capaces de hacerlo, a pesar de no contar con el apoyo de todos los confinados, pues algunos dirigentes sindicales no compartían nuestro criterio de distinguir lo que era trabajo forzado y trabajo voluntario.

Justamente cuando habíamos terminado de construirlo, el día que apisonábamos la tierra de la plataforma llegó el Arava que sacó a los primeros 10 prisioneros, según dijeron los más peligrosos. De ahí que algunos de nosotros no pudimos estar en la inauguración y en el bautizo de la obra como: *El puente de los libres*, nombre que los compañeros inscribieron en un enorme madero.

Tengo en el costado derecho de la frente una cicatriz de cuatro centímetros como recuerdo de mi participación

en aquella obra. Habíamos ingresado profundamente en el bosque buscando los árboles más grandes para la base del puente. Corté con el hacha uno de esos bellísimos gigantes que al momento de caer, como castigando mi osadía, lanzó contra mí una de sus ramas que había estado suelta. Cuando me recobré del desmayo, estaba completamente ensangrentado y los compañeros me llevaban a la presencia de Velasco, quien por suerte estaba en sana razón y procedió de inmediato a suturarme la herida con seis puntos, no sin antes recordarme que sólo le faltaba un año para graduarse de médico, la segunda profesión que había elegido. Algunos años después me topé con él en una calle de La Paz y luego del abrazo de rigor, lo primero que se le ocurrió preguntar era cómo había quedado el “zurcido” de mi frente que estuvo a su cargo.

Otra manera de ocupar el tiempo fueron los trabajos de pesca para reforzar nuestra dieta tan escuálida en proteínas. Acebey y yo fuimos los más perseverantes, aunque los resultados que obtuvimos influyeron muy poco o casi nada en la olla común del más de medio centenar de personas que componíamos el grupo de los confinados.

También con él y bajo el asesoramiento de don Rafael, el anciano encargado del taller de carpintería de la Naval, buscamos maderas finas para realizar trabajos manuales, algunos de los cuales llegaron a convertirse en piezas de gran belleza. Conocimos la *itauba*, de color amarillento, inigualable por la dureza de sus hebras trenzadas capaz de resistir las más duras tracciones, por lo que se usa para las faenas más rudas como los timones de las embarcaciones, y también la *masaranduba*, caoba de hilos rectilíneos, casi tan dura y resistente como el acero y de un color canela intenso.

Los instrumentos para estas gratas labores fueron únicamente el machete sujetado de la mitad del filo para

la obra gruesa, trozos de vidrio para el pulido y hojas secas de un árbol especial, verdaderas lijas naturales, para el último afinado. En esta iniciativa tuvimos muchos seguidores, se desató una fiebre por la artesanía maderera. Cuando ahora contemplo las cuatro piezas de cocina que mis hijos mayores guardan celosamente como adorno, me parece increíble que hubieran salido de mis manos y con tan rudimentarias herramientas.

Hambre en las filas

Además de las complicaciones del clima caluroso y de la molestia permanente de los tábanos y diversidad de mosquitos, el problema mayor que tuvimos que afrontar fue el de la alimentación.

El pan de regular consistencia, fabricado por dos confinados de Viacha que resultaron excelentes panaderos, sólo era para el desayuno. Lo demás: arroz, fideo, sal y pare de contar. Alguna carne seca que se nos entregó los primeros días resultó incomible porque estaba llena de gusanos. La red o malladera colocada en el río y que debía proveer de pescado un día para nosotros y otro para los soldados resultó un fiasco, se dijera que los peces estaban enseñados a caer en la trampa sólo el día que les tocaba a los soldados y pasaban de largo el día que nos tocaba a los confinados. No eran muchas las combinaciones que se podía realizar sólo con los elementos disponibles, por muy imaginativos que sean los integrantes de la escuadra de turno en la cocina: fideo con arroz al mediodía y arroz con fideo por la tarde. En muchos kilómetros a la redonda no existían, ni para muestra, papa, yuca, ni ningún tipo de verdura, hortaliza o fruta.

Velasco se lavaba las manos. Decía que debíamos acostumbrarnos a comer lo mismo que los soldados. No tomaba en cuenta que ellos, siendo oriundos de la zona, recibían algún refuerzo alimenticio de sus familiares

para no caer en la desnutrición total. Lo grave es que tampoco podíamos comprar nada, no solamente por la falta de dinero y porque un buen tiempo estuvimos totalmente prohibidos de salir al pueblo, sino porque allí tampoco existía nada para comprar, excepto algunos dulces, chiclets o galletas, y muy de vez en cuando cerveza Taquiña enlatada.

El afán ecologista de nuestro cancerbero nos libró algunos días de la rutina del arroz y el fideo. Velasco, no sé si con poder real o autonombrado, se declaró Comandante de la Zona Militar y emitió algunas disposiciones de protección del medio ambiente. Una de ellas prohibía totalmente la comercialización de los huevos de peta (tortuga), por el riesgo de su extinción. Estaba permitido consumirlos pero no comercializarlos. Todas las embarcaciones que transitaban por el río eran detenidas y revisadas en el puesto militar y se decomisaba los aplastados y terrosos huevecillos, hasta formar un montón inmenso del que se nos autorizó proveernos a discreción.

A la escuadra de Cayetano Llobet le tocó en suerte preparar un sabroso pastel de macarrones cuya consistencia provenía de los aceitosos huevos del quelonio con su inconfundible aroma a pescado. Días después hicimos nuestra propia cosecha en las playas cercanas donde la indefensa tortuga sale del agua, se aleja unos metros y deposita sus huevos en la tibia arena que le servirá de incubadora natural, pero no tiene ni el cuidado ni la inteligencia de borrar sus huellas, por lo que es víctima fácil de la depredación de los humanos.

Pese a todos los malabarismos alimentarios y a las esporádicas rachas proteínicas, después de más de dos meses estábamos seriamente amenazados por la desnutrición y algunos días pasábamos hambre verdadera.

La situación se prolongó hasta la llegada del envío que nos hizo la Cruz Roja Internacional.

Una misión integrada por personal suizo nos hizo una visita en el terreno. Revisaron a todos y atendieron con gran solicitud a los más afectados por la mala alimentación y las condiciones climáticas. También llevaron las primeras cartas “legales”, pero abiertas, a nuestros familiares, escritas en papel membretado de la institución y con la instrucción de no consignar el lugar de donde eran remitidas, condición que había puesto el gobierno como si quisiera seguir ocultando el lugar donde nos tenía prisioneros. A los pocos días mandaron una avionada de alimentos y medicinas.

Tierra de nadie

Velasco se había preguntado, al igual que nosotros, por qué los cavinenses no cultivaban algunas verduras y hortalizas, ni siquiera yuca ni cítricos. La respuesta generalizada era que el ganado andaba suelto y se comía todos los sembradíos. Ganadería versus agricultura, ésa era la cuestión.

Entonces, ejerciendo nuevamente su discutible mandato de Comandante de la Zona Militar, emitió una ordenanza por la cual daba un plazo de 30 días para que los propietarios encierren a sus vacunos tras las cercas, caso contrario las personas afectadas por el destroz de sus cultivos serían autorizadas a derribarlos. A la manera de los viejos pregones, copias del comunicado escrito a máquina fueron colocadas en las paredes y postes más visibles de Puerto Cavinás.

Por esos días la gente del pueblo nos hizo llegar un mensaje preocupante: que nos cuidáramos, pues había llegado por el río una embarcación sospechosa con un personaje que decía tener la misión expresa de eliminar, uno a uno, a todos los confinados, que había recibido esa orden directamente del presidente García Meza y

de su ministro del Interior, Luis Arce Gómez. Dijeron que era alto, muy delgado, de grandes bigotes y tenía por antecedentes el haber sido de joven un fanático militante falangista.

Cuando el rumor llegó a oídos de Velasco, se puso muy nervioso porque se creyó sobrepasado en sus funciones. Supimos que llamó por radio a La Paz y, una vez aclarada la impostura, conminó al susodicho personaje a que haga abandono del pueblo en el término perentorio de 24 horas.

En efecto, el hombre se marchó, pero tuvo el tiempo suficiente para enterarse de la disposición de Velasco con respecto al ganado depredador. Ni corto ni perezoso, llegó al pueblo vecino con la novedad y la aplicó a su manera. Reunió a toda la población, mayoritariamente indígena, y les anunció que desde La Paz el gobierno les autorizaba a derribar de inmediato cuanto bovino se apareciera por sus sembradíos.

Imposible imaginar mayor felicidad, “cazaron” 17 cabezas en menos de una semana e hicieron grandes fiestas y comilonas. Al octavo día el hombre se marchó con una carga de cueros y charque que casi llenaba su embarcación.

Unos días más tarde todos los dirigentes de la comunidad fueron tomados presos y llevados a Trinidad por una comisión policial que había llegado expresamente a capturarlos, ante la denuncia de los ganaderos por el delito de abigeato.

Madidi

Hernán Ludueña, uno de los pocos con algo de experiencia de sobrevivir en el oriente, propuso hacer una expedición de pesca al río Madidi, los soldados le habían dicho que allí la pesca era abundante porque el agua era más clara. Él y yo fuimos autorizados a usar

un casco o canoa, pero a condición de ir con un cabo armado con su respectiva M-1 y un soldado a cargo del timón; Velasco desconfiaba, nos creía capaces de intentar una fuga por el río, algo que estaba totalmente alejado de nuestras mentes, pues era simplemente impracticable.

Este viaje para mí fue la aventura más fascinante del confinamiento. Después de remar río arriba todo el día llegamos a la plena desembocadura, donde el Madidi echa sus aguas al caudaloso Beni.

Instalamos en la playa los mosquiteros para dormir; el cielo estaba completamente despejado, daba gusto contemplar el resplandor del firmamento desplegado sobre nosotros como un manto inmenso. Pero era tal la humedad del ambiente que podía verse el vapor del agua que se levantaba de los ríos, sentíamos cómo se condensaba y caía como gotas de lluvia dentro del mosquitero.

Fue difícil conciliar el sueño en esas circunstancias, más aún por el zumbido de la “aviación”, los miles de mosquitos que introducían sus pequeñas trompitas por los huecos del mosquitero, pretendiendo alcanzarnos seguramente atraídos por el olor de nuestra piel sudorosa; ni qué decir de los rumores de la selva con sus miles de voces encantadas entre las que sobresalía el sobrecogedor canto del *guajojó*: guá-joo-jooo.

Al amanecer ingresamos al Madidi, mucho más angosto que el Beni e increíblemente serpenteado. Sus aguas no eran tan claras como nos habíamos imaginado, sólo un poco menos turbias que las del gran río del que son su afluente. El paisaje era prodigioso, no recuerdo nunca, ni antes ni después, haber estado en un lugar de tantas maravillas juntas. El cauce del río en forma de eses pronunciadas, rompiendo el verdor de la selva;

aves multicolores con la sinfonía de sus cantos; monos jugueteando en medio de los árboles, lagartos que toman el sol y se mueven parsimoniosamente, molestos por nuestra llegada; tortugas acuáticas acelerando sus pasos por la arena para llegar al río, único lugar donde hallan protección; y, cuando gritábamos, el eco devolvía repetidas nuestras voces.

La pesca ni qué se diga, obtuvimos varios *pacuses*, *surubís* y *blanquillos* y hasta un *tujuno*, reconocible por los puntos negros en cabeza y espalda, según dijeron los expertos, uno de los pescados más sabrosos de la región.

Después de mediodía emprendimos el regreso río abajo, por tanto con menor esfuerzo, y llegamos a Puerto Cavinás al atardecer con nuestro pequeño cargamento de pescado que dividimos en dos, a tiempo para reforzar por lo menos en algo y por una sola vez la cena de presos y soldados.

Caballo con ruedas extraviado

Ni bien llegamos del Madidi supe por los compañeros que un ganadero del lugar estuvo preguntando por mí toda la tarde y que en esos momentos estaba en la Misión, farreando con nuestro comandante. Se trataba de Amín Zeitung, a quien conocí en Santa Cruz a fines de la década de los sesenta en las luchas estudiantiles y no veía en más de diez años. Había escuchado mi nombre por alguna radioemisora extranjera en las listas de prisioneros del golpe del 17 de julio y se imaginó que podría estar entre los que fueron llevados a Puerto Cavinás, población muy cercana a su próspero establecimiento ganadero. Mientras esperaba mi retorno del Madidi trabó amistad con Jorge Velasco, a quien invitó un churrasco con la carne de vaquilla que había traído y, por supuesto, abundantemente rociado por buenos licores y cerveza helada.

De pronto, se apareció en una gigantesca motocicleta Kawasaki y después de saludarme efusivamente me cargó en las ancas de su caballo con ruedas y al rato estábamos en la Misión, yo comiendo la suave carne de ternera que habían apartado para mí, y ellos siguiendo con los tragos pues estaban en fase muy avanzada del “yo te estimo”. No pude probar el famoso *tujuno* que a esa hora mis compañeros estarían cocinando, tuve que conformarme con la vaquilla recalentada.

Era tal la repentina intimidad entre mi viejo amigo y “Coquito” Velasco que ya cerca de la medianoche autorizó, con muchas reticencias y recomendaciones, que aquel me llevara a conocer su casa ubicada en mitad de su hacienda ganadera con pista de aviación incluida. Partimos en la Kawasaki y al poco tiempo descubrí que en esa zona el monte es solamente una franja paralela al río, pues al rato dejamos atrás los últimos oasis de vegetación alta e ingresamos en plena pampa mojeña, donde dominan las pasturas uniformes, surcadas por estrechos senderos por donde circulan el ganado, los caballos de los vaqueros y ahora también las motocicletas de los patrones.

Amín Zeitung se extravió aquella noche por esos intrincados vericuetos. Después de casi dos horas de transitar por ellos sin más punto de referencia que la luna, parecía que estábamos en el mismo sitio girando en círculos, a ratos resbalábamos en el fango y la motocicleta cimbraba dando tremendas exclamaciones espoleada por el acelerador que Zeitung apretaba con furia. Cuando ya íbamos a caer en la desesperación vimos un lejano puntito de luz que se movía; era un farol que uno de los vaqueros de un puesto de avanzada había encendido al ver la luz de la moto que circulaba por la pampa sin llegar a ninguna parte. Al rato

llegamos a la casa del vaquero, quien respetuosamente llamaba “patrón” a mi amigo y recibió sus órdenes de prepararnos hamacas y darnos agua para beber.

Al día siguiente muy temprano, junto con la borrachera desapareció el afán de Amín Zeitung por mostrarme su casa y presentarme a su familia. De improviso le parecieron razonables las observaciones y negativas iniciales de mi carcelero.

—Después de todo, sería muy comprometedor para todos, incluso para ti mismo -dijo- si justamente cuando estás fuera de la base naval llega una comisión de La Paz.

Regresamos pues de inmediato. Pero Amín Zeitung no se olvidó de mí y demostró unos días más tarde que su sentimiento amistoso era sincero. Se apareció con todo lo que me era necesario: cinturón de cuero, sombrero, linterna, dentífrico, latas de sardina, un juego de ajedrez, un montón de libros y una vaca.

—Es una vaca vieja, de las que ya no paren, pueden carnearla.

Y los 50 presos políticos más los soldados de la guarnición de la base naval de Puerto Cavidas nos dimos un festín de carne por un día entero. No alcanzó para más, pues era imposible conservar algo sin refrigeración.

No he vuelto a ver a Amín Zeitung desde entonces y cuánto no quisiera encontrarlo para agradecer su gesto solidario.

Candirú

El hecho más impactante del confinamiento ocurrió en el río, a muy pocos días de nuestra llegada, y tuvo como protagonista involuntario a un entrañable amigo

que llamaremos Pedro. Confieso que este anecdótico suceso lo he relatado innumerables veces omitiendo siempre su nombre verdadero y, aunque él dijo que no le importaba, prefiero seguir haciéndolo así.

La única manera de refrescarnos y combatir el tórrido clima era zambullirnos en las turbulentas y oscuras aguas del río. Lo hacíamos varias veces al día saltando desde un atracadero de troncos ubicado en la orilla y, valga la inocencia, completamente desnudos. Fue allí que los soldados miraban azorados las heridas y magulladuras que muchos de nosotros exhibíamos por las golpizas y torturas de los primeros días; en mi caso, los moretones que habían ennegrecido totalmente la parte posterior de mi cuerpo.

Un día de esos, chapoteábamos alegremente desprevenidos cuando vimos de pronto que Pedro nadaba hacia la orilla con desesperación. Qué bicho le habrá picado, comentó alguien, risueño. Pero Pedro no estaba para bromas. Cuando subió a los troncos todos pudimos ver que un hilo de sangre bajaba por sus muslos y piernas.

¿Qué había sucedido? La explicación la tuvimos después de parte de los soldados. Un pecesito parásito llamado *candirú* había ingresado por el recto de nuestro amigo, lastimándolo con la violencia de su penetración. Tremendamente pálido y asustado, lo sentía moverse por su intestino grueso, seguramente el bicho intentaba avanzar pretendiendo alojarse en su estómago. Todos salimos del agua aterrorizados y a partir de ese día nadie más ingresó al río con el atuendo de Adán; improvisábamos cualquier “taparrabos” a falta de trajes de baño.

Pedro fue conducido al pueblo por los soldados, lo que le dio el privilegio de ser el primero en conocer

la solitaria calle donde estaba instalado el puesto sanitario. Pasaban las horas y nosotros esperábamos angustiados alguna noticia, incluso temíamos lo peor pues los soldados dejaron entrever que Pedro podía morir.

—Sería más grave si fuera mujer y la penetración del *candirú* hubiera sido por la vagina, en esos casos es muerte segura.

En cuanto obscureció hicimos una asamblea y decidimos exigir la llegada de un avión que evacue al afectado para que reciba la atención médica necesaria. Estábamos en eso cuando Pedro regresó en compañía del comandante Velasco.

—No se preocupen, muchachos, le he dado una dosis de purgante como para caballo y el asunto está solucionado.

Pedro confirmó que después de las violentas deposiciones había dejado de sentir en sus intestinos los movimientos del *candirú*.

Tiempo después, cuando en la cocina se desollaba un *surubí*, uno de los peces más grandes de la región, encontraron un *candirú* en su interior, lo que nos confirmó la desagradable costumbre de aquel bicho, de penetrar en el vientre de los animales de mayor tamaño.

Pero la cosa no quedó ahí. El desgraciado incidente dio lugar a maliciosas y desconsideradas bromas machistas de los militares y también, lamentablemente, de algunos compañeros confinados.

Pedro era permanentemente acosado con alusiones de mal gusto, hasta que una mañana estalló su bronca, subió a la tosca mesa donde comíamos al aire libre, dio una patada a su caneco de paja-cedrón y dijo que le sacaría la mierda al primero que vuelva a hacer bromas

pesadas con su desgracia, luego de lo cual abandonó el lugar sin probar bocado de su preciado pan del desayuno.

De inmediato se impuso la realización de una asamblea en la que se tomó una firme determinación: nadie más haría esas chanzas estúpidas que estaban afectando la moral de un compañero. Y si alguien incumplía esta decisión sería severamente castigado por el grupo y se le privaría del pan por una semana. Todos cumplimos. El único que se atrevía, prevalido de su autoridad, a seguir apodando “Candirú” a nuestro amigo era Jorge Velasco.

Quiénes y cuántos

Los nombres que puedo recordar de los que estuvimos en Puerto Cavinás ese memorable trimestre son los siguientes:

1. Paulino Méndez (sociólogo)
2. Dulfredo Rúa (abogado y docente universitario)
3. Cayetano Llobet (entonces dirigente del PS-1)
4. Luis Pozzo (dirigente de la CUB)
5. Floduardo Ordóñez (estudiante de medicina)
6. Rufino Cossío (dirigente minero del sector privado)
7. Alberto Bonadona (economista)
8. Vladimir Ariscurinaga (estudiante, residía en España)
9. Arturo Villanueva (estudiante de sociología)
10. David Acebey (fotógrafo y escritor)
11. Eduardo Domínguez (universitario, apodado “Gato”)
12. Víctor Lima (dirigente fabril de la COB)

13. Nicasio Choque (dirigente de la FSTMB)
14. Hernán Ludueña (periodista y sociólogo)
15. Alejandro Huaranca (campesino de Río Abajo)
16. Modesto Aguilar (dirigente minero de Caracoles)
17. Julio Peñaranda (estudiante, uno de los más jóvenes del grupo)
18. David Chávez Alandia (había intentado organizar los grupos de resistencia en El Alto, después fue el primer alcalde de esa ciudad)
19. Cosme (el “Vallegrandino”)
20. Isaac Lima (de Viacha)
21. Javier Jorge Hualfher Sandóval (de Viacha)
22. Villavicencio (ingeniero civil de Potosí).
23. “Chin Chin” (recogido de la avenida Buenos Aires por haberse burlado de las ambulancias al servicio de la represión y llamar a una de ellas: ¡Taxi! ¡Taxi!)
24. Jaime Camacho (predicador evangelista, trabajaba en la Corte Electoral, lo confinaron porque se negó a decir que las elecciones habían sido fraudulentas, su religión no le permitía mentir).
25. Panchito (menor de edad, detenido en el camino a los Yungas cuando salió a ver “si seguían los bloqueos”, dejó encerrado a su hermanito menor, por el cual lloraba a menudo al no saber qué suerte corrió)
26. Wálter Robles Bermúdez (director de Aduanas en el efímero gobierno de Guevara Arze, fue el primero en conseguir su libertad)
27. Mario Portocarrero “El Chapaco” (abogado, residía en París, sólo había venido de visita a Bolivia)

28. Luis Aguilar (dirigente fabril)
29. David Padilla (universitario)
30. Jorge Cruz Vargas (“Chancaco”)

Después trajeron un nuevo grupo en el que estaban varios operarios de la imprenta Millán de La Paz, entre ellos (31.) Cristóbal Aguilar, quien se mostró como un artista consumado haciendo retratos tallados en madera (años después diseñó gentilmente la tapa de mi libro sobre el criminal nazi Klaus Barbie). De Sucre llegó un grupo en el que estaban (32.) Hugo Gorena y el entonces flamante abogado (33.) Germán Gutiérrez Gantier “Chunka”, el que después fuera diputado y alcalde de la ciudad capital).

El 14 de septiembre arribó la última tongada, eran trabajadores de la duramente castigada mina de Caracoles, con los cuales el contingente de confinados se elevó a más de medio centenar de personas.

“¡Brilla el sol de septiembre radiante!”

Recuerdo muy bien la fecha porque ese día, después de llevarnos a la pista para recibir a los nuevos y de hacernos cantar nuestro “himno”, la cueca “La Caraqueña” de Nilo Soruco, Velasco pidió que nos identificáramos los oriundos de Cochabamba. Mi solitario brazo levantado indicó que yo era el único representante de la “llajta”. Me hizo subir a una pequeña moto, atravesamos la base y directamente de la pista fuimos al único restaurante-cantina del pueblo, un pequeño negocio del telegrafista.

Bebimos todo el día, whisky Johnnie Walker etiqueta negra y cerveza helada Taquiña, todo en honor de la fecha cívica de Cochabamba.

Resistí hasta comenzar la noche; cuando ya no pude más, ordenó a sus estafetas que me llevaran

a dormir y trajeran en reemplazo a los miembros de lo que él llamaba la “cosa nostra”, la logia que en su imaginación calenturienta nos invitaba a conformar para “salvar al país”, Cayetano Llobet, Dulfredo Rúa, Alberto Bonadona, Hernán Ludueña y algunos otros. Recuerdo que fui llevado completamente borracho, caminando apenas sujeto con ambos brazos a los cuellos de dos soldados; recorrí a lo largo de la única calle del pueblo dando estentóreas vivas a mi partido, a la UDP y mueras a la bota militar.

Al día siguiente me enteré que la segunda ronda fue volteada como a las 2 de la mañana y que Velasco amaneció bebiendo con los recién llegados, a quienes bautizó con el nombre de *japutamos* (nombre de un insecto del lugar). Tal era la capacidad de resistencia alcohólica de nuestro comandante.

Muchos se preguntaban de dónde sacaba el dinero para tanta francachela, algunos decían que se gastaba el dinero que el gobierno enviaba para nuestra alimentación, otros decían que estaba desbancando al telegrafista porque consumía al fiado y nunca pagaba, obviamente nadie pudo comprobar estas suposiciones maliciosas.

Fútbol y amores prohibidos

Las últimas semanas en Cavinás fueron hasta cierto punto agradables. Nos habíamos aclimatado lo suficiente, gracias a que, entre otras, adquirimos la costumbre de agitar permanente un trapo o pañuelo para espantar los mosquitos de la cara y los brazos (casi un tic nervioso que tuvimos que quitarnos al regresar a La Paz). Teníamos charque, leche en polvo, quinua, frijoles, maní, chuño, maíz y hasta queso, enviados por la Cruz Roja y que en parte compartíamos con los soldados. También el botiquín de primeros auxilios lo teníamos bastante bien surtido.

Sentados sobre troncos a la orilla del río nos solazábamos contemplando los hermosos atardeceres, admirando la puesta del sol que pintaba de fuego el verdor de la selva y lo reflejaba impetuoso sobre el espejo marrón del agua.

Y, lo más importante, Velasco terminó por levantar casi todas las restricciones que nos impedían la relación con la tropa y con la población civil del pueblo de Cavinás.

Se organizó un campeonato triangular de fútbol: la selección del pueblo, la naval y la “compañía especial”, es decir, nosotros. Los soldados tenían las mayores posibilidades de ganar el torneo, pero perdieron frente a nosotros gracias a la interferencia de Velasco y los suboficiales, todos “petacudos”, que se empeñaron en ingresar al campo de juego y ordenaban a los soldados que les pasen la pelota, por “subordinación y constancia”.

Podíamos entrar y salir de la base a cualquier hora, sólo a condición de anunciarnos con los encargados de la guardia.

En esas circunstancias se produjo también el primer idilio entre un confinado y la más bella muchacha del pueblo. Lamentablemente no sin consecuencias, como veremos enseguida.

Uno de los militares se había fijado en ella y desde el comienzo hizo todo por conquistarla.

Montada en su bicicleta, la muchacha atravesaba la base con el pretexto de ir a la pista y, descuidando la vigilancia, nos dejaba cigarrillos, algunos mensajes o periódicos. Una vez nos pidió que alistáramos cartas pues en el barco que estaba atracado en el pueblo había una persona de confianza que las despacharía en

la oficina de correos de Rurrenabaque, fue así como yo escribí a mi madre en Cochabamba y adjunté un despacho para *O'Diario* de Portugal, periódico en el que colaboraba como corresponsal en La Paz.

La ofensiva de torpes requiebros del maduro militar tuvo menos éxito en el corazón de la muchacha que la sonrisa amable y los piropos intelectuales del juvenil confinado. Pasó lo que tenía que pasar, se formó una dulce parejita de enamorados.

La muchacha y el confinado caminaban tomados de la mano por la única calle del pueblo y todo el pequeño mundo de Cavinás sabía del romance y lo festejaba. Menos el uniformado, claro, quien mascullaba en silencio su despecho.

Llegó el cumpleaños de la muchacha y una buena parte de los “espaciales” estábamos invitados a la fiesta (así nos llamábamos desde que en la barra del fútbol cambiamos la vocal “e” de “especial” por la “a” de “espacial”; sonaba mejor en los estribillos).

Yo no pude acudir al fandango porque ese mismo día había sufrido el accidente del árbol en el monte, estaba en cama y con la cabeza vendada como si llevara puesto un turbante.

Pasada la medianoche escuchamos un fuerte tiroteo que provenía del pueblo. Había ocurrido que en lo mejor de la fiesta el militar despechado ordenó a sus estafetas que le llevaran su arma, con la que salió a la calle y disparó sobre la casa toda la cacerina, descargando así toda su furia acumulada. Los tragos y el chanco se le habían subido a la cabeza. Pudo ser una tragedia, pero menos mal que todos se tiraron al suelo y las balas sólo destrozaron cristales, lámparas y vajilla.

Parecía que el incidente uniría más a la parejita, pero ésta se rompió de modo cruel a los pocos días. Inesperadamente llegó una avioneta transportando a la esposa del infiel confinado; gracias a la influencia de un tío militar ella había logrado que autorizaran su viaje de visita al marido. Quizá anoticiada de alguna manera de lo que pasaba en Cavinás, la esposa se empeñó en recorrer la calle del pueblo tomada de la mano de su consorte, de la misma forma que la muchacha lo hacía hasta el día anterior. Pueblo chico infierno grande, el escándalo estaba desatado. La muchacha fue retirada de inmediato de la circulación y enviada pocos días después a Riberalta en una avioneta que sus familiares habían contratado expresamente. Nunca más la volvimos a ver.

Tres tristes trotskos y un trágico preludeo

Muy raras veces en mi vida he estado bajo los efectos descontrolantes del alcohol. Por lo general soy y he sido lo que se dice un abstemio, con muy escasa “cultura alcohólica”. Pero en Puerto Cavinás, además de la farra casi obligada del 14 de septiembre en homenaje a mi tierra natal, tuve otra mucho más escandalosa que no solamente me trae pésimos recuerdos, sino que fue como el anuncio anticipado de un hecho luctuoso que ocurrió después.

Alfredo Ríos era un suboficial que había viajado desde La Paz a las órdenes de Velasco, como parte de la custodia que nos habían asignado. Su comportamiento primero fue sobrio y correcto y después de un claro acercamiento a los confinados. Hacía lo posible por aliviarnos las penurias y se notaba que quería trabar amistad con nosotros; fue el más entusiasta impulsor del triangular de fútbol e incluso planteaba críticas al gobierno militar en el sentido de que nos tenía confinados tanto a ellos, los militares,

como a nosotros. No éramos tan ingenuos para confiar ciegamente en su sinceridad, teníamos razonables dudas y no descartábamos que estuviera procurando jalarnos la lengua, tratando de sacarnos información sobre nuestra militancia política o sobre inimaginables planes de fuga que pudiéramos estar preparando.

Una de esas noches sugirió tomarnos unos tragos escondidos entre la ceja del río y la playa arenosa de sus orillas. Alfredo mandó a los soldados al pueblo a comprar soda y alcohol, cuya mezcla resultó mortífera. Era una ardiente bebida colorada ligeramente dulzona de alto poder embriagante.

En el pequeño grupo, de no más de seis personas, empezamos la tertulia en voz baja, con aire de complicidad. Pero poco después, al influjo de la poción que ingeríamos y olvidados de toda preocupación, cantábamos en coro y discutíamos eufóricos.

Tres de los compañeros, casualmente de militancia trotskista, la emprendieron con el suboficial a quien hacían responsable de todas nuestras desgracias. Hasta donde yo podía razonar en esos momentos la agresión verbal del que Alfredo era objeto me parecía un verdadero maltrato y una desconsideración. Aun en el caso de que su actitud de acercamiento no fuera sincera, no me parecía justo ni apropiado pedirle cuentas en esas circunstancias.

Intenté mediar en la discusión con ese tipo de argumentos, pero mis compañeros confinados seguían subiendo el tono de sus recriminaciones, azuzados por el alcohol y por el radicalismo tremendista del que siempre suelen hacer gala quienes abrazan la ideología del revolucionario ruso.

Llegó un momento en que me di por vencido, me aparté unos pasos del grupo y busqué un lugar donde

sentarme en la arena. Fue en ese preciso instante que se me borró la película. Literalmente desaparecí del mapa. Perdí completamente la conciencia sobre mis actos. De lo que pasó no recuerdo nada en absoluto. Todo lo ocurrido lo supe después, al día siguiente cerca del mediodía, cuando desperté en mi litera con raspaduras y moretones, la ropa hecha jirones, embadurnado en arena y con mi prótesis dental desaparecida.

¡Tres tristes troskos, dejen de joder a este pobre tipo! había sido el grito de guerra con el que comencé la gresca.

Es posible que el alcohol haya sido el detonante de esa incontrolada agresividad, pero ahora pienso que además fue el catalizador para que los prejuicios sectarios hondamente arraigados en mi subconsciente se desbordaran. Tantos años de militancia me habían hecho particularmente sensible a las corrientes heréticas del marxismo-leninismo oficial que los trotskistas llamaban despectivamente “estalinismo”; con igual o mayor carga de prejuicios que nosotros, nos acusaban de traicionar la revolución, de estar al servicio de la burguesía y hasta de ser cómplices del asesinato de Leon Trotski en México, ¡faltaba más!, como si nosotros tuviésemos que cargar las culpas pasadas de generación en generación. Tiempos hubo en que el Estatuto Orgánico del PC prohibía expresamente tener relaciones con los trotskistas, los cismáticos más aborrecidos y repugnantes en la cultura partidaria, de la misma calaña que los “expulsados” a quienes ni siquiera había que dirigirles la palabra, como me tocó vivir en carne propia cuando después rompí con el PC en 1985. En los panfletos que escribía, yo mismo repetí más de una vez el calificativo de “sarnosos” que Federico Escóbar había puesto a los trotskistas en las luchas sindicales de Siglo xx-Catavi.

Los tres compañeros fieles devotos de la “revolución permanente”, el propio suboficial Alfredo Ríos y algunos más resultaron impotentes ante la tremenda furia de la que yo estaba poseído, tuvieron que llamar refuerzos de la gente que no había bebido. Según me contaron, no lograron calmarme sino que fui físicamente reducido, llevado en andas desde el río e introducido atado a mi mosquitero.

Todo hubiera acabado ahí, nada más que como una etílica gresca sectaria, si no fuera por lo que ocurrió después.

Encontré a Alfredo Ríos en la plaza Murillo a pocos días del retorno de la democracia, aquel memorable 10 de octubre de 1982. Estaba en la guardia del presidente Siles Zuazo, casi no lo reconocí por su uniforme de gala y el casco que le llegaba hasta cerca de los ojos. Me cerró el paso con su arma para hacerme notar su presencia, pues no podía hablarme; cuando me di cuenta de quién era, apenas esbozó una sonrisa y me guiñó el ojo, no pude siquiera estrecharle la mano.

Cuando volví a saber de él estaba muerto. A fines de ese año había sido detenido por sus propios camaradas de armas bajo la acusación de pasar secretos y bagajes militares a un partido de izquierda. Según denuncia de sus familiares y de los organismos de Derechos Humanos, había sido salvajemente torturado, incluso atravesado con ganchos metálicos y colgado como una res, hasta morir. Uno más de los casos que la Justicia Militar nunca ha esclarecido ni sancionado.

La noticia nos dejó tremendamente consternados a todos los que lo conocimos en Puerto Cavidas. ¿Quién era realmente Alfredo Ríos, qué sentía su corazón y qué pensamientos abrigaba su mente? Quizá nadie llegue a saberlo nunca.

¿Dónde queda Puerto Rico?

La despedida fue muy cordial y emotiva. Al pie del Arava, que sacó a los primeros diez, se juntaron Jorge Velasco, Alfredo Ríos, el sargento Vargas y un grupo grande de soldados, así como el resto de confinados que ya sabían que en los siguientes días retornarían con posibilidades de salir en libertad. Menudearon los abrazos, los apretones de manos y los deseos de buena suerte. ¡Qué enorme contraste con la hostilidad con la que habíamos sido recibidos tres meses atrás!

Un solo agente armado de su metralleta acompañaba al personal de vuelo y nos dijo que en menos de quince minutos estaríamos aterrizando en Puerto Rico, la pequeña población sobre el río Manuripi, allá donde éste se junta con el Tahuamanu, que también servía de campo de confinamiento y de donde sacarían a otros diez prisioneros para completar el pasaje del avión. De ahí volaríamos a Cobija, donde pasaríamos a otro avión más grande para ser llevados a La Paz.

Íbamos a baja altura y podíamos apreciar la majestuosa llanura beniana, los inmensos pastizales húmedos y la selva virgen con sus ríos misteriosos y ondulantes que le añaden pinceladas marrones al intenso verdor predominante.

Pero pasaba el tiempo y no llegábamos a ninguna parte. Cuarenta o cincuenta minutos, quizá cerca de una hora, y parecía que el aparato giraba en enormes círculos en una zona de monte totalmente cerrado.

La inquietud se apoderó de nosotros, más aún viendo el rostro de miedo de nuestro único guardián. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué no llegábamos a Puerto Rico?

De pronto, perdimos altura rápidamente y alcanzamos a divisar unos cuantos *pahuichis* pegados a un descampado que se asemejaba a una cancha de fútbol. Chanchos, perros, patos y gallinas huyeron ante el estrépito del avión que aterrizó en aquel pequeño claro de la selva.

Sacando medio cuerpo por la ventanilla, el piloto interrogó a los asustados habitantes que se habían acercado cuando el aparato quedó detenido:

—¿A qué lado y a qué distancia está Puerto Rico?

—Aquisito mi capitán— dijeron varios de ellos, a tiempo de extender los brazos para señalar la dirección correcta.

El Arava viró en redondo, volvió a despegar y antes de los diez minutos aterrizábamos en la pista portorriqueña, muy parecida a la de Puerto Cavidas.

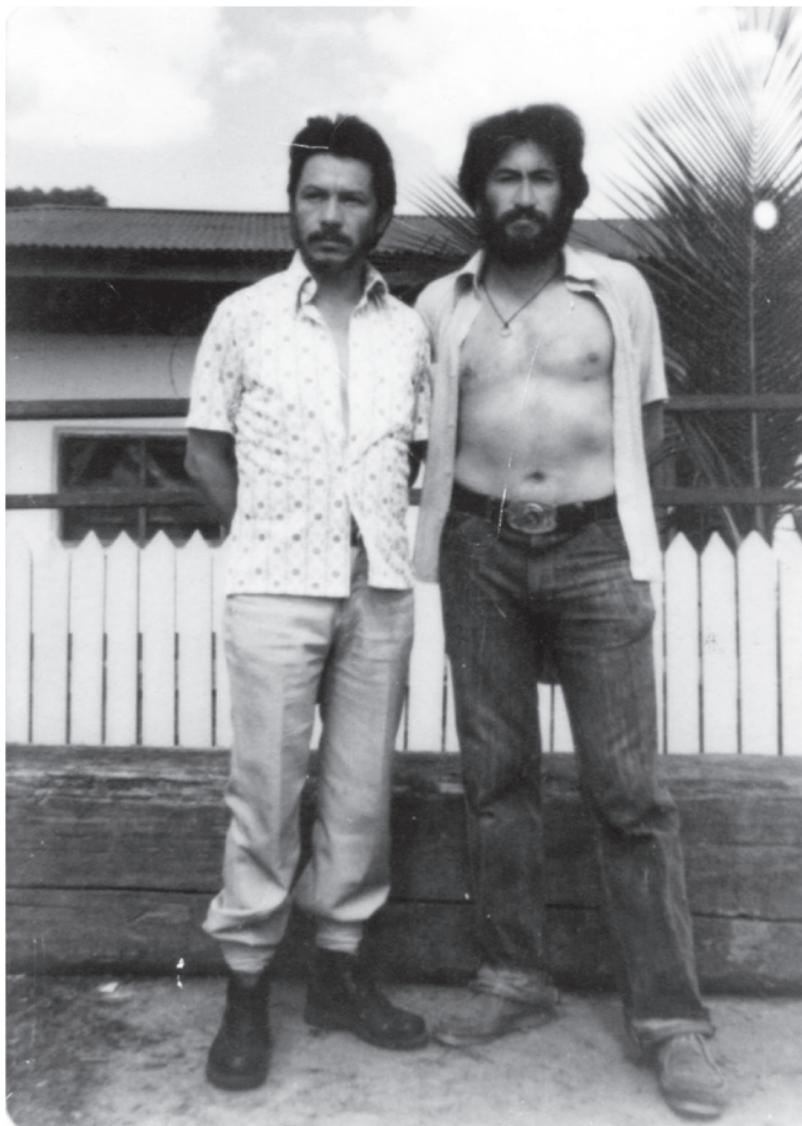
Al exilio

Ya en La Paz, volvimos a las celdas de la DOP disminuidos en número. Ante las denuncias y la presión provenientes de todo el mundo, García Meza y Arce Gómez no sabían qué hacer con tantos prisioneros. Tuvieron que poner en libertad a algunos, a otros residenciaron en ciudades pequeñas, a muchos se les impuso la condición de presentarse diariamente a firmar un libro de asistencia. A otros se nos envió al exilio forzoso, mediante una cita previa con funcionarios del Comité Internacional de Migraciones de la ONU, para elegir un país que nos acogiera, trámite al que me negué porque no quise facilitarles mi expatriación.

Pese a tal negativa llegué a la ciudad de México, Distrito Federal, el 19 de noviembre de 1980, portando un salvoconducto que llevaba mi fotografía con barba de cuatro meses y la marca en rojo de un sello que decía:

“Expulsado de Bolivia por extremista subversivo”. El país azteca me había concedido asilo político a solicitud de Cayetano Llobet, sin yo saberlo.

Allí comenzó otra historia.



Dulfredo Rua y Carlos Soria Galvarro en Puerto Caviñas
(octubre de 1980)



Hasta donde la memoria y la nitidez de la imagen lo permiten, puedo mencionar en esta fotografía de 22 de los 57 confinados a: Paulino Méndez, Dulfredo Rua, Cosme Reyes, Luis Aguilar, Floduado Ordoñez, Cayetano Llobet, Alejandro Huaranca, Jaime Camacho y Alberto Bonadona. Del personal militar están: Jorge Velasco, Juan Rocha y Alfredo Ríos.

ANEXO

LA QUEMA DE LOS ARCHIVOS DEL CONGRESO

Procuraré no hacer juicio sobre el significado del golpe de julio de 1980. Tendría más que suficientes motivos para hacerlo, pues estuve entre las víctimas de sus métodos de brutalidad fascista. Pero no se trata de eso, ése es un género de testimonios que habrá que darlos en otro tiempo y lugar. Lo que voy a comunicarle tiene estrecha relación con las investigaciones históricas, con la conservación de sus fuentes: los archivos documentales.

Fui capturado, junto con varias decenas de dirigentes sindicales y políticos, además de periodistas, en la sede de la Central Obrera Boliviana, cerca del mediodía del 17 de julio de 1980. Fuimos conducidos en ambulancias a la ciudadela militar de Miraflores, donde permanecimos en condiciones que no es del caso relatar aquí, hasta el amanecer del día siguiente. A esa hora fuimos trasladados a las celdas de la DOP en la calle Comercio. Pudimos apreciar, desde el primer momento, que ese local estuvo siendo utilizado anteriormente como depósito del Congreso Nacional. Hay que tomar en cuenta que la DOP queda pegada a la espalda del Palacio Legislativo. Recuerdo haber advertido, en los días previos al golpe, un forado a través del cual se comunicaban ambos edificios (el mismo quedaba aproximadamente al frente del bar y cerca de los servicios higiénicos del Parlamento). Al parecer, el funcionamiento de las comisiones legislativas demandaba cada vez mayor espacio, por lo cual, probablemente, diversos materiales del Congreso fueron a parar a las lóbregas celdas de la DOP, en ese momento desocupadas.

Lo cierto es que, a nuestro arribo, nos hallamos en medio de gran cantidad de papeles y libros en completo desorden. A medida que pasaban las horas, con la llegada de más presos, nuevas cantidades de papeles eran arrojadas al patio para habilitar las celdas. En los breves momentos en que nos era permitido salir de ellas, generalmente para cumplir con nuestras necesidades fisiológicas, procurábamos coger un manojito de papeles que luego nos servirían para cubrirnos del frío o para hacer más soportable el duro piso de cemento desnudo donde dormíamos. Demás está decirle que también, de entre esa montaña de papeles esparcidos por todos lados, elegíamos los más adecuados para utilizarlos como papel higiénico.

Por otra parte, pudimos advertir que los carceleros que nos custodiaban hacían fogatas en el patio para calentarse durante las guardias nocturnas. Por una sola vez me fue dado observar el combustible que utilizaban: el 19 de julio fui trasladado encapuchado y maniatado al Ministerio del Interior junto con Víctor Sosa y los dirigentes sindicales Simón Reyes y Max Toro –tampoco quiero relatarle cómo fueron realizados allí los interrogatorios–; el hecho es que, ya muy noche, fuimos devueltos a la DOP y por alguna actitud entre negligente y bondadosa (el estado lamentable en que nos hallábamos pudo inspirarla) fui despojado antes de ser introducido a la celda de la capucha que me cubría los ojos y de los alambres que sujetaban mis manos... varios agentes armados de metralletas se calentaban junto a una fogata en lo que después conocería como el segundo patio... como era obvio que en esas condiciones yo no ofrecía peligro alguno, fui invitado por los carceleros –debo reconocer que con cierta amabilidad– a compartir el calor del fuego, estuve allí entre dos a tres minutos, tiempo suficiente para comprobar con

toda nitidez que la hoguera era alimentada por trozos de muebles antiguos y, naturalmente, por papeles, aquellos que, como dije antes, estaban regados por todo el local.

Después tuve ocasión de meditar sobre la responsabilidad de aquellos hombres en la quema de esa documentación. Y ciertamente llegué a atenuar sus culpas... ¿acaso nosotros los presos no hacíamos algo parecido con el papel que usábamos para otros menesteres? Lamentablemente, tanto presos como carceleros, éramos inocentes ejecutores de una tarea de destrucción, generada por una realidad estúpida. Los verdaderos culpables de esta situación eran otros...

No pude menos que recordar, y comentar con los compañeros de cautiverio, sobre la quema de documentos de la Casa de Moneda por la soldadesca de Melgarejo...; claro que no dejamos de lamentar con amargura que entre uno y otro suceso, había transcurrido más de un siglo. Recordé también con sarcasmo que, cuando supe lo de Potosí, me dije ingenuamente: “menos mal que tales cosas ya no ocurren ...” ¡Cómo iba a imaginar que yo mismo, diez años más tarde, sería espectador de un acto semejante de lesa cultura, atentatorio para el país!

Sometidos como estábamos a un régimen de malos tratos, total incomunicación, amenazas e incluso torturas físicas y morales (se hicieron en Miraflores simulacros de fusilamiento, varios días después de nuestro secuestro se nos amenazaba con quitarnos la vida “pues nadie sabe que están aquí” y muchos de nosotros fuimos brutalmente golpeados), en tales circunstancias, digo, se comprenderá que no estábamos para preocuparnos por la clase de papeles en medio de los cuales vivíamos. Sólo con el paso de los días

fuimos cobrando conciencia de ello, en la medida en que pudimos verificar de qué papeles se trataba, en los pocos momentos que pasábamos fuera de las celdas, pues dentro de ellas estábamos completamente a oscuras.

No todo era material manuscrito y autografiado, es cierto. Había también numerosos libros redactores del Congreso de diferentes años, voluminosos tomos que es de suponer existen en bibliotecas, y asimismo hojas censales en blanco del INE. Nada de eso era grave... Lo inconcebible es que hayan estado en esa situación documentos inéditos, papeles que como usted bien sabe son materia prima fundamental para las investigaciones históricas.

Cito esforzando mi memoria algunos de tales documentos: correspondencia entre el Legislativo y el Ejecutivo, innumerables legajos que se notaba estuvieron agrupados por años, recuerdo con claridad documentos firmados por el presidente Salamanca: informes escritos sobre diversos tópicos y de diferentes años. Recuerdo uno acerca de un tal Benquique, ecuatoriano confinado al Beni por hacer propaganda anarquista contra la Guerra del Chaco; telegramas, recibidos y despachados; peticiones de informe, resoluciones camarales; correspondencia diversa; actas de reuniones, escritas a mano; varias solicitudes de pensión, etc. etc.

Conocí a un preso que en cada salida al baño buscaba entre los papeles revueltos las firmas de los presidentes de la República; recuerdo, con toda seguridad, haber visto en esa colección firmas de: Daniel Salamanca, Hernando Siles, Bautista Saavedra, José Gutiérrez Guerra, Ismael Montes, José Manuel Pando y Mariano Baptista. Deduje que los documentos más antiguos pudieron ser de la época de este último

presidente, aunque no podría aseverar la no existencia de otros, aún más antiguos.

El 1 de agosto al amanecer, una parte de los presos fuimos conducidos a la seccional de El Alto de la DIN – tampoco quiero relatarle en qué condiciones y bajó qué condiciones de selección– para ser trasladados al día siguiente a Puerto Cavinás, a orillas del río Beni, cerca de la confluencia de los límites departamentales del Beni, La Paz y Pando. Allí permanecemos hasta fines de octubre de 1980, fecha en que nos retornaron a la ciudad de La Paz, a la misma prisión de la DOP, llamada a la sazón SES.

A nuestra llegada fue fácil advertir los cambios: la incomunicación estaba levantada; recibimos por primera vez visitas familiares, al igual que de sacerdotes y miembros suizos de la Cruz Roja Internacional; las celdas tenían luz eléctrica y colchones de paja. Por lo menos en esos días y en ese lugar no supimos de torturados ni encapuchados. Las relaciones entre presos y carceleros eran normales, las que pueden ser entre unos y otros.

Descubrimos que todo el material documental sobrante, especialmente aquel que permanecía empastado, había sido apilado en un rincón del tercer patio, al lado de los servicios higiénicos y frente a las celdas 9 y 10. De los muebles antiguos del Congreso no quedaba nada visible. En vista del nuevo clima reinante, hicimos una representación: pedimos entrevistarnos con el jefe del recinto, comisario Juan Carlos García, quien nos recibió, o más bien vino a nuestro encuentro, en dicho tercer patio, tiene que haber sido en la primera semana de noviembre.

Casi no nos dejó terminar con nuestra argumentación en sentido de que por lo menos dichos doc-

umentos restantes deberían ser salvados y devueltos al local del Congreso: “Tienen razón muchachos, gracias por haberme hecho dar cuenta, ahora mismo se tomarán las medidas del caso», dijo.

Infelizmente, hasta la fecha de nuestra deportación a México en noviembre, no pasó nada. Al comisario García le entró la sugerencia por un oído y se le salió por el otro. No fue movido un solo papel. Ignoro la suerte que haya podido correr ese saldo de documentos, después, una vez iniciada la época de lluvias.

Creo que hechos como el descrito merecen ser conocidos y condenados severamente por lo menos por quienes poseen verdadera vocación por los estudios históricos y dan el valor que tienen a las fuentes documentales. Es más, quizá todavía exista material por salvar y recuperar, algo pudo haber quedado en otras dependencias a las que no tuvimos acceso. O, por lo menos, se podría establecer el monto del daño ocasionado, averiguando qué parte de la documentación del Congreso fue la trasladada a la ex DOP. En fin, algo se podría hacer.

Cualquiera de los cientos de prisioneros que pasaron por la DOP en aquellos tristes momentos pueden atestiguar todo cuanto afirmo y hasta quizá aportar otros detalles. Nombro simplemente a algunas personas con quienes estuve y comenté sobre este atentado: los dirigentes sindicales Simón Reyes, Max Toro, Noel Vásquez, el Ing. Iván Zegada de la Asamblea de Derechos Humanos; el dirigente de la CUB Luis Pozzo Iñiguez; los dirigentes políticos Wálter Vásquez Michel y Cayetano Llobet Tavolara; los periodistas Juan León Cornejo y Hernán Ludueña. Por si fueran pocos; estuvieron presos esos días, aunque en celdas distintas a la nuestra, los ex ministros de Estado Sr. Quinteros

y Sr. Aranibar Guevara, este último también conocido industrial minero. Además del citado comisario García, durante esa etapa, tuvieron alguna responsabilidad en esa repartición los funcionarios “Nayo” Valdivia y Carlos Valda. A los funcionarios de mayor jerarquía en la época se los conoce públicamente...

Quisiera ser interpretado a cabalidad. En lo que a mí concierne, no puedo separar estos hechos lamentables del contexto político que les dio lugar. La anticultura en este país tiene nombres y apellidos, su filiación clasista, política e ideológica está a la luz del día. Usted puede ver el asunto desde otro ángulo, lo admito, independientemente de quiénes y defendiendo qué intereses se haya cometido este delito. Pero el hecho está ahí, elocuente por sí mismo: cantidades de documentos, patrimonio de la historia nacional, han sido irremediablemente destruidos. Creo que nadie debería quedar indiferente aunque –lo reitero– no es obligatorio coincidir en lo que sea necesario hacer. Unos pensamos que hay que seguir en la brega por conquistar la democracia para el pueblo, para evitar que hechos como el relatado se repitan.

TESTIMONIO DE HERNÁN LUDUEÑA ISASMENDI

Hernán Ludueña Isasmendi (Santa Cruz, Bolivia, 1944). Sociólogo, novelista y cuentista. Entre sus obras destacan la novela “Bajo las sombras” (1997), los cuentos “La muerte no envejece” (1982) y “El mito de Jeromí” (1988). Fue apresado y confinado durante el régimen de García Meza, cuando ejercía funciones periodísticas.

DOMINGO

I

El ruido de las cadenas que empezaron a arrastrarse por encima de aquella puerta metálica herrumbrada, porque alguien intentaba abrirla a empujones, puso de pie a todos los que se encontraban acurrucados en esa celda enmohecida, con un piso de cemento abandonado y su tumbado a tres metros y medio de altura que daba la sensación de ser más lóbrega y cruel. Durante esas largas noches de invierno apenas lograban taparse con papeles viejos que semejaban a colchas tejidas con la ilusión de la libertad y que ahora presagiaban mortajas ultrajadas después de haber servido en varios entierros.

Cuando llegaba la hora en que también era prohibido hablar, a las 9 de la noche, se preparaba la cama tendiendo una parte de esos papeles y con la otra se tapaban. Luego de estar acostados, dándose la espalda para darse calor, nadie podía moverse porque estos sonaban como ráfagas de ametralladoras mal disparadas. Alrededor de las 10, el frío de la noche se rompía con la brutalidad de los violadores de la oscuridad, con simulacros de combates que duraban hasta tarde en distintos puntos de la ciudad; y desde la terraza del decrepito lugar también se escuchaban ráfagas a cada rato, mientras los guardias andaban riendo.

Pero esta vez, los nervios se vieron desencantados y los cabellos que cuando se escuchaba abrir esa puerta se erizaban en son de alerta, volvieron a su lugar y los poros que se alborotaban fracasaron. Ahora, en el umbral de la puerta, no apareció el grupo de hombres armados, pues hasta ahí ese muro de latón oxidado con su ventana en la parte superior con barrotes de fierros sólo se abría para sacar a los compañeros, ponerles una capucha y llevarlos a los interrogatorios, ya sea al Ministerio del Interior o a algún cuarto especial del local. ¡Daba lo mismo!

Allí, muy temprano, apareció una señora de pollera y trenzas largas, custodiada por tres agentes armados, con su olla de café humeante y su olor negro amanecido que se introdujo antes de tiempo en las tripas; con un chico que la acompañaba cargando una canasta llena de pan fresco.

Era un domingo, cuando los jarros con café caliente, que parecían vestidos de gala para la ocasión, empezaron a circular entre estos seres de rostros contraídos que habían olvidado sonreír desde hacía mucho tiempo, pero nuevamente esos labios resecos por el olvido intentaron dibujar algunas sonrisas medias deformadas, casi forzadas, buscando dar otra dimensión a esas miradas perdidas en aquella caverna helada donde la palidez del terror se había apoderado de ellos.

Gran movimiento se produjo en esos instantes, todos trataban de caminar con los pies descalzos y llenos de papeles que hacían de plantillas para protegerse del frío. Los zapatos se quedaron en el Estado Mayor. Unos más golpeados que otros, uno estaba con las costillas multiplicadas, pero todos se tocaban el cuerpo, sus cabezas, para ver si no les faltaba algo. Aprovechemos dijo alguien, para botar los orines y esos paquetes de excrementos. Si, durante el día en la celda permanecía una lata grande para orinar y se hacía caca en papeles cuadrados de casi medio metro de ancho (amontonados en esa celda después del censo) mientras los compañeros permanecían con las narices tapadas. Luego se hacía un envuelto y se amontonaban en un rincón, cerca de la puerta, porque ésta no se abría así nomás. En esas condiciones no se pudo descubrir otra forma de esconderse de los olores. ¡Eran muy peligrosos, según dijeron los nuevos dueños del poder!

—Este pan tenemos que bendecirlo, dijo un compañero que estaba con los testículos desgraciados por la pateadura que le dieron, porque es el primero que

comemos desde el jueves pasado. Además que hoy es domingo. Todos afirmaron positivamente; momentos en que de algunos ojos, que antes no pudieron llorar por la impotencia, escapaban lágrimas que resbalaban entre las arrugas de esos pómulos envejecidos por el miedo.

—“Padrenuestro que estas en... —, todos con la cabeza agachada guardaban el más profundo y sagrado silencio— te damos gracias por este pan que nos permites servirnos en este día...” Ahí mismo, en la mente de Libertario empezó a discurrir un mundo trágico que había vivido pero no lo quería aceptar porque estaba habitado de fantasmas encarnados de realidad, de esa realidad deformada que atemoriza porque está emparentada con la muerte.

II

Las venas del cuello de Libertario se abultaron respondiendo al miedo y sin darse cuenta apretaba cada vez más el pan que tenía en su mano derecha, porque con la otra agarraba su jarro con café caliente, ese pan empezó a resquebrajarse, y con los ojos cerrados lo invadió un tropel de sonidos secos sin saber si era por el invierno o por lo que sucedía, donde parece que la vida lucha por no dejarse morir. Eran los disparos de aquellas armas que lo hacían desde todo lado sembrando la muerte.

A las 12 del día ese 17 de julio de 1980 fueron asaltadas las oficinas, por las fuerzas angurrientas del poder, cuando los gritos se metían escapando por entre las escaleras y pasillos temiendo ser heridos. Hecho que se dio con el asalto a ese edificio desvencijado por la edad; construido con cimientos de historia y adoquines de coágulos de sangre y revocado con casiterita; pero siempre fue el blanco de los atentados por quienes veían en él una fortaleza de la resistencia social. Y hoy estaba infectado de agentes fabricados a la medianoche por algunas mentes que sólo querían entorpecer el proceso

que vivía el pueblo, conquistado con su sacrificio porque no quería seguir viviendo a sobresaltos y perseguido por extraños en su propia casa. ¡No, no! No eran los extremistas acusados de haber sido entrenados en algún país caribeño. Estos estaban allí portando metralletas del ejército, vestidos de negro con poleras blancas de cuello alto como bandadas de cuervos para no confundirse con los “enemigos”. Y con carta blanca para jugar con la vida de los demás.

Las corridas y los alaridos desesperados en los pasillos hacían estremecer el edificio de la Central Obrera Boliviana; las puertas desvencijadas eran abiertas con la ganzúa de la violencia. Éstos gritaban, sería de miedo, pero ¿a qué? si ya se habían llevado el botín consistente en los máximos dirigentes de los hombres del mañana. Ellos eran los dueños de la situación. Llegaron en ambulancias semejantes a enfermeros de la muerte y a llevarse a nadie que estaba enfermo.

Junto con la madrugada y mientras el pueblo descansaba, se levantó en armas el general Luís García, para dirigir el operativo desde una Meza cuadrada con sus allegados, esperando el efecto que tendría el primer pronunciamiento que se hizo a nombre de las Fuerzas Armadas, desde Trinidad, tierra donde los caimanes se solean desconfiando de los cazadores. Entretanto, doña Lidia Gueiler, enterada de las andanzas de su pariente, quedaba conforme, o por lo menos lo intentaba, cuando le decían que la institución tutelar de la patria era respetuosa de la Carta Magna, pero el precio de esa confianza fue que después la hicieron aparecer firmando su renuncia.

En medio de la confusión, Libertario, vio cómo se llevaban a los dirigentes con las manos en la nuca. Estaban todos reunidos de emergencia: dirigentes obreros, políticos, sociales y religiosos. Habían emitido un documento en nombre del Comité de Defensa de la

Democracia, decretando la huelga general e indefinida. Y ahí, apenas pudo meterse en un cuarto con otros compañeros, porque empezaron las ráfagas desde afuera. Al rato, con la intención de salir de ese infierno, de rastra llegó hasta el pasillo para ver por dónde podía escapar; y cuando su mirada bajó por la escalera, no creyó lo que veía; su corazón le golpeó el pecho como nunca. Quiso gritar, reír, llorar, pero sus fuerzas se le fueron deshilvanando, su piel se le encogió para sentir que la respiración le faltaba y empezó a perder el sentido y creer que salía a la calle desesperadamente gritando con todo su cuerpo, quería que todos le ayuden a gritar ¡Han matado a Marcelo! ¡Sí, sí, han asesinado a Marcelo! Pero nadie lo escuchaba, sólo miradas pétreas lo perseguían por detrás de las vidrieras, pero seguía corriendo en el silencio de las calles deshabitadas hasta que su voz se fue apagando en la soledad.

Durante ese instante estuvo inmovilizado hasta que reaccionó y pudo regresar de rastra al cuarto donde permanecían los demás, tirados en el piso porque las ráfagas continuaban rompiendo los vidrios de las ventanas que caían en pedazos semejantes a lágrimas petrificadas. Alguien cerró la puerta, pero no tardó mucho, cuando uno de esos fantasmas vestido de negro con su metralleta en posición de ataque, casi la tira de una patada. Patada que entró acompañada de un trueno aterrador que salía de una boca llena de espuma colocada en un rostro encolerizado, con los cabellos brillosos por la brillantina y aun así le caían sobre la frente. ¡No se muevan carajo! ¡Pararse todos con las manos en alto y todos sobre la pared!, dijo desesperado por su nerviosismo. Salgan todos en fila con las manos sobre la nuca, estaba temblando, pero no cesaba de gritar. ¡Cuidado carajo, no hagan ningún movimiento porque disparo! Había dos periodistas mujeres en el grupo, y cuando todos salieron al hall del segundo piso, ese pequeño robot subdesarrollado con su plaqueta de

paramilitar, haciendo un gesto ordenó: Saquen todo lo que tengan en sus bolsillos, armas, dinero, relojes, anillos, todo y tírenlo al suelo. ¡Con mucho cuidado cabrones! porque disparo, a tiempo que se tiraba el cabello hacia atrás con una mano.

En ese momento llegó otro parecido con la misma vestimenta. ¿Habrán nacido a la misma hora y atendidos por la misma partera? – Pensó Libertario. Y luego de recoger esas pertenencias, entre ambos hicieron bajar a todos hasta la calle con las manos en la nuca.

Muchos lograron esconderse entre las grietas de esas viejas paredes, otros pudieron escapar con el grave riesgo de la ley de fuga. En el recorrido por las escaleras, bajaban como a una fosa profunda y en ese camino interminable pasaron por un lado de Marcelo que aún no moría, con su respiración que se atascaba en los borbotones de sangre que parecía el gemido de un pueblo herido con su quejido que se quedaba en medio de la garganta. Marcelo estaba boca arriba, encima de otro cadáver. Atrás del edificio fue acribillado Gualberto Vega, dirigente minero.

“Sabemos señor, que este pan que es símbolo de tu cuerpo, ese cuerpo que ha sido ultrajado por los fariseos...” En la calle fueron introducidos a culatazos en una ambulancia estacionada a pocos metros de la entrada al edificio, partiendo en contra ruta hacia un rumbo desconocido. Iban boca abajo, tirados en el piso escuchaban ráfagas de ametralladoras que se confundían con la alarma característica de éstas cuando llevan a un enfermo y piden vía libre. Al llegar y bajar, en medio de dos filas de agentes armados, descubrieron que estaban en el Gran Cuartel de Miraflores.

Allí, el jefe, que dirigía las operaciones, para mitigar sunerviosismo daba órdenes en todas las direcciones, y sus pupilos pegaban a todos que estaban de cara a la pared. Nuevamente se les exigió entregar las armas,

el dinero y otras pertenencias, finalmente fueron obligados a quitarse los zapatos, cinturones, corbatas y cuántas cosas pudieran significar un intento de suicidio. Desde afuera se escuchó una voz que dijo: ahora vamos al Palacio, donde también se realizó otro operativo con los ministros y hombres de prensa. Ese día, también fueron asaltados varios medios de comunicación.

III

Libertario reconoció a Simón, más por el tamaño porque ya estaba con la cara ensangrentada y sus pómulos parecían roca erosionada por la dinamita.

¡A ver, ese cabrón por qué se mueve! Gritó una voz seca que solo se escuchaba; todos estaban tirados boca abajo con las manos en la nuca sobre el estiércol de la caballeriza de la ciudadela militar. A ese lugar fueron conducidos desde ese mediodía, donde el tiempo, que también parecía asustado, no quería marchar para adelante. ¡Estaba ahí, deambulando!

Cuántos estaban, nadie podía ni siquiera imaginarlo, pero en ese espacio de unos cincuenta metros de largo, con techo de calamina, uno no se podía mover mucho porque estaba muy junto al otro. Aunque los agentes y soldados estaban atentos a cualquier movimiento. De repente, en ese ambiente tenue se escuchó una voz apacible que salía de entre la bosta para decir: por favor, soy sacerdote, quisiera que me permita ponerme de rodillas para rezar. ¡Carajo, dónde cree que está? Le contestó una voz. Aquí no está en su capilla que debe ser el escondite de los extremistas. Para qué se mete en cosas que no le interesan. ¡Quédese quieto en su lugar y rece ahí, si quiere!

—¡Vista al mar, ya carajo, vista al mar! Gritaban los soldados que hacían la guardia. Al que se mueva le mete un tiro dijo un superior. Sí, mi teniente, y mucho cuidado con estos mierdas, estos comunistas no tienen patria y son peligrosos. Sí, mi teniente.

Por favor, dijo otro que estaba al lado de Libertario, quiero orinar, soy enfermo y no puedo aguantar. Permítame por favor. Si no puede aguantar, orínese en sus pantalones, su mierda. Fue la respuesta. Sáquense todo lo que tengan en sus bolsillos pero sin darse la vuelta, dijo una voz. Alguien contestó: a mí ya me han robado todo. El agente vino corriendo hasta él y con su fusil lo empezó a golpear. ¡Así que somos unos ladrones carajo, habla, somos unos ladrones! Y seguía golpeándolo; mientras Libertario empezó a sentir que algo caliente le llegaba por las costillas y le bajaba para abajo. En ese momento, Libertario pensó en sus hijos cuando lo orinaban: si salgo vivo de aquí, voy a convencer a mi mujer, que aún no está tan vieja para tener otro hijo y alzarlo, que se haga pis y lo pueda cambiar a cualquier hora. Los otros ya están grandes y son muy pesados.

—¿Dónde está Simón Reyes?, preguntó una voz en la otra caballeriza, y recién supieron que había una contigua. Entonces ¿cuántos somos? se preguntó Libertario. Esa voz no era boliviana, tenía acento argentino. El que se mueva pum, decía, y los soldados que no se cansaban de vociferar. Vista al mar, ya carajo, ¡vista al mar!

Las horas se negaban a deslizarse entre los brazos que estaban adormecidos, sin duda que ya era de noche porque las luces hacía rato que estaban encendidas, pero esa voz extranjera continuaba con sus gritos descascarando el revoque de esas paredes toscas que parecían caer sobre ellos.

¿Dónde, dónde está, dónde? Sí, aquí estoy, contestó Simón. A ver levántate carajo. Afuera, en la fragilidad de la noche se escuchaban los golpes que recibía del argentino. ¡Habla, hijo de puta, habla! Dónde están las armas, luego todo quedaba en silencio, pero volvían los quejidos que eran apagados con descargas de ametralladoras. Al rato, Simón asustó a la quietud de la

noche, que estaba con su vista al mar para decir: “No soy más que un dirigente sindical, y si quieren pueden matarme”. Era la voz de un dirigente que hablaba fuerte en medio de los enemigos. Aquellas palabras se metían entre las camisas de cada uno, dando fuerzas a los demás. ¡Sos un adoctrinado! Habla hijo... y el resto de la frase quedó silenciada por la descarga que hirió a todos. Creo que todos sentían que la sangre se les escapaba por algún orificio, pero nadie se podía mover para tapanlo.

IV

“Sabemos también que tu sacrificio en la cruz no ha sido en vano, porque vivís en espíritu en cada uno de nosotros...” ahí llegaba un escuadrón de civiles y soldados que parecían con zapatos con herraduras por el ruido seco que provocaban en ese ambiente lúgubre y espantoso. Entraron a gritos: que salgan de diez en diez y luego que salió el primer grupo se escuchó una ráfaga hiriente; y cada que salía otro grupo se escuchaba lo mismo y cuando le llegó el turno a Libertario y sus compañeros: pensó. Fusilamiento en masa, éste estaba con los pies enfriados, si la sangre se quedó arriba y no bajaba, tenía la sensación de que caminaba enyesado a altas horas de la noche. En ese momento recorría con el pensamiento toda su existencia tratando de no olvidarse de algo, con su cuerpo desarmado de temblor y sus dientes que sonaban como matracas, estuvieron parados con la cara a la pared en medio de un viento frío y endemoniado que se quedaba en los bolsillos descosturados de la esperanza.

Nuevamente subieron a una ambulancia y obligados a tirarse boca abajo. ¿Cómo poder intuir qué recorrido hacían? El vehículo bajaba y subía. ¿Cuánto duró el viaje? ninguno se daba cuenta, hasta que llegaron a las dependencias del Departamento de Orden Político de la calle Comercio, a pocos pasos del Palacio Quemado.

Al entrar con las manos en la nuca, algunos agentes todavía trataban de sacar su parte de lo que quedaba, pero era muy poco. En ese trajín en la oscuridad, se escuchó una voz que dijo: No trate mal a esta gente. El argentino, que dirigía el traslado, contestó:

¡Vos qué sabes cómo hay que tratar a estos cabrones!

No cabía duda que tenía la suficiente experiencia, si era un producto de exportación de aquella tierra ultrajada de Martín Fierro.

Cuándo fueron metidos en esa celda sin luz, donde había barro, ahí recién empezaron a buscarse con el contacto de las manos para ver quiénes se conocían. A través del calor de las manos se vinculaban reconociéndose entre sí. Todos hablaban en voz baja y alguien dijo: no hagan ruido porque Simón está durmiendo; está herido y debe descansar. Algunos creían que estaba allí, hasta que el día empezó a llegar a tropezones con sus alas plumizas y transparentes. Pero Simón no estaba en esa celda.

De a poco fueron siendo distribuidos en otras celdas hasta quedar 25 detenidos en el número 10. Donde las noches se volvieron mezquinas y vacías que no se llenaban con el sueño y había que saciarla con los recuerdos; pero la angustia de esa soledad exigía más y las fuerzas que estaban reprimidas por la represión y el hambre que disminuían la capacidad de razonamiento. Es cuando uno dialoga con las cosas que ha vivido en la espera de un no irse vacío, si es que lo despachan; porque en esas condiciones cualquiera se siente despachado de antemano; aunque esté convencido de que la alforja llena de hechos acumulados pueda no terminarse en todo el viaje. ¡Parece ésta, una de las tantas formas de morir! Pero ¿será la mejor? ¡no sé!

Una de esas noches los 25 soñaron, que eran arrastrados por las calles montañosas amarrados con cadenas a un camión caimán de 14 ruedas, seguidos

por unos hombres de a caballo que los flagelaban; la gente los miraba y lloraba, estaban siendo llevados por todas partes, semidesnudos hasta que llegaron a un lugar desconocido, donde un oficial que tenía la cara marcada porque en chico enfermó de viruela, con sus cabellos cortos y parados les dijo: si no dicen dónde están las armas, los vamos a tirar a esa fosa llena de cascabeles. Pero todos se rieron de él, y entonces fueron desatados y empujados a ese hoyo, pero cuando caían se despertaron y Libertario vio que entraba por entre los barrotes un rayo de luz de la luna que iluminó a todos por un instante, y por eso se dio cuenta de que todos soñaron lo mismo: mientras se apegaba más a su compañero porque sus costillas se empezaban a congelar.

Lechín, hablará esta noche por la Televisión dijo una voz desde afuera que entró por el ojo de la cerradura. Nadie comentó nada a tiempo que se miraban perplejos invadidos por la duda. ¡Entonces Lechín está vivo! pensó Libertario. Seguramente que los golpistas quieren ocupar a los dirigentes para aplacar los bloqueos campesinos y la huelga de los trabajadores para estabilizarse. Varios días sin comer y aún resistimos se dijo Libertario. ¿Será que la esperanza se burla del jugo gástrico para que éste no horade las paredes intestinales? Pero ¿por cuánto tiempo? Cuando la voluntad y la fe se empiezan a rendir ante el espectro del hambre que irracionalmente se burla de todos... “por eso este pan lo recibimos en tu nombre y que significa tu cuerpo y te agradecemos infinitamente señor...” Libertario había deshecho el pan en su mano sin darse cuenta de tanto estrujarlo.

“Gracias señor por este pan...” y cuando todos levantaron la cabeza y abrieron los ojos: el café ya estaba frío.

Hernán Ludueña. “Domingo”, publicado en: *La muerte no envejece. Cuentos*. La Paz, Ed. Roalva, 1982.

TESTIMONIO DE DAVID ACEBEY DELGADILLO

David Acebey Delgadillo (Chuquisaca, Bolivia, 1945). Escritor, poeta, periodista, fotógrafo e investigador de la cultura guaraní. Tiene once libros publicados y varios premios en concursos literarios, fotográficos y audiovisuales. Algunas de sus obras fueron traducidas a diferentes idiomas formando parte de estudios académicos y antologías. Fue apresado y confinado durante el régimen de García Meza.

CAGANDO CON ESPOSAS

Los rayos de luz que se filtraban por la puerta de chapa resaltaban la hosquedad de la celda mal oliente. El ingreso brusco de un grupo de personas rompió el silencio. Las esposas dificultaban el equilibrio de los heridos. El chirrido de la puerta al cerrarse, marcó una nueva etapa en el cautiverio de los presos políticos.

Tendieron dos de las cuatro frazadas para que se recostara el Serenito, como llamaban al que había resucitado milagrosamente. Luis donó la “almohada” y se ubicó junto al que escribía en unas hojas que ocultaba en sus zapatillas:

“Apoyados en *Cuatro Murales del Asco* observamos grafitis, manuscritos obscenos y letras grabadas al interior de corazones. Los de mi lado vemos un par de piernas abiertas en desproporción con la vagina violada y un “Tío” mejor dibujado que el que hacíamos fumar todas las noches en la anterior celda, para llamar a la buena suerte. Ahora veo un alto relieve en mierda -junto a la cabeza de Jaime- firmado con la huella digital de su escultor. Un “militares asesinos” en quechua, da la impresión de titular de primera página. Puños, penes, culos y consignas sobrepuestas, reflejaban estéticas, valores, discrepancias, dolores y desamores (...)”

Muchas horas habían permanecido incomunicados antes del último trasladado. Dolencias, incertidumbres y urgencias corporales, no eran lo peor. Lo peor era el miedo. Miedo a pedir que les den agua, comida o permiso para ir a la letrina...

Pasó un buen rato antes que se animaran a manifestarlo:

— No aguanto más —musitó Carlos y preguntó— ¿Toco la puerta?

Pueden pensar que es un amotinamiento —respondió Jaime.

—Toca nomás —dijo el Minerito.

Un tímido visto bueno apoyó la sugerencia.

—¡Señor agente! Al bañito pues, desde ayer no nos han sacado —dijo Carlos.

—¡Carajo, no molesten! —fue la respuesta.

—Nos vamos a apurar —suplicó el Viejo.

Un no más brusco rompió las esperanzas. Hubo quienes no aguantaron más y aumentó el mal olor...

El lugar de privilegio era el forado superior de la puerta: se podía ver parte del patio empedrado, las paredes de adobe del lado norte, parte del ingreso principal y un pedazo del cielo dividido por un cable de alta tensión.

—Qué día más bello: ¡Azul, azul! —dijo el Poeta para desviar la preocupación, pero el ingreso de dos ambulancias, con nuevos detenidos, rompió su inspiración.

La pose más común “para apaciguar urgencias meatorias”—a decir del Chapas—era aquella de las piernas cruzadas, el cuerpo encorvado y las manos en el estómago.

—Traguen la saliva— recomendó un campesino, mientras repartía unas hojas de coca que cuidaba como tesoro.

—Esto es peor que la tortura —dijo un obrero y agregó: — ¡Cagamos o nos cagan!

—Aguantémonos un poco más...—dijo Jaime.

— ¡Un minuto por persona! Y si se atrasan los primeros se joden los últimos —dijo el tira sin entender el porqué del suspiro.

Carlos fue el primero. Tenía un trozo de periódico en la mano. Levantó los brazos frente al cabo de llaves y pidió en tono humilde:

—Las espositas por favor...

— Así nomás y mejor si te apuras...

Los rostros alegres de los presos contrastaban con las miradas vigilantes de los tiras. Toda actividad y comentarios de los detenidos, giró en torno al baño:

El “¿Quién me da un pedacito de periódico?... Hay que apurarse hermanito... Desabotóname plis... Bájame el cierre ñañitay...”, se tornaron monótonos. Aquella bolsita de plástico que antes fue de coca viajó muchas veces llevando orines, en previsión de que el “minuto por persona” se cumpliera. Y, en el carnaval de alegrías en voz baja, la primera broma del día ocasionó un pequeño “desahogo estomacal” en Vicente, cuando Eligio dijo que en los articulados de los Derechos Humanos se habían olvidado incluir el Derecho de Cagar Sin Esposas.

El Chapaco, como le decían al más bromista, simuló un micrófono con un papel enrollado y, desde uno de los orificios de la puerta, “transmitió” en voz baja:

“Retorna al punto de partida el primer competidor de la letrinatón. Sus fieles esposas presionan su pantalón para que no caiga. Se aproxima velozmente... a tres metros... dos metros... un metro... y cruzó la meta...”

—¿Cómo carburó tu máquina?— preguntó.

— Incómodo es pues. Bien chiquitito había sido. Pero lo más difícil es limpiarse —dijo haciendo

un ademán de tocarse el traste por un costado y sentenció:—Ya te va a tocar.

—No habíamos pensado en eso— dijo alguien, mientras el conjunto practicaba la acción de limpiarse con las manos esposadas.

...

—Miren mi invento para el mantenimiento de la “empaquetadura de culata” —dijo el cuarto Julio, que para diferenciarlo lo llamaban Gato— Abren las piernas, meten las manos por abajo —no por el costado— y listo. Queda bien limpito...

—¡Buena idea! —dijo René con sonrisa forzada— pero tendrás que inventar algo para los que tenemos la columna lesionada...

—¡Eso está más difícil! —respondió simulando seriedad y agregó— Tendrán que venir así nomás para que aquí les limpiemos...

Rieron con la boca tapada.

— Pienso mandarle una postal a mi torturadorcito —dijo el Quinceañero.

— ¿No te sacó la mierda?

— Me cocinó las patas con su pucho...

— Si nos mandan a Madidi, mándale una postal en piel de víbora—sugirió Gunar.

—Más bien agrádecele a Dios que no te puso el culipi en las patas —dijo un periodista minero y pa qué cuento...

En los rostros de los que retornaban del baño se expresaba la mayor o menor dificultad que tuvieron.

—¿Cómo te fue? —continuaron las preguntas para mantener el buen ánimo.

— La tasa está llena. ¡Tuve que cagar de parado!—respondió uno de los últimos.

—¡Qué patriota! —dijo el otro periodista minero y tarareó el Himno Nacional

Cuando se percataron que los últimos gemidos del Serenito eran provocados por el contrapunteo de entusiasmos, bajaron el tono.

— ¿Usted debe ser padrecito, no? —preguntó un campesino quechua, al único preso con rasgos europeos.

— Si. Soy sacerdote —respondió el aludido.

— ¿Y por qué está con nosotros pues...?

— Imagino que no les gustó la lectura de las Bienaventuranzas en mi última misa —respondió el Padre Julio, mientras intentaba sentarse con la ayuda de su interlocutor.

—¡Mmmmm...! —Gesticuló el campesino antes de integrarse al grupo que discutía en el centro de la celda:

— Yo creo que hoy no viajamos, es tarde para volar —un comentario.

— Pero si piensan mandarnos a Coati o sus intenciones son peores, es posible que esperen la noche.

Disponían de poca información para el análisis, pero tenían experiencia en situaciones análogas. Especularon sobre la correlación de fuerzas internas, sobre las organizaciones que posiblemente resistían o fueron descabezadas y sobre la repercusión internacional que suponían tuvo el golpe militar. Coincidieron en que no se puede hacer un análisis serio cuando se está gobernado por locos armados y la última sugerencia fue de Vitalio:

— No está descartada la posibilidad que pretendan limpiarnos aquí mismo. Hablemos de eso...—dijo y hablaron de eso.

Vencido por el recuerdo, Pepe buscó la soledad. No había encontrado forma de comunicar a su familia que se encontraba con vida. Imaginaba su domicilio allanado, a su esposa secuestrada y llorando a sus pequeños niños. Mil cosas rondaban su mente.

—Hay que evitar los malos recuerdos—le dijo Eduardo y le sugirió integrarse a su grupo.

Se sentían los primeros efectos de la noche invernal. Tres de los menos lesionados se dieron la tarea de preparar la cama común con algunos cartones que habían recogido al retornar del baño y con dos de las cuatro frazadas que habían recorrido las tres celdas policiales que “visitaron”. El Serenito pidió que también extendieran las que él utilizaba y su oferta fue rechazada. Luis, Rosendo, Federico y Marcelo, fueron los primeros voluntarios para controlar el ajeteo de agentes y militares.

Más de una pareja platicaba en voz baja para acortar la noche:

— ¿Qué siempre has hecho para que te dejen en este estado? —preguntó Rosendo.

— De sereno pues yo trabajaba —respondió con dificultad el Serenito —y el patrón me dio una pistolita: “Con eso vas a cuidar la fábrica”, diciendo me dijo.

— Y te agarraron con la pistolita y pasó lo de siempre...

Había perdido la noción del tiempo en el suplicio. Luego de permanecer siete días en una celda que filtraba agua, fue cambiado a otra, donde recibió atención de sus compañeros.

—Son valientes porque estamos desarmados —dijo Rosendo limpiándose las lágrimas con disimulo.

Incomodidad, frío y dolor, eran una gloria comparados con el temor a la noche. La noche descontrolaba los nervios, magnificaba los ruidos:

En los gritos de la mujer violada creían reconocer a esposas e hijas.

Los disparos lejanos parecían encaminados a la celda.

Los bramidos del “pajarito nuevo” en la sala de interrogatorios...

Las “visitas” a las celdas...

Los gritos de los que soñaban con sus torturadores...

La noche era terrible...

Como atisbando una esperanza llegó el aliado, llegó la luz y llegó la primera sonrisa...

— Prepararse para el desayuno —dijo Luis, sobándose las manos.

—No hagas bromas pesadas—castañeo Toño.

Más de un curioso vio por la rendija a una señora de pollera con dos niños que también tiritaban de frío. Sus movimientos rítmicos, al compás de sus afanes para preparar el desayuno, eran para calmar el llanto del niño que cargaba en la espalda.

Cuando los presos empezaron a teorizar sobre la táctica y estrategia para tomar el desayuno, Luis dijo:

— Ahora tenemos que limpiarnos la boca. Rompamos el trauma.

El Chapaco celebró la primera ocurrencia del día:

— Te cedo mi condecoración del “Cóndor de los Andes en Grado del Humor”.

— Lo prefiero en “Grado al Horno” para el ajtapi—replicó Luis en su hablar boliviano-español.

La *marraqueta* y aquella taza de sultana levantó el ánimo de la mayoría. Algunos analizaron el significado de ese primer bocado, en cincuenta horas:

“Es un buen síntoma”, “¿Será que de la noche a la mañana se volvieron buenitos?” “Tienen que haber factores que lo hayan determinado” “Tenemos que aprovechar para exigir que nos saquen las esposas para ir al baño y para comer” “¡Ojo! que puede ser una trampa para relajarnos” ...

Elaboraron una nómina de detenidos “para que nos den por desaparecidos”, dijo el Locoto Cevallos, mientras escribía en el papel donado por el Poeta. Más de uno sugirió que la cholita del desayuno fuera la portadora.

El Macho Moreno estaba tan admirado por la afinidad de las distintas tendencias de izquierda, que dijo en tono solemne:

— Si salgo con vida voy a decir a mis bases que el secreto para unir a las izquierdas consiste en hacerles hambrear y sacarles la mierda de rato en rato.

Pocos festejaron el sarcasmo del más valiente...

Con estas charlas, algo de humor militar, otra salida al baño y una taza de té por la tarde, pasaron el día. La única diferencia notable con la noche anterior, fue el golpe que le propinó Crispín al Zamora, para calmar sus nervios.

A media noche, Marcelo dio la alerta:

— Pasen la voz: ¡Hay mucho ajeteo! Si notamos algo raro, la única posibilidad de que alguien

se salve, es atacándolos al mismo tiempo —dijo en voz baja.

Se abrió la puerta y les ordenaron pasar a la “perrera” que mantenía el motor en marcha. Esta vez no hubo maltrato, ni siquiera el prohibido mirarnos. Había orden de “no tocarnos para facilitar el trabajo”.

Jaime susurró algo al oído de un oficial, éste se dirigió en secreto al coronel regordete que Ernesto escupiera cuando lo torturaba y fue separado del grupo.

— ¡Traidor!—le dijo Ernesto al pasar por su lado.

Un año después, el Minerito, Luis y Federico, únicos sobrevivientes de la *Celda 4-N*, encabezaban la manifestación que recordaba a los que “Cagaron con sus Esposas...”

Fin

EL PANCHITO

El frío de una de las madrugadas lo despertó. Un vacío flotaba en su memoria. No sentía su existencia, ni el gemido del centenar de cuerpos tendidos que lo rodeaban, ni el “prohibido moverse” que gritaban sus verdugos, ni la aflicción de sus padres que, en ese momento, perseguían las hojas de coca que lanzaron sobre un tejido para ver la suerte y que el viento las arrastraba como mandado por la Pachamama para ocultar la tragedia de sus hijos. Pero el llanto del Juanito lo despertó de verdad — por lo menos eso fue lo que contó tres meses después en el campo de concentración. Claro que no le creyeron, porque su hermano de cinco años estaba encerrado con llave en una choza solitaria de los Yungas, a 120 kilómetros de las Caballerizas del Estado Mayor, donde él y un centenar de presos políticos eran torturados.

—Se ha de estar muriendo mi thunita caballerito— creyó haber gritado cuando despertó. Quiso aflojar los dedos entrelazados en la nuca, levantarse y reclamar... Escupió una porción de coágulo mezclado con excremento de caballo.

El recuerdo lo martirizaba. No comprendía porqué lo habían detenido en los Yungas, para trasladarlo a La Paz.

“Si sólo fuimos a vender carne —se dijo en aimara— Si no he estado bloqueando el camino. Si no esto. Si no este otro. ¿Por qué?”

— ¿Estaré aquí cinco días? —se preguntó.

“Cinco días... cinco días... cinco días...” repitió varias veces y “habló” con su hermanito:

“¡No llores! —le dijo— No arañes la puerta. ¡Nadie te va a escuchar! Estás lejos del pueblo. Pon

la mesa sobre la cama y salí por el techo. ¡No llores! Cálmate pues...”

“No puedo alzar la mesa... ¡Quiero agua! Calor es... Las moscas... La carne está hediendo ¿Por qué pusiste candado a la puerta?”

“¡No ve que estabas durmiendo! ¡No ve que he llevado a vender la mitad de la carne! ¡No ve que estabas cansado de lo que hemos viajado todo el día! ¡No ve que si dejaba abierta la puerta se lo iban a robar la carne! ¡No ve que estaba volviendo y ahí me han agarrado! No llores. Salta por el techo. Reza. “De Italaque soy” tienes que decirle al chofer. Tienes que rogarle para que te lleve gratis. Le hazte decir al Tata Eufrasio que me han quitado el dinero para la semilla. Dile que venda mi cordero... Dile que no fue mi culpa. Dile que...”

Los excrementos bebían las lágrimas.

El adormecimiento lo retornó a la realidad y, muy despacio, sacó sus pies aprisionados por un cuerpo inmóvil.

Cuando uno de los soldados del último cambio de guardia dijo:

—¡Por culpa de éstos tenemos que trasnochar!
— pensó que ellos también estaban cansados; pero el nuevo oficial parecía más bueno: había permitido que algunos se hincaran en sus sitios para orinar. Claro que con la orden de no levantar la cabeza. ¿Pero quién tenía ganas de mirarles la cara cuando esos preciosos segundos se los podía utilizar para estirar el cuerpo, mover las manos o sobarse el cuello?

Antes de que los centinelas bolivianos dieran la orden “a sus puestos”, todos se tendieron al escuchar la voz del argentino que ingresó escupiendo ordenes desde la puerta:

—Vos, vos, vos, vos y vos, ahora pueden mirarme la cara —dijo y, dirigiéndose a los uniformados bolivianos, ordenó:

— ¡Sáquenlos!

— ¿Que les habrán hecho, no? —se preguntó el Panchito cuando escuchó las ráfagas.

Dio un golpe de timón al recuerdo para escapar del miedo. Buscó recuerdos alegres para olvidar al Juanito: el último carnaval, las borracheras, la zampoña rota y el bombo mojado: “¿Y lo que se cayó el papá de la Simona con su disfraz de waca y no podía salir del barro? ¿Y lo que le abrasé a la Julia cuando me disfracé de kusillo y ella se dejaba nomás porque creía que yo era el Manuel? ¿Y lo que la Gabina celosa me hizo pelear con el Manuel? ¿Y lo que el Juanito lloraba cuando tomó su primera chicha? El Juanito... Juanito... Juanito... Pobre Juanito...” Y recordó las últimas recomendaciones de la Mamá Eulalia cuando cargaban los dos corderos, al camión:

— ¡Vas a cuidar a tu hermanito! Tienen que volver rápido. Tienes que cuidar el dinero. Ni ovejas casi ya tenemos...El Tata Eufrasio también está enfermo...

Y dirigiéndose al Juanito agregó:

— ¡Para qué habrás querido ir con tu hermano! Te vas morir de frío. Viento es el altiplano hijito y los Yungas es fuego. Quédate más bien. Otro gasto es...

—Mi hermano ha dicho que no pagan pasaje los thunitas, ¿no ve? Iré nomás...

—Al medio de la carrocería tienes que acomodarte... Tienes que agarrarte biencito... Tienes que obedecer a tu hermano mayor... —y hasta escuchó el motor del camión Toyota que fundió las últimas recomendaciones de su madre.

¡No! No era ese Toyota.

Era otro Toyota el que hacía rugir su motor en la puerta.

—Los quince primeros de la izquierda levantarse— ordenaron los agentes encargados de desocupar las Caballerizas del Estado Mayor — Vista al mar, vista al suelo —repetían.

Imaginaron lo peor.

Gemían los presos de abajo, los que soportaban el peso de los cuerpos apretados como leña...

Pujaba la ambulancia en la subida de la Ayacucho.

—Bajen todos...

Olor a pólvora.

¡No! No era pólvora. Era el humo de la fogata prendida por los tiras.

—Caminen, caminen, vista al suelo...

—Ayyy... Atatitay...

Nadie les pegó. Eran vidrios.

“¿Por qué nos habrán decomisado los calzados?” —pensó el Panchito.

—Pasen, pasen a la celda... —repetía el único tira desarmado.

Candado. Oscuridad. Silencio...

Nadie habló por unos minutos. Gozaban el placer de mover los brazos, girar el cuello y enderezar los dedos adormecidos en las veintisiete horas del prohibido moverse, hasta que alguien ordenó con voz enérgica:

— ¡MANOS A LA NUCA CARAJO...!

Cundió el miedo durante unos segundos y nunca supieron quién fue el autor de esa broma.

El placer de moverse duró poco. El aire estancado en la celda de cuatro por siete, hacía difícil la respiración de los sesenta y ocho detenidos. Tres meses después —cuando el Panchito contó que había escuchado el llanto de su hermano— Carlos mostró la chompa que hicieron girar por turnos para remover el aire y recordó a los desmayados que, con su drama, infundieron coraje para animarlos a reclamar por oxígeno.

Indiferente a los problemas del grupo, el Panchito lloraba acurrucado en una esquina. Lloró toda la noche. Lloró todo el mes de julio, pero en agosto lloraba menos. Nadie logró consolarlo, ni siquiera los dirigentes campesinos que le explicaban la situación en aimara.

— Mi thunita pues, ya se ha debido de finar — decía en español y lloraba.

Jamás había soñado que viajaría en avión y menos esposado. Esta vez, sus lágrimas diluían las manchas de sangre del avión carnicero.

Puerto Cavinás, puesto militar en el trópico, inhóspito, infectado de parásitos, insectos y fieras. Allí no necesitaban torturadores.

La seguridad de que sólo un loco intentaría fugarse, permitió una mayor autonomía de movimiento a los presos. La única orden de libertad llegó al tercer día, Walter, el favorecido, había ocupado altos cargos en anteriores gobiernos, situación que le permitió relacionarse con mandos militares. El oficial encargado de los presos, que desde el primer día mostró su inclinación por el trago, sugirió al liberado festejar la buena nueva.

Bebieron toda la noche.

Al día siguiente Walter se despidió de los que formaban militarmente por orden del oficial. Él también estaba borracho. Regaló algún dinero a sus más allegados, habiendo hecho caer algunos billetes al rebuscar sus bolsillos. El oficial, que entre emocionado e incómodo por el dramatismo de la despedida, estuviera a punto de perder el equilibrio cuando se agachó a recoger el dinero, preguntó en tono paternal:

— ¿Quién de ustedes es el más necesitado?

— El Panchito — fue la respuesta unánime y, blandiendo los tres billetes verdes, los entregó al mencionado.

En los días siguientes, el auto-aislamiento del Panchito se hizo tan crónico, que algunos desistieron de continuar consolándolo para no escuchar la misma frase:

— Difícil es pues que lo encuentren. La casita estaba en el monte, a un ladito del camino estaba — decía y lloraba.

Era la hora en que más atacaba la *aviación*, como llamaban los presos a los zancudos. Aquella víspera del día patrio, también hicieron humear motacú para espantarlos. Dos horas después, cuando formaron para el último control, faltó el Panchito. Todos imaginaron lo que había sucedido. Recordaron las amenazas que hiciera el carcelero y cundió el pánico. Un insomnio de comentarios flotó en el aire caliente de la nueva celda:

“¡Qué bruto! ¡Y sin conocer! ¿Y las represalias? ¿Dónde estará oculto? ¿Y si se lo come el tigre? ¿Y las víboras...? ¿Y si lo encuentran...? ¡Pobrecito!”

Sin juntar elementos de juicio se dio a la fuga. Sólo sabía que la senda que eligió lo llevaría a Las Pampas. Su decisión era irrevocable y los ciento cincuenta dólares le hicieron sentir más seguro.

Animado por la posibilidad de encontrar con vida a su hermano, forzó el ritmo de la marcha hasta que los pies no le respondieron. Prendió una fogata con el leño que le sirviera de linterna y quedó profundamente dormido.

Soñaba:

“Los ojos del Juanito flotaban en un charco de lágrimas. Las asperezas de la puerta habían mutilado sus dedos. Sangraban. En su rostro se dibujaban todos los rostros: se parecían al Carnaval y a la Pachamama, a la yunta de bueyes y al Tata Eufrasio, al Mallcu y a la Mama Eufrasia. Ahora se parecían al Juanito. Quiso agarrarlo para acariciar sus lágrimas... Intentó otra vez... Otra... No podía”.

Alguien aprisionaba su alma.

Alguien cautivaba su sueño.

No conseguía moverse.

¡No!

No aprisionaban su alma, ni cautivaban su sueño. Una bota pesada oprimía su pecho.

— ¡Carajo!, despertáPapillón —le gritaron mientras le propinaban un culatazo.

Lo trajeron a rastras. Al llegar al puesto militar se desmayó y durmió el saldo de la noche en un calabozo húmedo, guarida de millares de zancudos.

En la madrugada siguiente, antes de recibir la tercera tunda, el oficial jefe le “decomisó” el dinero. Luego ordenó que lo colgaran de un barrote ubicado junto al aserradero y que los presos escucharan su sermón:

—Es mi honra y prestigio lo que está en juego. También la culminación de mi carrera militar y mi

ascenso —y manteniendo el tono marcial continuó: — Mi limpia conducta me hizo acreedor a esta nueva responsabilidad y no voy a permitir que por culpa de un indio se retrase mi ascenso —y propinándole más golpes, segregó otra frase racista:

—Este *thara* es el culpable para que de hoy en adelante el trato a ustedes sea más duro. Pueden hacer con él lo que quieran —dijo enojado y se fue...

Los presos rodearon la barra que aprisionaba al golpeado, dando la sensación de que lo pegaban. Un dirigente obrero le dijo en voz baja:

— Cuando queramos escapar, tenemos que hacerlo todos...

Paulatinamente se fue integrando al grupo, jugaba fútbol, tocaba algunas melodías tristes en la zampoña que él construyó, participaba de las reuniones, era trabajador, comedido y en esa rutina pasaron los meses.

Cuando la información clandestina que recibían los dirigentes obreros les dio la certeza de que serían puestos en libertad y el entusiasmo les hacía comentar posibles exilios o residenciamientos, el Panchito dijo:

— Tal vez mi viejito ya se ha muerto con la pena. ¡Enfermo era pues! Pero eh aprendido muchas cosas...

Cuatro meses después salió con *libertad condicional*.

...

...

El viento del altiplano golpeaba su rostro. Sus ojos no lloraban, miraban sin pestañar el infinito de aquella pampa, como presintiendo los afanes de su madre que, en ese momento, carneaba el último cordero

para continuar la búsqueda de sus hijos. Se bajó del camión en un campo sin sembrar y caminó en silencio hacia un humilde rancho flanqueado por dos corrales vacíos.

El perro que rondaba la batea con intestinos salió corriendo del cuarto, sin soltar la presa que había robado.

— ¡Perro de mierda! Ya no se contenta con lo que le doy —musitó entre dientes la mama Eulalia, mientras buscaba la escoba para castigarlo.

Al salir del cuarto chocó con el Panchito.

No hablaron.

¡Leyeron!:

Él, en el luto de su madre.

Ella, en el saldo de lágrimas de su hijo.

Oculto tras la tumba del Tata Eufrasio, el perro también desgarraba un corazón.

Fin

* David Acebey. “Panchito”, publicado en *BOLIVIA: Un documental, un cuento y un guión*. Estocolmo, agosto 1983.

TESTIMONIO DE ISMAEL SAAVEDRA MENACHO

Ismael Saavedra Menacho (La Paz, Bolivia). Estudió derecho, haciendo abandono de su condición de oficial de la Fuerza Aérea Boliviana. Se dedicó fundamentalmente a trabajar en temas audiovisuales habiendo producido numerosos filmes de carácter documental. Formó parte del núcleo que impulsó la creación del Canal Universitario de La Paz, en ese sentido, cumplía funciones periodísticas cuando fue apresado en 1980. Falleció el 6 de junio de 2019 y esta sería la primera vez que su testimonio se publica con su propio nombre.

El día 17 de julio de 1980, después de enterarnos de las noticias que circulaban sobre el golpe militar iniciado en Trinidad, los miembros del equipo de televisión universitaria decidimos salir a filmar todo lo que sucedería ese medio día y las horas siguientes en las calles de La Paz, Palacio de Gobierno, Legislativo, COB (Central Obrera Boliviana), y otras fuentes de noticias. Nuestros planes se interrumpieron cuando nos enteramos que las oficinas de la COB habían sido tomadas por paramilitares y que todos los dirigentes políticos y sindicales que se encontraban en dicho lugar habían sido apresados, algunos heridos y se desconocía su paradero. En el momento nos dirigimos a la COB, la encontramos cerrada y con candados por fuera, las paredes presentaban múltiples perforaciones de balas, los vidrios de casi todas las ventanas estaban rotos. Alguien nos dijo que era imposible entrar.

En nuestro camino encontramos barricadas en San Francisco y en la Plaza Pérez Velasco; en ésta, las barricadas eran de mayor volumen y existía mayor concentración de gente, que al vernos filmar, reaccionaba de diferente manera. Algunos comenzaban a gritar estribillos: “El pueblo, unido, jamás será vencido”; “Viva la Democracia, abajo el golpe”: “Viva Bolivia Libre”, y otros. No faltó quien nos confundiera con la Televisión Estatal, echándonos del lugar, pero apenas explicamos quiénes éramos, seguían su trabajo dejando que hiciéramos el nuestro. Así filmamos a jóvenes, mujeres e inclusive niños y ancianos, quitando adoquines y construyendo barricadas con verdadero fervor, para impedir el paso de los tanques y tanquetas que en noviembre pasado habían sembrado el terror, y causado más de trescientas víctimas en esta zona.

De repente por las calles contiguas aparecieron ambulancias de la Caja Nacional de Seguridad Social, de ellas descendieron hombres vestidos de civil, armados

con ametralladoras, pistolas y carabinas militares M3, haciendo disparos al aire, y contra la multitud que se dispersaba huyendo hacia las calles adyacentes, casas y edificios.

Con los teleobjetivos logramos identificar a algunos de ellos. El que comandaba el grupo, vestido de pantalón y campera celeste, me pareció el tristemente célebre “Mosca Monroy” (pensé que se trataba de una confusión, no podía ser que un conocido delincuente común comandara las acciones de un grupo militar). Por el corte de cabello, zapatos y en algunos casos pantalones, pudimos deducir que la mayoría eran militares vestidos de civil.

Al cabo de aproximadamente media hora de tiroteo, los grupos paramilitares, después de lograr su labor de dispersión y haber apresado a una treintena de personas, las condujeron a culatazos y patadas, obligándolas a trabajar deshaciendo barricadas. Esto que sucedía en la Pérez Velasco, también se daba a la altura de San Francisco, no podíamos ver más allá.

Decidimos seguir la filmación, nuestro objetivo sería la Plaza Murillo, pues sabíamos que habría una reunión de Gabinete Ministerial y otra de Congreso en el Palacio Legislativo. Nos aproximamos a la Plaza Murillo por la calle Comercio. Faltando una cuadra para llegar a la misma nos detuvieron soldados que nos indicaron la prohibición de ingresar por esa calle. Estaba con nosotros en esa esquina un corresponsal de Televisión Alemana que dijo a los guardias que era de la Prensa Internacional, los soldados dijeron: “No hay prensa internacional que valga, vayan por la calle Ayacucho”. Corrimos a la misma y una vez allí (a la altura del Correo Central) pedimos autorización a los guardias militares. Estos no sabían si dejarnos pasar o no. En ese instante, a treinta metros se detuvo un jeep Toyota azul sin placas de identificación. De él bajaron

dos civiles enmascarados que corrieron hacia nosotros apuntándonos con sus ametralladoras. Nos encañonaron y obligaron a poner las manos en alto contra la pared y con las piernas abiertas. Pidieron a gritos nuestros documentos personales y credenciales de periodistas, nos hicieron una revisión minuciosa para “ver” si portábamos armas. Obviamente no las encontraron, sin embargo nos condujeron a empujones haciéndonos subir al jeep. Los guardias militares miraban impassibles. Uno de nuestros captores, el que tenía la iniciativa y ordenaba, era argentino, lo denunciaba su tonalidad y modismos al hablar, sus gestos, su apariencia toda a pesar de la máscara que cubría gran parte de su rostro, su cabello era rubio, lacio y tenía ojos celestes; hurtaba la mirada, ordenó meter las manos en los bolsillos y cerrar los ojos, caso contrario, amenazó: “te meto un tiro al culo, barbón de mierda”. Señalé que éramos periodistas y que teníamos nuestros papeles en orden, el gaucho replicó: “que mierda me importa si sos o no periodista, ¿vos sabes lo que se puede ocultar detrás de esa barba?”

Al cruzar la puerta el gaucho ordenó que además de mantener los ojos cerrados nos agachemos. Mi curiosidad crecía (siendo niño conocí el Estado Mayor en todos sus rincones, ya que había vivido allí más de seis meses con mi padre, que a la sazón era comandante del Politécnico Militar de Aeronáutica). Al pasar por el patio de honor vi “caimanes” de los que descargaban uniformes militares camuflados para desierto y cajas de armamento y/o municiones con el sello de FANARM o FANARMA (Fábrica Nacional de Armamento y Municiones de Argentina). Lo cual no me sorprendió mucho, pues confirmaba la denuncia que había conocido un mes antes sobre más de tres vuelos, que realizó uno de los dos aviones Hércules C-130 que posee la Fuerza Aérea Boliviana, a la República Argentina para transportar “ayuda” de las Fuerzas

Armadas Argentinas para las bolivianas. En el mismo Patio de Honor vi también estacionadas ambulancias y otros coches de uso oficial que había visto temprano participando en las acciones de San Francisco y Pérez Velasco.

Después de entregar mis documentos, filmadora y cámaras fotográficas fui conducido nuevamente al hall de la sección segunda y me pusieron contra la pared. A mi lado estaba Oscar Peña Franco, periodista y hasta ese día ministro de informaciones. No podíamos hablar. En unos minutos apareció un mayor de ejército y dijo: “Osquítar hermano, seguime, te voy a llevar a un lugar para que estés más tranquilo”. De paso nos condujeron a tres presos más, nos llevaron a un baño cercano, pusieron guardia militar en la puerta; el mayor nos invitó un cigarrillo y le dijo a Peña; “es todo lo que puedo hacer hermano, por lo menos aquí no te van a fastidiar mucho”. Cuando se fue pudimos cruzar unas cuantas palabras e intercambiar nuestros nombres, para que si alguno tuviese la oportunidad hiciera saber que estábamos presos y donde estábamos. Además de mi compañero de trabajo y de Oscar Peña, estaban en el baño dos detenidos, un chico de 17 años a quien agarraron en la puerta de su casa mientras tomaba fotografías a su familia —daba la casualidad que pasaban paramilitares y lo agarraron— pese a la oposición de sus padres, conduciéndolo al Estado Mayor, donde aparte de quitarle los calzados y cinturón le habían dado una paliza que además de dolorido lo tenía aterrorizado.

Más tarde llegaron a la celda los paramilitares con un joven de rasgos campesinos, aunque su vestimenta era citadina. Desde ese instante no pudimos conversar más nada, ni siquiera movernos, pues los cancerberos que trajeron a ese prisionero nos obligaron a permanecer inmóviles; “al plantón”, ordenaron, con las manos atrás y

la frente apoyada en los azulejos de la fría pared del baño.

El guardia de la puerta, que era un soldado raso, comenzó a preguntarnos quiénes éramos, cómo habíamos caído presos y si teníamos hora. Mi compañero de trabajo respondió que sí.

—Mira tú hora, qué hora es— continuó el soldado.

—Son las seis y media.

El soldado preguntó la hora unas tres veces más y cuando nadie transitaba por las cercanías dijo:

—Oye, largo, préstame tu reloj.

—No puedo.

—Préstamelo pe, si yo voy a estar aquí hart rato.

—A mí me van a soltar en un momento más.

—Vas a ver carajo y mierda.

Entonces llegó un argentino (por el acento correntino) que dijo: “Así que estos boludos son los agitadores. extremistas, hijos de puta”. El soldado añadió

-Además este grandote no me quiere hacer caso, se ríe cuando le digo que no se mueva.

Oficial nosotros no somos agitadores, somos periodistas y el soldado no dice la verdad, respondió mi compañero de trabajo.

Bastó esa frase para que el oficial argentino montara en cólera y comenzara a dar golpes con la culata de su carabina sobre la columna de mi compañero, con ferocidad animal y gritando: “A mí no me engrupís, boludo, o es que crees que no sé qué ustedes son agentes de la IV internacional, yo no te pregunté nada, boludo”. Luego se refirió al soldado: “Si uno de estos boludos se mueve le tiras un tiro en la cabeza, viste? bajo mi responsabilidad viste?”

—Es su orden mi capitán— respondió el soldado. Lo cual me hizo suponer que se trataba de un oficial argentino con graduación y que trabajaba en esas dependencias hacía algún tiempo, pues se movía con total familiaridad y ascendencia. En el baño que funcionaba como celda oíamos sus gritos dando órdenes de mando a los diferentes grupos de paramilitares, los llamaba a formar, les daba direcciones e instrucciones; a un grupo que llegó preguntó si habían logrado capturar a Guevara,” seguro que ese pendejo está en la embajada del lado de su casa”, gruñó. Luego volvió a explotar cuando al parecer le llegó un parte, su voz venía del patio e iba ingresando al edificio, escuché su protesta: “A estos civiles boludos no hay que darles armas, se están matando entre ellos, acaban de herirse cinco en Miraflores, boludos” Hizo formar a los paramilitares, preguntó quiénes tenían sangre de tipo positivo y los señaló. Les dijo que donarían sangre para los “boludos” que se hirieron como resultado de una confusión y les dijo que tuvieran cuidado, de otra manera les podía pasar lo mismo.

Ya había caído la noche, nosotros seguíamos inmóviles, el frío era brutal en ese baño de azulejos y mosaicos, no había luz, notamos que las luces del corredor al que tenía acceso el baño se encendieron. Eso nos daba una cierta ventaja, pues el guardia estaba del lado de fuera y nosotros en la oscuridad, lo que nos permitía hacer algún movimiento para desentumecer los brazos, las piernas, la espalda, pues ya sentíamos calambres y dolores bastante fuertes. Mi compañero de trabajo estuvo a punto de desmayarse más de una vez. Yo que estaba a su lado le susurré que sería peor, que probablemente lo harían parar a patadas. Poco nos duraba el desentumecimiento, pues el rato menos pensado entraba un paramilitar a orinar o defecar y de paso a darnos unos cuantos golpes. La tensión nuestra era alarmante, yo sentía el latido de mi corazón muy

fuerte, ponía todos mis músculos en tensión en cuanto alguien se aproximaba, pues no sabía si me golpearía en la cabeza, la espalda, o inclusive el estómago, porque a pesar de estar bastante pegados a la pared un tira había logrado descuidarme con un fuerte golpe en la boca del estómago.

Aproximadamente a la medianoche entró al baño un individuo que comenzó a hacer preguntas a tiempo que golpeabami cabeza contra la pared. La voz me era conocida, la recordé nítidamente, era la de un teniente de la Fuerza Aérea que fue dado de baja y encarcelado por narcotráfico. Lo llamé por su apellido, se mantuvo quieto y en silencio por unos quince segundos, luego me dijo: “sí, soy el Teniente Velasco, y vos quién eres”. Yo que había estado en el Colegio Militar de Aviación como su subordinado, le respondí: “soy el Teniente Saavedra “Me hizo dar la vuelta y dijo si no me daba vergüenza que habiendo sido oficial y vestido el uniforme militar, esté ahora en contra de las Fuerzas Armadas, “además con esa barba” - dijo.

“Hace muchos años que soy civil” respondí... “además, fui detenido cuando me encontraba en labor periodística profesional”.

“Bueno, voy a ver qué puedo hacer por ti” -me dijo acercándose: tenía un fuerte tufo a bebida alcohólica.

- “Gracias” -, añadí.

Al cabo de unos quince minutos volvió con -un mayor de ejército explicándole quién era yo. El joven de rasgos indígenas y vestido ciudadano, aprovechando la ocasión, dijo:

—“Señor, yo soy portero de Presencia (matutino local); me han traído sin motivo”.

Vos callate mierda, Presencia es roja- replicó el mayor propinándole una nutrida seguidilla de golpes. Luego se

dirigió a mí para que lo acompañara al corredor, quería verme la cara. Salí con él y le respondí a preguntas sobre dónde y cómo me habían agarrado, luego ordenó que me llevaran a las caballerizas junto con los demás que estaban en el baño.

Se escuchaban pocos ruidos. Un tanto lejanos se escuchaban quejidos y golpes, pude reconocer la voz del correntino: “Ahora grita, hijo de puta, grita viva la democracia, abajo los gorilas, grita boludo”. Una voz ronca e impresionante respondió: “mátenme de una vez”; a lo que el correntino respondió: “no te hagas el macho, adoctrinado de mierda”. Se escucharon varios golpes más.

De pronto alguien entró a la caballeriza y llamó a Corsino Pereira (veterano dirigente sindical). Lo sacaron de la caballeriza, fuera se escucharon varios golpes, ayes y un disparo, Sentí un raro escalofrío. Me hacía calor en la parte de mi cuerpo que estaba sobre heno, mis piernas y pies se congelaban sobre el cemento.

El correntino entró a la caballeriza vociferando. Me estremecí nuevamente, contó diez prisioneros y se los llevó. La incertidumbre de no saber a dónde ni para qué se los llevaban me puso los cabellos de punta. Traté de hacer un movimiento para quitarme la bosta de la cara y sentí un culatazo en la columna que me devolvió la inamovilidad. Una voz dijo: “he dicho que no se muevan, pendejos”.

De repente se oyó una voz temblorosa: “¿puedo hacer rezar a mis compañeros?”. La respuesta se tradujo en golpes y una frase: “Silencio, pendejo de mierda”. Más tarde me enteré que el de la petición era el periodista David Tirado, declarado “nacionalista” que trabajaba en la sección de prensa de Televisión Estatal y en El Diario, éste último abiertamente pro-golpista y de ultraderecha (fue el único órgano de prensa que circuló abiertamente inmediatamente después del golpe).

Tirado había sido apresado conjuntamente con los demás periodistas que estaban en Palacio de Gobierno cuando entraron los paramilitares y a pesar de sus reclamos de “nacionalista” y acuerdo total con el golpe sólo lo dejaron en libertad cuatro días después.

Anduvimos el camino de vuelta, uno de los guardias dijo: “de una vez hay que terminar con estos guerrilleros vende-patria”. Luego hicieron parar y ordenaron que los cuatro primeros nos pongamos contra la pared, contra la que choqué de un empujón. Otro gritó ¡APUNTEN! Sentí un escalofrío profundo y un arrepentimiento grande; moría sin haber combatido, sin haber odiado lo suficiente a quienes nos consideraban tan terribles enemigos. “Andando carajos”, dijo otro mientras nos conducía a empellones a una ambulancia. Yo fui el primero en entrar. “Boca abajo en el piso hijos de puta, ahora van a saber lo que es democracia cabrones. Fascistas, ¿no? Ahora díganos fascistas, ahora van a ver cómo somos los fascistas, gran putas de mierda”. Fuertes golpes en la espalda nos obligaban a obedecer. Otra vez comencé a pensar dónde nos conducirían. Me dije: éstos son capaces de meternos unos tiros y entregar nuestros cadáveres como “guerrilleros muertos en combate”. Mis pensamientos eran interrumpidos por el fuerte temblor del prisionero que estaba encima mío y los espantosos quejidos del que se encontraba a mi costado. También escuché un susurro que decía: “no se meen pues”.

Las siguientes horas transcurrieron entre conversaciones, obviamente en bajísima voz, y observaciones a través de un hueco pequeño que había en la puerta de la celda y por el que pasaba la cadena que trancaba la misma. Así pudimos ver a alguna gente que llegaba a otras celdas. Todos tenían los síntomas del tratamiento de que habíamos sido objeto, aunque algunos, sobre todo los dirigentes de la COB presentaban muestras

de un trato mucho peor. Ese huequito sería durante los restantes días de prisión nuestra principal fuente informativa y punto de contacto con el exterior. Por él nos enteramos de la cantidad de prisioneros, que sobrepasaban los doscientos en esta repartición, el número de mujeres no pudimos averiguarlo, sólo sabíamos que estaban en una celda del patio anterior y una de las prisioneras era la señora Mercedes de Kunkar, periodista propietaria de la radio “Chuquisaca”, a quien golpearon y vejaron brutalmente en el corredor de la Sección II del Estado Mayor, donde tuve oportunidad de verla. Las oportunidades que teníamos de ver a los prisioneros de algunas de las otras celdas eran reducidas y sólo se presentaban cuando los sacaban o llegaban, cuando los conducían al baño o a interrogatorios y declaraciones.

En nuestra celda, la número 1, quien había sido peor tratado y más brutalmente golpeado era el viejo dirigente sindical Corsino Pereira. Ambos brazos y piernas presentaban hematoma total, tenía golpes en la espalda, no podía sentarse ni pararse sin ayuda. Lo habían agarrado paramilitares en su casa. Nos confesó que las innumerables veces que en su trayectoria sindical fue apresado, ésta era la que peor trato había recibido. Nunca lo golpearon con tanta ferocidad. Nos contó que el disparo que oímos cuando lo sacaron de la caballeriza fue fortuito, escapado de una de las carabinas con la que lo golpeaban. Ya no recordaba cuántas veces había sido apresado. Junto con él trajeron preso a su sobrino, un joven boliviano radicado en la Argentina que había llegado a la casa de Corsino horas antes del allanamiento para visitarlo y fue invitado a cenar. Al igual que los demás fue maltratado y golpeado; decía que había venido con la intención de quedarse en el país. La prisión, el trato que le dieron y los acontecimientos que se suscitaban en nuestra patria lo obligaron a cambiar de intención.

Otro de los prisioneros que trajeron a la celda al tercer día era un joven turista uruguayo, muy preocupado y asustado porque los interrogadores y agentes, al enterarse de su nacionalidad le atribuían militancia de guerrillero tupamaro. “Quería conocer este país —dijo— esta experiencia me ayuda a conocerlo más profundamente y a comprender lo que en realidad ocurre dentro de mi país.”

También nos acompañaba en desgracia un joven operador técnico de radio Chuquisaca a quien habían apresado en la emisora conjuntamente con la dueña y su hijo. Su mayor preocupación era su mujer y su hijito recién nacido; no tenían plata en su casa y el día que lo apresaron se acabó la leche de su bebé, surgió una discusión y el salió de la casa gritando que no volvería. Estaba próximo a la desesperación; no lo soltaban, al parecer los militares golpistas tenían mucha bronca a la radio en la que trabajaba, pero eran incapaces de comprender que Juan Carlos Criales era sólo un operador técnico, incluso suponiendo que hubieran tenido derecho a intervenir una emisora.

Esa noche comenzaron los interrogatorios tanto en el propio DOP como en el Ministerio del Interior, sacaban a los prisioneros encapuchados hasta la sala o el jeep según el caso. Antes nos habían tomado declaraciones los agentes del DOP, sin presión; a mí me hicieron declarar tres veces. Las preguntas eran las mismas en su gran mayoría:

—Diga su nombre completo.

—En qué circunstancias lo detuvieron.

—Partido político al que pertenece.

—Lugares y domicilios donde existen depósitos de armas de su partido.

—Dé los nombres de extremistas que conoce.

—Lugar y dirección donde solían reunirse los de su partido.

—Qué más puede añadir al respecto.

Luego nos hacían firmarlas; con los compañeros de celda pudimos deducir que esas declaraciones del DOP eran exactamente iguales para todos. En cambio, los interrogatorios de la Sección II eran muy diferentes. El punto de partida era la capucha o la venda que ponían a los ojos de los interrogados para ser conducidos al lugar de interrogación. Otra desventaja era que hacían sentar al prisionero de tal manera que las voces de los interrogadores provenían de la espalda, una voz amable y dos torpes, golpes cuando se les ocurría:

Voz 1. — Ya sabemos tu nombre completo, tu dirección, ocupación y todas tus actividades, escúchame bien todas. Tenemos archivos, tus amigos nos han confirmado todo, queremos que tú cooperes, te vamos a ayudar, además en tu condición de ex-oficial de la Fuerza Aérea mereces nuestro respeto y consideración, queremos saber algunas cosas y te vas enseguida. En tus declaraciones has dicho que no militas en ningún partido político y que no tienes amigos extremistas, pero en tu libreta de teléfonos está el de Siles y Paz Zamora. Lo que queremos es que nos digas qué militares hacían trabajo para la UDP.

—En mis declaraciones he dicho todo lo que tenía que decir, no tengo militancia política, no tengo amigos extremistas, tengo los teléfonos de Siles y Paz Zamora pero tengo también los de Víctor Paz, Hugo Banzer, Marcelo Quiroga, Walter Gonzales y en realidad de todos los candidatos presidenciales y vicepresidenciales de todos los partidos políticos, mi actividad periodística me obligaba a tener toda esta información.

Sentí un fuerte golpe en el cuello, seguido de un grito:

Voz 2. — Déjame a este cabrón, estos adoctrinados son todos iguales, te hemos preguntado qué militares

trabajaban con la UDP, y rápido, carajo, quiero nombres.

—Yo conozco al General Ovando Candia, a Gallardo y al Coronel Cárdenas...

No pude terminar la frase por un fuerte golpe en el pecho y otro en el cuello.

Voz 3. — No te burlés, boludo (era el correntino, esto era peor que los golpes hasta el momento recibidos). No nos interesan esos viejos boludos, a los que conoce todo el mundo; vas a cantar los nombres de los oficiales en servicio activo y que apoyan a la UDP, ¿viste?

Esta última palabra fue acompañada por una fuerte patada en la canilla.

— Hace más de ocho años que salí de la Fuerza Aérea y no tengo siquiera amigos en ella.

Voz 1.— ¿Por qué saliste de la Fuerza Aérea?

— Para continuar mis estudios de Derecho y Medios de Comunicación.

Voz 2.— Lo dieron de baja por Torrista a este cabrón mentiroso, no te hagas el cojudo, sabemos que vos entrenabas a los guerrilleros del MIR. ¿A cuántos entrenabas y dónde? Ya rápido carajo.

Recibí otra bestial patada, en la canilla derecha esta vez.

— Jamás he entrenado a ningún guerrillero y desde que salí de la Fuerza Aérea no he vuelto a disparar un arma (lamentablemente, pensé, en ese momento me arrepentí de no haber hecho aquello de lo que se me acusaba. Probablemente hubiese sido más útil).

Tenía tiempo para pensar ya que mis respuestas las copiaba un mal dactilógrafo, que incluso me hacía repetir lo que respondía y me ordenaron hablar más lentamente.

Voz 3.—Mirá boludo, decía mientras me daba patadas rítmicas en la canilla- conocemos tu historia y tenés suficiente como para que metamos una granada al culo, así que no te hagas el astuto, conocemos a todos los renegados como vos, así que habla boludo. Finalizó con un puñete en la cara, que me dolió bastante pues justamente en un lugar que tenía lastimado por una de las patadas que me dieron antes.

—No tengo nada que decir...

Un golpe en la cabeza me sacudió todo el cuerpo en forma terrible, dejándome atontado: Como entre sueños escuché que me decían:

Voz-1. — Yo te aconsejo que digas todo lo que sabes, dónde tienen armas los del MIR y quiénes estaban encargados contigo del entrenamiento militar. Tú sabes todo eso porque además eres enlace militar entre el ELN y el POR, pero de eso nos vamos a ocupar más tarde. Piensa que tu familia debe estar muy preocupada. Así que dinos todo lo que sabes, nuestra gente está muy nerviosa y si no dices lo que te preguntamos te puede suceder cualquier cosa. Es mejor que hables conmigo y me cuentes.

—No tengo nada que contar...

Otros golpes más en la cabeza y nuevamente el correntino:

Voz 3. — ¿Querés que te ayude a recordar?, ¿qué hace este almanaque del barbudo Fidel entre tus documentos, no es acaso tu identificación como agente del extremismo internacional?, ¿cómo tenés eso, boludo?, ¿o regalan eso en el Colegio Militar?

—Ese almanaque me lo regalaron artistas de la Nueva Trova Cubana que llegaron al país, hicieron actuaciones públicas y yo trabajé grabando un programa de televisión con su actuación, por lo demás es sólo un almanaque que me obsequiaron en dicha ocasión...

Voz 3. — Boludo, ¿crees que no sabemos cómo conquistan a sus agentes esos cubanos malditos?, ¿ellos te ayudaron a entrenar a los miristas?, ¿qué órdenes te dejaron, boludo?, y si no hablas cagamos ¿viste?; te cagamos, boludo.

El argentino acompañaba cada una de sus frases con golpes en diferentes partes del cuerpo; como estaba encapuchado no podía adivinar de dónde venían. Por momentos creí que era más de uno que me golpeaban. Otra vez quedé atontado, sentí que me desmayaba y no hice fuerza por reponerme. Sus últimas palabras llegaban ajenas y distantes, era mejor. A pesar del breve tiempo transcurrido a mí me parecieron horas. A esa altura yo estaba totalmente agotado. Recuperé cuando el amable decía:

Voz 1. —Dictá los nombres de tus familiares, amigos íntimos y sus direcciones, vamos a buscarlos para que te ayuden, te traigan algunas cosas; voy a ordenar que te devuelvan tus zapatos.

—Toda mi familia está en Santa Cruz; sólo tengo amigos en mi trabajo, pero no conozco sus casas (me imaginé allanamientos, presiones y chantajes. Más tarde pude comprobar que mis temores no eran vanos). Golpes varios.

Voz 2.— Eres terco, gran puta adoctrinado. ¿Dónde te han adoctrinado? ¿Has estado en el extranjero?

Mi indignación crecía a cada pregunta, a cada golpe, a cada palabra, a cada dolor, a cada recuerdo. Los odié profundamente y respondí:

—He estado becado en Lackland Air Force Base, en Texas y en Fort Rocker, Alabama...

Volvió el gaucho a la embestida de insultos y golpes combinados; uno en el estómago me hizo faltar el aire, yo exageré el efecto y me quedé como desmayado.

Hablaron entre los tres en voz baja y ordenaron sacarme del lugar y llevarme de nuevo a la celda.

Al cuarto día de prisión trajeron a nuestra celda a un individuo de pantalón y saco café embadurnados en sangre. El rostro totalmente desfigurado. Presentaba dos grandes hematomas en ambas regiones oculares, la nariz rota y taponada con algodones ensangrentados en ambas fosas. Sus movimientos eran penosamente lentos. La obscuridad de la celda acentuaba su aspecto tenebroso. En principio no lo reconocimos, luego nos dimos cuenta de que se trataba del líder sindical y político Simón Reyes Rivera, a quien se creía muerto. Fue aprehendido en el asalto de los paramilitares a la COB, en el que se dijo habían asesinado al líder político, eminente intelectual y candidato a la Presidencia de la República Marcelo Quiroga Santa Cruz y al dirigente minero Gualberto Vega Yapura de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia. El aspecto que presentaba Simón Reyes motivó a que de inmediato le hiciéramos un reconocimiento y limpieza y le diéramos la parte más «cómoda» del cuarto. Le friccionamos la espalda y el torso con saliva. Su espalda presentaba cinco o seis cicatrices circulares que mostraban a las claras que habían sido producidas por golpes de cañón de carabina o fusil. Su costado derecho estaba intocable, presumimos que tenía varias, sino todas las costillas fracturadas (un médico que lo visitó después confirmó nuestra presunción). El médico lo vio unas tres o cuatro veces, dijo que traería medicamentos, pero nunca lo hizo. En la celda hicimos fondo común de nuestras pertenencias y el escaso dinero que logramos salvar de la rapiña; hicimos comprar algunas cápsulas de Dolotanderil. Más tarde, mi compañera que había logrado saber dónde y cómo estábamos, nos hizo llegar varias medicinas, vitaminas y alimento. También logramos conseguir un saquillo de tocuyo que funcionaba como faja de inmovilización

para Simón. Así, después de 14 d 15 días de cautiverio los dos maltratados dirigentes de nuestra celda fueron recuperándose. El uno se había ganado el mote de “maltrecho”, y el otro de “Panda”.

La presencia de los mencionados dirigentes, a pesar de su estado físico, le daba a nuestra celda una tonalidad importante. Un día que observábamos por la mirilla y vimos a unos muchachos que apenas pasaban la adolescencia, Simón nos dijo: “estos jóvenes están comenzando el camino que yo estoy recorriendo hace treinta años”. Simón tenía 47 años y una noche mientras tarareábamos con el uruguayo el chamamé titulado Merceditas, nos contó que esa canción le recordaba su primer encierro en su tierra natal Tarija, cuando lo agarraron en la nochebuena de 1949 y mientras lo conducían a prisión en la plaza de Bermejo la gente bailaba y cantaba Merceditas. Sus exilios, prisiones, torturas y cárceles eran innumerables, pero coincidía con Corsino en que nunca antes lo habían tratado con tanta brutalidad. Lo habían torturado ferozmente ya en el Estado Mayor, en la Sección UI y después en las caballerizas. El correntino fue quien más se ensañó con él. Lo amenazaba con matarlo y le dijo que estaba en la lista de los que tenían que morir. El grito que escuchamos en la caballeriza diciendo “mátenme de una vez” era de Simón mientras lo torturaban entre tres (uno de ellos era el correntino). Ahí fue cuando lo golpearon y le fracturaron las costillas, la nariz y alguna otra costilla se la rompieron en un interrogatorio en el Ministerio del Interior a donde lo condujeron una noche antes de trasladarlo a nuestra celda.

La solidaridad entre prisioneros era admirable, la actitud de Max Toro (dirigente de la COB y viejo luchador sindical) es demostrativa de la anterior afirmación. En cuanto recibió ropa de un pariente, se la envió a Simón Reyes a quien suponía en peores condiciones. También

le envió frutas y comestibles. Todo ello a pesar de que él se encontraba también bastante maltratado y de lo muy difícil que era recibir algo por la calidad de incomunicados absolutos en que nos encontrábamos. Por lo demás cuando ingresaba algo para algún prisionero, los agentes “cobraban” su cuota aparte, como pudimos observar a través de nuestra mirilla.

Esa mirilla nos sirvió también para ver una cantidad apreciable de presos cuyos nombres conocíamos...

Al margen de las personas señaladas vi muchas otras, que lamentablemente no conocía, tampoco los otros compañeros de la celda. A veces por los comentarios de los propios agentes nos enterábamos de nuevos detenidos o del estado de salud de algunos. Así supimos que en una celda del tercer patiecito había 69 campesinos de Alto Beni. De la misma forma nos enteramos de la existencia de varios rehenes, padres o hermanos, a quienes retenían mientras aparezcan o se entreguen los buscados. Tal el caso de un benemérito de la Patria, viejito al que tenían preso en tanto se entregue su hijo. La misma actitud se dio con el hermano del dirigente comunista Walter Morales; con el hijo del dirigente fabril Luis López Altamirano y con el hermano del escritor y periodista René Bascopé Aspiazu, Director del Semanario “Aquí” desde el asesinato de Luis Espinal Camps.

Las condiciones de prisión hacían muy dolorosa para nosotros la pérdida de la libertad, pero no sólo la nuestra individualmente considerada, sino y sobre todo, la frustración de un proceso en el que se empeñaron las mayorías nacionales, en el que ponían su esperanza obreros, campesinos y clases medias, del que surgía luz anunciadora de una aurora de alegría para los desposeídos, explotados y discriminados. Sufríamos por el resurgimiento de la brutalidad, la inmoralidad, la arbitrariedad. Nuevamente la sombra

de bastardos intereses antinacionales ennegrecía el corazón de América Latina. Nuevamente una profunda llaga sangraba en el continente de la esperanza, infestada y purulenta por la acción del nazi-fascismo criollo, amparado directamente por las fuerzas más reaccionarias del continente, y por la embriaguez enfermiza de narcotraficantes inescrupulosos, para quienes enlutar a todo un pueblo y burlarse de su voluntad, amparados en la fuerza de las armas y la tenebrosidad del terror, era tan sólo un acto de rutina de la “Institución Tutelar”.

* Publicado en *“Tierra de dolor y esperanza. Testimonios Bolivia: 1976 - 1981”*. Centro de Estudios y Publicaciones (CEP). Lima – Perú. 1981.

TESTIMONIO DE JULIO TUMIRI

Julio Tumiri (Potosí, Bolivia, 1910 - 2007) Sacerdote, sociólogo, diputado nacional y promotor de los Derechos Humanos. Fundador de la Asamblea Permanente de Derechos Humanos (APDHB) durante la dictadura de Hugo Banzer Suárez. Por su compromiso recibió el “Cóndor de los Andes” en Grado de Oficial; el Premio en Derechos Humanos de las Naciones Unidas y la condecoración Bandera de Oro del Congreso Nacional.

I

El 17 de julio, más o menos a las 8:30, estuve en mi oficina, en el Departamento de Fomento Cooperativo y recibí una llamada telefónica de un amigo mío, Arturo Sich, que me decía que en Trinidad había estallado la revolución y que era indispensable que yo me dirija a la Central Obrera Boliviana (COB) donde iba a realizarse una reunión importante. En mi calidad de Vicepresidente del Comité de Defensa de Derechos Humanos creí que era un deber mío acudir inmediatamente a la reunión anunciada.

Llegué a la COB más o menos a las 10 menos 20 y vi que había bastante gente, muchos dirigentes sindicales y sobre todo estaban allí todos los que pertenecían al Comité de Defensa de la Democracia (CONADE). Tuvimos que esperar un rato porque Juan Lechín tenía una reunión con los campesinos, allí se encontraba Genaro Flores, después de las diez, ingresamos nosotros a la reunión. Allí se nos comunicó la situación grave que atravesaba el país con la revuelta de los militares en Trinidad y que esta revuelta estaba siendo apoyada por las guarniciones de Santa Cruz y Cochabamba y que era indispensable tomar medidas. La discusión comenzó para solamente tratar las medidas y después la hora en que íbamos a lanzar esas medidas. Yo tuve la suerte de estar al lado del Sr. Marcelo Quiroga y fue la última vez que yo cambié algunas ideas con él. Y me expresaba en forma convencida que no debíamos hacer pasar los minutos para lanzar la medida de la huelga general en todo el país: discutimos los términos, y antes de las doce lanzamos la medida de la huelga general.

Estuvieron presentes en ese momento los periodistas y cuando íbamos a resolver las posteriores reuniones y el lugar donde íbamos a tenerlas, por precaución, entonces se presentaron los periodistas de la Televisión Boliviana,

ellos querían grabar la resolución que habíamos tomado. En ese momento yo estuve en la última fila pero el Sr. Marcelo Quiroga me dijo: “favor, póngase al lado de Lechín, yo me pondré al lado de usted, es necesario que demos estado de todos los sectores”. Yo me puse allí obedeciendo su invitación y cuando comenzó a leer el Sr. Simón Reyes la medida adoptada y cuando estaban televisando es que comenzaron los tiroteos y a incrustarse las balas de la metralleta en el plafón de la oficina. La primera palabra del Sr. Lechín fue: “Todos al suelo, tiéndanse” y así fue, nos tendimos, yo no me explico cómo seguí los pasos de Oscar Sanjinés que se encontraba con nosotros, pienso que fue por instinto de conservación de la vida, le seguí los pasos aunque yo no conocía el edificio y después de recorrer unos pasillos llegué al extremo del edificio donde existía un baño, ingresamos allí y encontramos unos diez periodistas que estaban también escondidos y cuando apenas habíamos ingresado, a los cinco minutos también, las balas se incrustaron en el techo del baño y todos guardamos silencio y nos tendimos en el suelo, esperando que vinieran a sacarnos a todos nosotros.

Pasaron unos quince o veinte minutos cuando oímos palabras de los paramilitares que decían: “¡En fila india! ¡Las manos en la nuca!, ¡Bajen!”. Pensé que a los diez o quince minutos también iban a sacarnos del baño, estábamos esperando todos ese llamado. Pasaron otros quince, veinte, treinta minutos y no llegaron y luego, vimos por los ventanales que había una muchedumbre de gente que se había aproximado a la COB y dijimos que era la hora de salir. Salimos por el callejón trasero del edificio, no por la entrada habitual de las oficinas, todos saltando por los escombros, salimos por ese callejón y yo, al salir, vi en una pieza, el cadáver del Sr. Gualberto Vega, que se

estaba desangrando y salimos de allí, y la gente ya nos había dicho que habían estado tomando presos, había bastante gente y nos mezclamos para irnos a nuestros domicilios. Esa mañana, casi inmediatamente me presenté en las oficinas de Derechos Humanos, ubicada en el edificio Cosmos, y los empleados me dieron la noticia de que los paramilitares, en movilizaciones de la Seguridad, ambulancias, habían recogido a mucha gente, que habían tomado presos. Fue un momento bastante álgido, triste. No vi la caída del compañero Marcelo Quiroga, porque estábamos en otro lugar, ellos se refugiaron en una pieza casi en número de 25, es de allí que los sacaron los paramilitares.

*Publicado en boletín informativo N° 34 del Comité impulsor del juicio de responsabilidades contra Luis García Meza y sus colaboradores. Septiembre 1990.

II

El día 29 de julio a horas 8:30 uno de los empleados encontró en la puerta de la oficina un papel que decía: “Si Tumiri viene tiene Ud. 24 horas de cerrar su oficina. No comprometa a sus empleados”. Gregorio consideró dudoso el papel y siguió trabajando. Por la tarde a horas 16 vino Erick y me comunicó la intervención de CIDOB al mediodía. Me puse a pensar que podría ocurrir lo mismo con mi oficina. En previsión saqué algunos documentos y libros de la Masacre de Todos los Santos. Los llevé al hogar sacerdotal.

El día 30 estuve en la oficina a horas 8.45. Los empleados no habían llegado a excepción de la secretaria. Llegó Quezada de Alto Beni y convine con él; me dio malas noticias sobre las ‘represalias’, presos y detenciones. El informe me preocupó. Gregorio me llamó y me dijo nervioso: “Estamos en peligro de ser capturados tú, yo y Amparo, desaparece y deja la oficina, que intervengan”. Retomé a mi oficina y llamé a los empleados para decirles que se darían vacaciones por los difíciles momentos que se vive. Se les cancelará los sueldos. Comencé a firmar los cheques y no pasó una media hora; todavía recibí una visita de un corresponsal que me demoró, continué firmando los pagos; cuando aparecieron civiles con metralletas preguntando por mí. Me presenté y me condujeron, juntamente con un sacerdote del altiplano a la 2da. sección del Estado Mayor.

Primeramente pasé a un cuarto común, donde se encontraban 4 detenidos. El padre y yo, nos sentamos en unas colchonetas que se encontraban extendidas. Un civil con metralleta se puso en la puerta y nos dio la orden: “En allá vos, prohibido hablar”. Cinco minutos después me llamaron para subir a la segunda planta, me llevaron al baño donde había una silla, una colchoneta y una frazada.

Me puse nervioso, diciéndome: lo que vivo es una realidad a borbotones y venían a mi mente las palabras de Gregorio: desaparece y no te preocupes de la oficina. Si hubiera obedecido, no estaría en esta situación, lamentaba y no podía conformarme. Comencé a meditar y pedir resignación y fortaleza para vivir la realidad que no era un sueño.

En previsión rompí los papeles, anotaciones telefónicas, direcciones y notas de casa (lo hice bien porque más tarde me quitaron la libreta y mi carnet de identidad). Me encontraba de rodillas rezando cuando me llamaron. Formé juntamente con otros a quienes no les conocía. El coronel Mena me condujo a un cuarto que tenía un catre, un colchón y una frazada en el suelo. “Tienda su cama”, me ordenó y así lo hice. No pude conciliar el sueño, bullían y rebullían en mi mente como un reproche las palabras de Gregorio. Me fue imposible dormir, acudían a mi mente muchas ideas, las más disparatadas. ¿Qué hacer? El día 31 por la mañana el coronel Mena preguntó por mi salud, le contesté que estaba mal. Efectivamente estaba descompuesto. Luego se presentó el coronel Rico Toro y me apostrofó: “Carajo, ahora le vamos a matar, haciéndole comer el libro de la masacre”. Pasado este pasaje por demás duro, que pronosticaba que más tarde me darían maltrato, el médico me examinó y me dio algunas recetas para el dolor de mis úlceras duodenales que comenzaban a reactivarse, por el nerviosismo intenso.

Se retiraron todos y quedé solo toda la mañana, después del almuerzo me llamaron al interrogatorio que se llevó a cabo en una pieza pequeña. Luego llegaron los que me iban a interrogar: 2 argentinos y 2 bolivianos. Las preguntas eran sobre Derechos Humanos y CONADE. A toda costa querían saber y que dijera que yo era marxista, comprometido con los izquierdistas.

Los reproches que me hacían eran amargos pero sin fundamento. Me exigieron indicara los nombres de los Derechos Humanos, algunos a toda costa querían que dijera, entonces comenzó la tortura, los 2 argentinos me ultrajaban con palabras soeces, el joven comenzó a darme patadas. En la segunda parte de la interrogación esboqué la estructura de D.H., las comisiones y sus funciones y las personas que las componían. Cuando decía que por amnesia había olvidado los nombres comenzaban los golpes de un hombre vendado para no hacerse conocer.

Me apuntaron con una pistola, para decir la verdad. Me reprochaban por el libro *Masacre de Noviembre*, que yo era un sacerdote, un falso sacerdote por haber reprobado a los patriotas militares. Me preguntaron si conocía algunas personas comprometidas con el comunismo, yo contesté que no. El verdugo que se encontraba en mi detrás, me ató las manos con mi propio cinturón, me golpeó en la cabeza y el pecho, luego me puso una madera a mi estómago y me golpeó. Soporté callado.

El argentino consideró al Monseñor Prata como un comunista por haber traído sacerdotes salesianos italianos subvertores del orden. Me preguntó si conocía al obispo Nevares de la Argentina, al obispo de Riobamba, al de Sao Paulo, ellos eran comunistas, marxistas, falsos apóstoles. Me preguntaron si había asistido a congresos en el exterior. Les dije que sí, les hablé de México y Sao Paulo. Apenas escucharon los nombres, levantaron los brazos diciendo: esos congresos eran de comunistas. Me apostrofaban por haber sido presidente de D.H., que como sacerdote debía estar en la Iglesia y no en D.H. que era socialismo.

Hablaban falsedades y no quería reprocharles, me propuse guardar silencio. El interrogatorio duró tres horas. Luego me ordenaron que escribiera todo lo que había dicho.

Hablé de D.H., su organización y finalidades. Estuve dos horas más. Luego me dijeron que descansara. Después de dos horas nuevamente me llevaron a escribir. Me dijeron que diga algo de mi vida; así lo hice. Después de una hora me dijeron que descansara.

No sé qué pretendían. A horas 12 me llevaron otra vez a escribir sobre CONADE hasta las 12:30. No pude dormir, estaba cansado.

Al día siguiente, el coronel Mena me dice que vendría la Cruz Roja Internacional. Efectivamente a horas 9:30 estuve en mi cuarto, tomaron todos los datos de mi persona durante hora y media.

Pasada esta visita salí al baño. Gran alegría y sorpresa fue ver a los sacerdotes en una pieza y con Germán me encontré en el baño. Estoy mal, dicen que esta semana nos exilarán.

(...)

Dos horas pasé en esta redacción, el verdugo que me ordenaba tenía la cara tapada. Luego me condujo a una habitación donde estoy solo sin comunicación con nadie. Al lado de mi pieza se encuentra otro preso, por medio de un papelito le aviso quién soy. Me contesta que tenga ánimos, el peligro ha pasado; el asunto es de tiempo nada más, ignoro sus nombres. Al día siguiente me hicieron alcanzar una naranja y dos mandarinas.

Todo el día pasé en el cuarto, un poco descompuesto y queriendo escribir un papelito a Villamil de San Francisco. No tengo nada que leer, ignoro lo que pasa en el mundo.

El día jueves 10 de agosto la banda de música comienza a tocar, existe algarabía en el patio, parece que hay juego de básquet; toda la mañana pasó así en bullicio.

Por la tarde otra vez me llaman al interrogatorio y me hacen escribir sobre muchos aspectos de D.H. y CONADE: después de tres horas, ya de noche, retorné a mi cuarto. Por segunda vez me llamaron a escribir, estuve hasta . . . (otra vez se corta sin continuidad) ... Estuvieron ayer con ellos.

Me calmé pensando que al lado de los sacerdotes de otros países que por hacer el bien sufrían, había también un sacerdote nativo al lado de ellos. Les dije que tuvieran ánimo y mucha fe, que nuestro Señor no nos abandonaría. Uno de ellos me dijo: oramos todos los días y celebramos la Eucaristía.

En el cuarto vi a Juan Enviz, David Ratermann, los Salesianos, Germán y otros. Al poco rato me visitó el coronel Mena y me enseñó Presencia en la que los religiosos y religiosas reclamaban por nuestra libertad.

La Eucaristía me hizo un gran bien, me encuentro reconfortado. Por la noche el militar de civil que asistió a misa (Rico Toro) vino a reprenderme, me dijo que mi explicación del Evangelio fue una demagogia y que ustedes son sacerdotes extranjeros que ordenan poner bombas, que son subvertores del orden.

(...)

Psicológicamente me quieren anular, no lo lograrán porque mi Cristo sufriente es más intenso. Si salen primero, toquen todos los recursos para mi libertad, el Cardenal tiene mucha ascendencia. Él puede hacer mucho. Estoy delicado de salud. Unidos en Dios.

* Publicado en "*Tierra de dolor y esperanza. Testimonios Bolivia: 1976 - 81*". Centro de Estudios y Publicaciones (CEP). Lima - Perú. 1981.

TESTIMONIO DE JUAN ENVIZ

Juan Enviz (Barcelona, España, 1931) Sacerdote jesuita. Pedagogo. Llegó a Bolivia en 1954, trabajó en Santa Vera Cruz, Uncía y Charagua realizando diversas tareas pastorales.

Introducción

El jueves 17 de Julio a la una y media del mediodía, estando a una cuadra del Colegio San Calixto, me encontré con el Padre Javier Cerdá que con cierto nerviosismo me dijo que le acompañara al Arzobispado. Por el camino me contó que en aquellos momentos los paramilitares violentamente irrumpieron en el Colegio San Calixto, y después de destrozar los aparatos de Radio Fides secuestraron a los hermanos jesuitas José Marcos, Salvador Sanchisy al P. Claudio Pou.

Lamentablemente no encontramos al Sr. Arzobispo en su casa, pero nos facilitaron poder comunicarnos por teléfono con el Sr. Nuncio Apostólico y con el Sr. embajador de España.

En esos momentos llegaron el P. Blajot, Provincial de los Jesuitas en Bolivia, acompañado de los Padres Jorge Trias y Javier Velasco, con la misma intención que habíamos llegado nosotros unos momentos antes.

Le sugerí al Padre Provincial que valiéndose de la credencial que tenía de Derechos Humanos —precisamente para visitar a todo tipo de presos— podría hacer lo posible para ubicar dónde se encontraban los jesuitas detenidos.

Ubicación de los detenidos

Acompañado por el P. Jorge Trias nos dirigimos al DIN (Dirección de Investigación Nacional). Nos dijeron que los detenidos se encontraban en el Ministerio del Interior. En ese Ministerio nos aseguraron que no estaban detenidos allí, y que con seguridad los habían llevado al Cuartel General de Miraflores. Mi compañero no creyó conveniente que fuera él a ese cuartel porque no era mirada con simpatía la obra que llevaba de promoción humana, ACLO, y temía que le pudiera ocurrir algo. No

vio inconveniente que fuera yo solo, y con cierto temor me dirigí al Gran Cuartel de Miraflores.

Aclaración importante

Varias personas me han dicho que cómo se me ocurrió ir a averiguar sobre mis compañeros al Gran Cuartel, expresando de ese modo que fue un acto no muy prudente.

Las razones que me movieron a ello fueron tres:

Como miembro de Derechos Humanos del Departamento de La Paz, tenía como misión visitar a cualquier detenido, y para ello disponía de credenciales que me acreditaban para ese trabajo. Creía que iban a respetar una misión de carácter internacional.

Conocía muy bien a los tres compañeros detenidos desde que ingresaron a la Compañía de Jesús, y ninguno de ellos se metieron jamás en política partidista. Pero lo que más me sorprendía era pensar cómo habían podido detener a dos hermanos que toda su vida religiosa la dedicaron al trabajo de las comunidades jesuíticas. Simplemente era inaudito. No convenía perder tiempo para gestionar la liberación de los detenidos. Había que hacerlo cuanto antes y no esperar que los torturaran para después gestionar su liberación.

Era plenamente consciente del riesgo que corría cuando fui al Gran Cuartel. Me daba cuenta que me podrían detener y, sin embargo, corrí el riesgo y fui apresado como un criminal.

(...)

Interrogatorio primero

Me hicieron pasar a la planta baja de un edificio de dos pisos. El espectáculo del hall era impresionante: unos treinta hombres de todas las edades se encontraban

de pie, con la cara en la pared y las manos cruzadas en la nuca. No podía identificar a nadie porque no me permitían mirar. En el piso había manchas de sangre. De repente me encontré con un joven de unos veinte años, llorando y con el rostro hecho una lástima por los golpes. Al verme su mirada suplicante se clavó en mis ojos. Dos hombres con cara de torturadores que lo llevan de los brazos me ordenaron bajar la cabeza.

Me hicieron entrar a una oficina donde los civiles me hicieron una serie de preguntas sobre la entidad de Derechos Humanos. Todas las preguntas iban acompañadas de afirmaciones calumniosas contra Derechos Humanos, de su labor y de las ideas que lo conforman. A todas mis respuestas con un “no mientas, cura comunista”, y con una sarta de insultos que no se pueden escribir.

Después de media hora de interrogatorio y después de quitarme el carnet de identidad y la credencial de Derechos Humanos, llegaron cuatro civiles con cara de verdugos. Tuve miedo que empezaran a golpearme, pero sin tocarme me ordenaron que los acompañase a un nuevo interrogatorio.

Tortura

Al salir del primer interrogatorio y caminando a otro pabellón para un segundo interrogatorio, según decían, recordaba el pasaje de Isaías: “como un cordero fue llevado al matadero”. Caminaba con una total impotencia, sin ningún derecho a reclamar y exigir nada. Me daba cuenta que cualquier palabra que dijera y que no les gustara iban a empezar a golpearme. En silencio recorrí otro gran patio, y de pronto me encontré una puerta abierta de un pequeño galpón sucio. En la puerta había tres hombres enmascarados que bruscamente me ordenaron entrar. Me encontraba en la “caballeriza”.

En cada uno de los apartamentos para los caballos estaban hacinados las víctimas como si estuvieran muertas... Todos sobre el estiércol boca abajo, con el cuerpo estirado y con las manos cruzadas en la nuca, que además de la postura incómoda se obligaba así a tener la boca sumergida en el estiércol. En el primer apartamento estaban las mujeres y en los restantes hombres de todas las edades. Aunque me exigieron no mirar, buscaba identificar a mis compañeros. Me pareció verlos, pero no pude fijarme mucho porque me amenazaban para que no mirase. Me quedé con la duda si estaban o no allí.

Me ordenaron detenerme, sacarme los zapatos y las gafas para echarme igual que los demás sobre el estiércol, sólo que a mí por no haber lugar en el montón grande; me colocaron en la parte baja donde había menos estiércol, casi en contacto directo con el frío piso de cemento. Durante 16 horas tuve que estar en esa posición sin moverme ni lo más mínimo si no quería recibir patadas o culatazos de los guardias.

Una de las torturas en esas horas era la psicología. Constantemente se ordenaba tener las manos en la nuca y no moverse nada. Esos avisos eran con amenazas de matarnos con un tiro en la nuca. De vez en cuando pasaba uno que parecía ser un oficial increpándonos a que fuéramos obedientes a los avisos que constantemente se nos daba. Al mismo tiempo que ordenaba maltratarnos y aun matarnos si no obedecíamos.

A medida que pasaban las horas el dolor en los brazos, la espalda y la nuca apenas se podía aguantar, y casi sin evitarlo nos movíamos para recibir de inmediato un puntapié. Me sentí afortunado comparado con otros compañeros de tortura, que los paramilitares se paseaban por la espalda con la punta de los tacos de sus

botas. Cuando el dolor les hacía quejarse, eran entonces fuertemente golpeados. Otras veces se orinaban encima de sus cuerpos maltratados con risas y burlas.

Al anochecer uno de los torturados pidió poder orinar. La respuesta fue una sarta de insultos a la vez que se le respondía que se orinara en el pantalón. Muchos lo hicieron así, entre ellos uno de mis compañeros jesuitas. Los orines del grupo que estaba junto a mí, por estar en posición más alta que donde yo estaba, formaron un charco precisamente en el lugar donde yo me encontraba. Pronto me sentí empapado de ellos, hasta mi misma boca.

Por estar las ventanas abiertas y tener una de ellas frente a mí, a medida que iba adelantando la noche, iba bajando la temperatura, llegando a bajo cero en esta época del año.

Este fue otro de los tormentos en esa noche. Llevaba yo ropa liviana cuando me detuvieron y ahora estaba empapada con orines incrementándose así el frío. Durante varias horas fue el frío mi mayor tormento. Uno de los pensamientos que me vino durante las primeras horas de la noche, era la suerte que habían corrido mis compañeros jesuitas detenidos, pensando si estarían o no en aquel lugar. Ideé el modo de saberlo, y pedí permiso para hablar. Cuando me lo dieron dije en voz alta que era sacerdote, a la vez pedía permiso para poder rezar por todos. Se me dijo que no, pero de inmediato escuché una voz conocida, era mi compañero sacerdote que reiteradamente para que no me quedara duda que era él pedía también poder rezar. En cuanto lo escuché sentí un gran descanso psicológico. Sólo un tabique de dos metros nos separaba uno del otro.

Alrededor de la una de la madrugada la voz déspota vino, amenazante y con todo tipo de insultos, un

argentino, que resultó tener el grado de mayor, porque así lo llamó uno de los soldados que había allí, y que por nombrarle su rango le costó una sarta de insultos. Entre las cosas que nos decía ese verdugo argentino era que esa noche nos iban a matar a todos. Para ello iban a formar tres grupos. A medida que iban escogiendo el primer grupo, golpeaba fuertemente a uno de ellos, un viejo sindicalista que pedía al verdugo que lo matara allí mismo, en aquellos momentos, pero que no golpeará más. La respuesta era que no le iba a dar gusto en matarlo bruscamente, que lo haría lentamente, a la vez que le introducía en el ano el cañón de la metralla. Al mismo tiempo impartía órdenes para que ese primer grupo fuera muerto cuanto antes para no perder tiempo y poder terminar con los otros dos grupos antes del amanecer.

La muerte se veía cada vez más cerca y como algo que no se podía evitar. No la temía y en parte me alegraba que pronto iba a terminar todo aquello. Me preparé para recibir la muerte con optimismo y no como un fracaso. Naturalmente que pensé mucho en mi familia y sentía mucho la pena que iban a tener. Ofrecí al Señor mi vida por Bolivia para que realmente fuera LIBRE y en su futuro hubiera paz y bienestar para todos. Rogué para que nuestras muertes fueron semilla de muchas vocaciones sacerdotales y religiosas bolivianas, que vivieran al servicio del pueblo con y para el bien de todo el pueblo. No podía pensar mucho, porque el frío me atormentaba.

(...)

Después de un corto recorrido se detuvo nuestra ambulancia en una calle conocida, estábamos en el D.O.P. Nos hicieron bajar de cuclillas y en esta misma postura entrar en una sala, donde nos ordenaron colocar

de cara a la pared y con las manos en la nuca. De ahí nos condujeron al P. Claudio Pou, al Hno. José Marcos y a mí, a una celda fría, sin ventanas y con una puerta de hierro con grandes aberturas que entraba el frío por todas partes. Sentíamos una gran alegría de vernos juntos; nos dimos un fuerte abrazo, al mismo tiempo que nos dimos la absolución por lo que podría pasar.

Pronto nos dimos cuenta que no nos iban a matar, pero sentíamos una gran pena por no tener junto a nosotros al Hno. Sanchis. Preguntamos por él al que parecía el jefe de nuestra cárcel pero nos dijo que no estaba en ninguna celda de allí. Pensábamos si realmente lo habían matado.

En nuestra celda con piso de cemento había una alfombra vieja, llena de tierra. Nos juntamos los tres para recibir el calor uno del otro y nos cubrimos con la alfombra que nos llenó de tierra todo el cuerpo, pero eso poco importaba con tal que nos hiciera sentir menos frío.

Al atardecer de aquel día tuvimos el mejor regalo de nuestro cautiverio, el Hno. Salvador Sanchis se nos unía y con eso nos sentíamos más animados y tranquilos.

Los tres primeros días fueron días de hambre, pero en realidad no lo sentíamos porque todo lo que habíamos pasado y la inseguridad del futuro nos hacía olvidar el hambre. Sin embargo, se hacía sentir sus efectos. El Padre Claudio Pou sentía mucho la debilidad y cuando se ponía de pie se mareaba. Vino el médico y le dio unas vitaminas, en lugar de recomendar que se le diera más alimento.

Aumenta nuestra comunidad

Durante cuatro días estuvimos los cuatro jesuitas solos en esta última celda. Un buen día entró el comisario

acompañado de tres detenidos con cara de haberla pasado mal. Se nos dijo que eran sacerdotes y que iban a quedarse con nosotros. Apenas se marchó el comisario nos dimos un fuerte abrazo y empezamos a contarnos unos a otros los detalles de nuestra detención. Ellos eran salesianos, dos sacerdotes y un hermano. Uno de ellos trabaja pastoralmente en la zona norte del altiplano cerca de Carabuco, y los otros dos en la parroquia que tienen por la ciudad Satélite. Los detuvieron cuando iban a socorrer a un herido grave. Los detalles de la tortura no los cuento porque no me toca a mí hacerlo. Me limito sólo a decir que fueron bárbaras, culminando los golpes con el último interrogatorio que tuvieron de más de tres horas a altas horas de la noche. Les obligaron a firmar “su declaración” con los ojos vendados.

Al atardecer de ese día dos miembros más se sumaban a nuestra comunidad de la celda. Eran dos pastores metodistas, víctimas también de los caprichos militares del actual golpe, que ven subversión y comunismo en todo lo que es promoción humana.

(...)

A las cuatro y media de la mañana escuchamos como se llevaban al grupo que habían escogido la noche anterior. ¿A dónde los llevaron?, lo ignoramos pero todo el conjunto nos hacía pensar que no era para nada bueno.

Otra de las sutilezas que emplearon nuestros secuestradores para intranquilizarnos, fue la llegada pomposa de un emisario del Ministerio del Interior, que para impresionarnos lo acompañaban cuatro o cinco detectives, dos de ellos armados con metrallas. Al presentarse nos dijo que venía dispuesto a ayudarnos en lo que pudiera, porque hasta entonces “nadie de nuestros familiares, amigos o comunidad se había interesado por nosotros, seguramente por lo peligrosos

que éramos”. Naturalmente que la mayor parte de nuestro grupo no le creyó lo más mínimo, aunque hubo alguno que llegó a dudar. Pronto lo tranquilizamos y le dijimos que esa era otra de las torturas psicológicas del sistema represivo vigente.

Nos preocupa también la salud del Hno. Marco, porque desde hacía unos días se quejaba de dolor en la pierna izquierda. Al comienzo creíamos que se trataría de algo muscular, pero como el dolor fue aumentando y además había hinchazón, uno de los compañeros de celda que era médico diagnosticó flebitis; y de ser así había que internarlo en una clínica por ser grave. A las 11:30 de la noche se lo llevaron a una clínica policial donde estuvo seis días.

Como digno de mención merece recordar la Eucaristía que tuvimos el último domingo de nuestro cautiverio. Un día antes vimos pasar frente a nuestra celda al P. Tumiri, caminando con dificultad hacia los servicios higiénicos. Por ser el Presidente Nacional de Derechos Humanos, seguramente debió pasar muy mal, a juzgar por su aspecto físico y la cojera que tenía.

La principal autoridad del lugar donde nos encontrábamos apresados, era el Coronel Mena, le pedimos que nos hiciera el favor de dejar asistir a la Eucaristía del siguiente día domingo al P. Tumiri. Felizmente nos lo concedió. De común acuerdo con todos los compañeros decidimos que fuera él quien dirigiera o presidiera la Eucaristía Concelebrada, pero él prefirió que lo hiciera otro. Presidió el P. David A. Raterman. Éramos un número respetable en la Eucaristía: dos religiosas vicentinas; dos pastores metodistas; tres hermanos religiosos: uno de Foucauld, otro salesiano y un jesuita; tres sacerdotes diocesanos norteamericanos; un sacerdote diocesano boliviano y dos sacerdotes jesuitas. En total quince.

Cuando estábamos para empezar la Eucaristía, nos vino a visitar el Coronel Faustino Rico Toro, jefe máximo del Servicio de Inteligencia Militar. Cuando se dio cuenta que íbamos a empezar la Eucaristía, llamó a su esposa que estaba muy cerca de allí para que oyeran juntos la misa que iba a empezar. Como ignorábamos la posibilidad de su presencia en este acto litúrgico, las lecturas bíblicas se habían preparado de antemano acomodadas a las circunstancias. Tanto las palabras del que presidía la Eucaristía como los testimonios que se hicieron sobre la Palabra de Dios, fueron espontáneos, salidos del corazón y con mucha libertad interior. Al terminar la Eucaristía creímos que debió salir impresionada la señora del coronel por todo lo que escuchó durante la liturgia.

Por la noche cuando nos disponíamos a descansar, abrieron la puerta de nuestra celda y apareció el Coronel Rico Toro acompañado de tres militares. Nos dijo que habíamos abusado en los comentarios que hicimos durante la misa, porque ella es “para comunicarse con lo celestial; para hablar y llenarse de lo espiritual, y nosotros habíamos hablado mucho de la tierra”. “Que estábamos equivocados trabajando en la promoción humana como lo hacía el P. Gabriel Siquier que conoció en Charagua, en lugar de limitarse a lo espiritual”. “Que cuando confesemos no debemos hablar contra el DOLOR, porque Dios lo QUIERE para formar al hombre, como tampoco debemos ir contra los ricos, porque Dios quiere que los haya en la tierra”. Es para pensar ese tipo de cristianismo, como la imposición al mismo.

(...)

Reflexión

Como cristiano y sacerdote me preocupa la máscara que oculta esta revolución militar, naturalmente,

desde el punto de vista cristiano. El pueblo boliviano es eminentemente religioso y su mayoría se considera cristiano. Eso lo saben muy bien los militares que gobiernan actualmente el país. Saben también que el pueblo no acepta que se atropelle de cualquier modo a la Iglesia que es algo muy sagrado para ellos.

Por otra parte, los militares TEMEN la línea INTEGRAL de salvación que ha asumido la Iglesia, confunden ese compromiso cristiano con ideas comunistasy hasta llegan a decir que obedecemos consignas que nos llegan de los países marxistas.

La conclusión para los militares es que debe ser detenido todo el clero nacional o extranjero que se dedica a ese compromiso de salvación integral. El clero extranjero por ser el de mayor porcentaje en Bolivia, ha sido también el mayor número de los detenidos. Por otra parte, todos ellos han sido detenidos sin ninguna causa política, aunque los militares confunden el compromiso cristiano con los más pobres, como POLÍTICA y exigen el exilio para los detenidos extranjeros.

Sin embargo, los militares tienen que lograr esas expulsiones sin provocar los sentimientos religiosos del pueblo. Para ello, se sirven de la mentira y la calumnia más descarada, pero sin demostrar nada.

Al mismo tiempo, los que hemos estado detenidos hemos constatado la profunda campaña de odiosidad y desprestigio que han inculcado a todos los uniformados, incluyendo a los soldados.

A nosotros mismos nos han querido señalar cuál debe ser el trabajo específico de la Iglesia en su función de servicio a la comunidad. Se nos ha dicho frases como éstas:

“Yo soy tan cristiano como Uds., si Cristo sufrió, no se quejen de sufrir Uds.”

“La Biblia Latinoamericana la hemos analizado 20 sociólogos, y toda ella contiene una ideología comunista.”

“No deben leer ni seguir el contenido de Medellín, Puebla y de algunas Encíclicas de los Papas porque contienen ideas marxistas”.

“Al orar deben limitarse a rezar el Padre nuestro, Ave María, Salve y Credo”.

“Al predicar en las misas sólo deben hablar de las cosas del cielo y olvidarse de la tierra”.

“Cuando confiesen no hablen en contra del dolor y de los ricos, porque a éstos los ha hecho Dios como son y el dolor es formador de la persona”.

1. ¿No hay en esas afirmaciones una falsa teología que exige una denuncia?
2. ¿No demuestran con esas detenciones arbitrarias una imposición a esa nueva línea “cristiana”?
3. ¿Podemos aceptar pasibles, la imposición de esas falsas ideas cristianas?

P. Juan Enviz Avilés s.j.

TESTIMONIO DE CLAUDIO POU

Claudio Pou (Barcelona, España, 1934) Sacerdote jesuita. Estudió economía agraria, teología y lingüística. Llegó a Bolivia en 1952 para fundar un noviciado en Cochabamba. Fue promotor de los pueblos indígenas del altiplano y de la Asamblea del Pueblo Guaraní.

La Paz, Bolivia, 12 agosto 1980.

Informe al Sr. Nuncio sobre mi detención y encarcelamiento.

Mi nombre es Claudio Pou Viver, sacerdote de la Compañía de Jesús, residente en La Paz desde 1977. Mi anterior residencia fue Sucre. Llegué de España, mi país de nacimiento, a Bolivia en 1952; he estado ausente en diversas ocasiones por razones de estudio (Ecuador, Italia, España, USA). Actualmente mi trabajo es el siguiente: Administrador (Procurador) de la Compañía de Jesús en Bolivia, Coordinador de Planificación de la Compañía de Jesús en Bolivia, actividad pastoral esporádica, Tesorero de la Conferencia Boliviana de Religiosas y Religiosos, miembro del Directorio de Radio Fides. En mis declaraciones a las autoridades en estos días pasados solamente hice constar como mi trabajo la actividad sacerdotal (pastoral) y la Administración (sin especificar que era a nivel de toda Bolivia). Escribo este informe desde mi asilo en la Nunciatura.

En el Estado Mayor:

Llegados al Cuartel fuimos objeto de numerosos insultos blasfemos y soeces. Nuestra condición de sacerdotes y religiosos era bien conocida por todos, pues a ella hacían referencia los insultos. Había en el patio principal del cuartel, alrededor de un centenar de paramilitares armados y visiblemente enloquecidos, numerosos soldados y oficiales, tanques y otros vehículos, algunos de ellos ambulancias. Entre los insultantes identificamos claramente a uno con fuerte acento argentino.

Nos llevaron al edificio del Departamento II (Inteligencia) en cuyo hall había unas 15 personas,

en su mayoría paramilitares. Nos pusieron cara a la pared, preguntaron nuestros nombres y, mientras nos insultaban a gritos y nos golpeaban a puñetazos y patadas, nos ordenaron entregar zapatos, cinturón y todas las pertenencias (yo no llevaba ningún documento de identidad ni prenda de valor, excepto reloj y llaves que ellos no vieron).

En el DOP (Dirección de Orden Político):

Alrededor de las 4:30 de la madrugada del viernes día 18 nos sacaron de la caballeriza descalzos, agachados, con las manos en la nuca, en fila de a dos y con algunos golpes. Nos hicieron entrar en ambulancias de la CNSS (Caja Nacional de Seguridad Social) de las que habían sacado las literas. Nos hicieron echar en el piso de la ambulancia, unas cuatro o cinco personas en cada ambulancia. Subieron a la ambulancia dos civiles armados de metralletas.

El lunes 28 trajeron a nuestra celda a tres salesianos, de cuya detención una semana antes no estábamos enterados. Al día siguiente trajeron a dos pastores metodistas, uno de La Paz y otro de Sasecha (Alto Beni): al de La Paz lo habíamos visto ya en días anteriores, pues fue detenido el mismo día que nosotros. Dos o tres noches pasamos momentos de angustia al oír y ver que sacaban prisioneros con destino desconocido o que llegaban nuevos detenidos. A lo largo de los días vimos a prisioneros, muchos de ellos menores de 20 años, que habían sido golpeados con mayor o menor crueldad. Había seis mujeres de edades estimadas entre 20 y 50 años, detenidas en una celda frente a la nuestra.

Algunas consideraciones del momento:

1. Fui detenido por casualidad, pero desde el primer momento, y sobre todo a lo largo de los días siguientes, quedó claro que mi arresto (y el de los demás) se

“justificaba” por ser sacerdote y jesuita; es decir, miembro de una Iglesia y de una Compañía de Jesús que se esfuerzan por estar al lado de los oprimidos como una exigencia del Evangelio.

2. Considero que los militares están obsesionados y enloquecidos por esquemas mentales y emocionales con los que les han lavado el cerebro: Iglesia y Compañía de Jesús comunistas, tercermundistas, materialistas, subversivas, infieles al Evangelio, etc. El diálogo con ellos es prácticamente imposible. Como dice el Evangelio, al detenernos y maltratamos creen que dan alabanza a Dios.

3. Nuestra conciencia de solidaridad y de pertenencia a una Iglesia y una Compañía de Jesús comprometidas con la causa de los oprimidos ha sido un verdadero don de Dios en esos días igualmente lo ha sido la experiencia de fe y de fraternidad vivida entre nosotros, especialmente intensa en las eucaristías que pudimos celebrar los últimos diez o doce días de cautiverio. Agradezco a Dios que esa fe y esas eucaristías tuvieron una dimensión ecuménica al ser compartidas con los dos hermanos Pastores de la Iglesia metodista. La experiencia ha sido también una nueva llamada de Dios a una mayor conversión. Y hemos sentido que Dios no permite que seamos probados por encima de nuestras fuerzas.

4. Agradezco a Dios que en ningún momento hemos albergado odio hacia los autores materiales e intelectuales de nuestra detención. Sí hemos sentido intensamente indignación ante tanta injusticia, tristeza porque es un hecho que todavía hay hombres dispuestos a hacer tanto mal a sus hermanos, pena por un pueblo que una vez más ve pisoteadas sus ansias de libertad y de respeto a su dignidad.

5. Nos alegramos de que los sucesos de estos días ‘hayan servido para unir más la Iglesia en Bolivia, dentro de sí misma y en torno a sus Obispos, y confiamos que la Iglesia mantenga su voz profética frente a los tiranos de turno y en favor de todo un pueblo que sufre y sufrirá la opresión impuesta por quienes, movidos a mi juicio por su ambición de poder y de dinero y por los fantasmas que ellos mismos se han creado, se autodenominan los salvadores de la patria. Que Dios los confunda.

6. Agradezco al Nuncio, Obispos y superiores religiosos sus gestiones por conseguir nuestra libertad y, si es posible, evitar que seamos enviados al exilio. Deseamos fervientemente que las mismas gestiones resulten eficaces en favor de tantas personas que se encuentran detenidas, por el sólo ‘delito’ de actuar legalmente en el terreno político o de pensar diferentemente a los militares o de simplemente pensar.

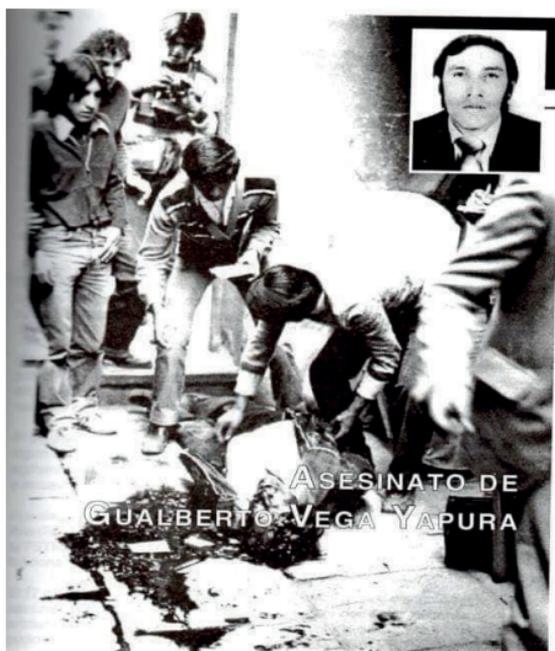
Certifico que cuanto escribo en estas páginas es la verdad, salvo algunos detalles secundarios que pueden ser levemente inexactos.

Claudio Pou, s.j.

**ARCHIVO
FOTOGRAFICO**



1.- Frontis del edificio de la Central Obrera Boliviana siendo demolido por orden del coronel Arce Gómez tras el golpe.



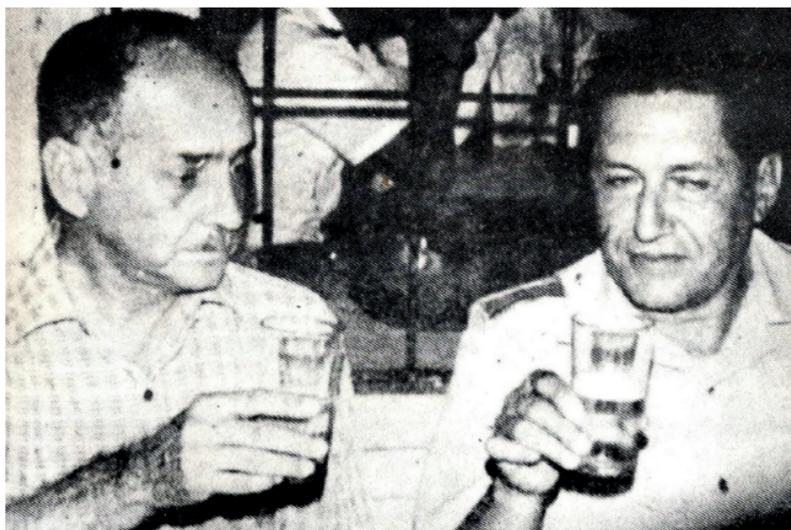
2.- Cadaver de Gualberto Vega Yapura, dirigente minero de Catavi. Víctima del golpe del general García Meza.



3.- General Luis García Meza tras asaltar el mando de la nación el 17 de julio de 1980.



4.- Coronel Luis Arce Gómez, Ministro del Interior del regimen garciamesista.



5.- Hugo Banzer Suárez, militar golpista que gobernó Bolivia entre 1971 a 1978, comparte bebidas con Luis García Meza.



6.- Desde el palco de palacio quemado el general García Meza se jacta de su poder.



7.- Maqueta del asalto a la COB el 17 de julio de 1980.



8.- Portada del periódico HOY donde muestra el cadáver del líder socialista Macelo Quiroga Santa Cruz con claras señales de tortura.



9.-Grupo de paramilitares fuertemente armados en el centro de la ciudad de La Paz



10.-Plenaria del Consejo Nacional por la Democracia (CONADE) minutos antes de la intervención armada por parte de grupos paramilitares al edificio en el que funcionaba la Central Obrera Boliviana. Sentados de izquierda a derecha: Oscar Eid, Simón Reyes, Juan Lechín, Padre Tumiri, Oscar Sanjinez, Marcelo Quiroga. De pie: Max Toro, Iván Zegada, Carlos Flores.

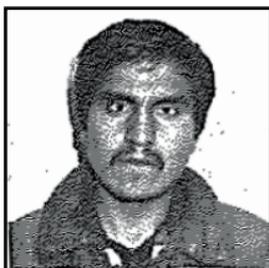
GALERÍA DE REPRESORES

Este apartado fue tomado *in extenso* del libro *Acusación a la dictadura del narcotráfico*, transcrito, corregido y publicado por la Asociación de Familiares de Detenidos Desaparecidos y Mártires por la liberación nacional de Bolivia (ASOFAMD). La Paz: Ediciones Gráficas, marzo de 1993.

GARY ALARCON SEGADA.**Alias: "Jefe Legionario"**

1.- Participación en el golpe de García Meza.- Jefe de los Grupos Operativos Especiales de Seguridad (GOES), organizador de grupos irregulares o paramilitares; actuó desde la época de Banzer, ejecutando allanamientos y torturas. Centro de Operaciones Cochabamba, miembro de la Legión Nacionalista. Fue director de FOMO.

2.- Situación actual.- Es militante de la UCS y sigue agrupando paramilitares y delincuentes en Cochabamba.

DEMETRIO ROJAS TORRICO**Alias: "Tordo"**

1.- Participación en el golpe de García Meza.- Jefe del Grupo paramilitar "Chocas Salvajes" (versión doméstica de los Grupos de Asalto "Gansos Salvajes"). Responsable de los atentados a la Peña "Naira" y Restaurante "Lido Grill" (diciembre de 1979 a junio de 1980). Actuó en los operativos del 17 de Julio. Se instaló en la Aduana. En 1984 participó en el secuestro del Presidente Hernán Siles.

2.- Situación actual.- Se encuentra recluido en el Penal de San Pedro acusado de secuestro y extorsión.

PAZ ENRIQUEZ LAREDO Alias: "Leo"

1.- Participación en el golpe de García Meza.- Jefe del grupo "Chocas Salvajes", responsable de la organización de grupos irregulares bajo órdenes de Fernando Kieffer en 1979 (ADN). Intervino en los hechos del 17 de julio, asaltó TASA. En 1984 participó del secuestro al Dr. Hernán Siles.

2.- Situación actual.- Es ayudante de órdenes y Secretario Privado de Guillermo Fortun (ADN), Presidente del Senado.

JORGE VICTOR BALBIAN ROCHA**Alias: "Coco"**

1.- Participación en el golpe de García Meza.- Jefe de la represión desde 1972, infiltrado en el ELN. Jefe de Operaciones de Juan Pereda Asbún, Dirigió desde el Estado Mayor la preparación y ejecución del golpe del 17 de julio de 1980. Allanamientos y apresamientos. Se instaló luego en la Aduana.

2.- Situación actual.- Dirigente de ADN. En 1989 fue propuesto como vocal por ADN para la Corte Departamental Electoral. Es miembro del CONAPO del Acuerdo Patriótico.

FERNANDO CANELAS SAENZ

1.- Participación en el golpe de García Meza.- Jefe segundo comandante del GOES. Dirigió los operativos del 17 de julio. Designado por Arce Gómez como Coordinador General del Ministerio del interior, estuvo ligado al control y recolección de los aportes del narcotráfico.

2.- Situación actual.- Militante de UCS.

DANIEL SALAMACA TRUJILLO

1.- Participación en el golpe de García Meza.- Jefe de grupos irregulares organizados en 1979. Por su estrecha relación con García Meza y Arce Gómez fue asesor del Departamento II EMGE y posteriormente Subsecretario del Interior. Está vinculado a todos los casos.

2.- Situación actual- Asesor de García Meza. Mantiene relaciones con otros paramilitares. Libro: Del caos a la reconstrucción nacional en el que narra el "Operativo Avispón" del asalto a la COB.





HUGO SALAMANCA TRUJILLO

1.- Participación en el golpe de García Meza.- Hermano del anterior. Jefe del Grupo Especial de Apoyo en el Departamento II EMGE. Reclutado por Arce Gómez, participó activamente en el aparato de represión.

2.- Situación actual.- Abogado de García Meza.



ERNESTO LEON DEL CASTILLO

1.- Participación en el golpe de García Meza.- Sub-Jefe de los GOES y responsable de la dotación de armamento.

Participó en los operativos del 17 de julio.

Fue designado Subsecretario de Migración, organizó la represión a sacerdotes y súbditos extranjeros.

2.- Situación actual.- Militante del Acuerdo Patriótico. Ingeniero e inversionista de construcción.



ANDRES IVANOVICH TAPIA

1.- Participación en el golpe de García Meza. Jefe de Grupo de asalto a medios de comunicación, antecedentes en la conformación de grupos paramilitares desde 1971 FSB, en la Lotería Nacional, En la actualidad es militante del mismo partido.



JORGE BURGOA ALARCON

1.- Participación en el golpe de García Meza.- Jefe de grupos paramilitares desde 1971. Participó en el golpe de Banzer. Instaló en su garaje su estado mayor dirigiendo junto a otros paramilitares las acciones de sus grupos el 17 de julio. Se presume que las ambulancias robadas a la CNSS fueron trasladadas a su garaje en Miraflores y luego al Estado Mayor.

2.- Situación actual.- Jefe Departamental de la UCS, fungió como concejal municipal de Mantene estrecha relación con Max Fernández.



ROSARIO POGGI DE QUEZADA

1.- Participación en el golpe de García Meza.- Como secretaria privada de Arce Gómez participó en la organización del golpe. El 17 de julio organizó grupos de asalto en el Estado Mayor. Designada Secretaria General del Ministerio del Interior fue responsable del presupuesto y suministro de materiales e insumos a grupos paramilitares y elementos ligados al narcotráfico.

2.- Situación actual.- Al restituirse la democracia se dio a la fuga. Radica en España, donde presuntamente se dedica a la distribución de droga en un local de su propiedad.



TITO MONTANO BELZU

1.- Participación en la preparación y gestión del Golpe de García Meza.- Oficial del Ejército dado de baja 1983, participó en los operativos del 17 de julio, Harrintong y otros como el intento de asesinato del dirigente Genaro Flores.

2.- Situación actual.- Militante de la UCS. Grupo de seguridad.

JORGE RIVERA ENCINAS Alias: "Grulla"

1.- Participación en el golpe de García Meza.- Miembro del grupo paramilitar reclutado en la Policía Nacional. Participó en el asalto a la COB donde fue herido por su propios camaradas. Fue Jefe de Seguridad y ayudante de Arce Gómez, Primo de Gastón Encinas (MIR) y no fue involucrado en el Juicio de Responsabilidades.

2.- Situación actual.- Tiene grado de Coronel en el servicio activo de la Policía Nacional, ocupa el cargo de Jefe Departamental de la Policía de Cochabamba.



JOSE LUÍS ORMACHEA ESPAÑA Alias: "Loco"

1.- Participación en el golpe de García Meza.- Reclutado en la época de Banzer fue jefe de seguridad en varios centros de represión. Actúa con los grupos paramilitares de Arce Gómez desde noviembre de 1979. En el asalto a la COB fue identificado por dos testigos.

Posteriormente continuó en la DIN.

2.- Situación actual.- Junto a otros ex-represores se dedica a la extorsión y a "volteos". Son informantes del CEIP del Cnl. Germán Linares.



JAVIER HINOJOSA VALDES Alias: “Lince”

1.- Participación en el golpe de García Meza.- Ex- Mayor de Ejército, dado de baja en 1983. Fue Jefe de Operaciones en el SES, segundo mando después del Cnl. Freddy Quiroga, Participó en los operativos de la COB y la Harrington. Ha sido incriminado también en varios otros casos.

2.- Situación actual.- Está tramitando su reincorporación.



EDGAR CHAVEZ LAREDO Alias: “Chupón”

1.- Participación en el golpe de García Meza.- Agente del DIN. Participó en el asalto a la COB. Es responsable de varios operativos. Actuó en el grupo “Aguilas” del DIN. Está implicado en la desaparición del ciudadano Octavio Mendoza Arismendi.

2.- Situación actual.- Es policía, reincorporado con grado en Criminalística. Está implicado en el asesinato del estudiante Jhonny Peralta en 1992, operativo dirigido desde el CEIP.



CARLOS UNZUETA BARRIENTOS

1.- Participación en el golpe de García Meza.- Oficial de confianza de Arce Gómez, organizó grupos irregulares desde el Estado Mayor Departamento II EMGE. Responsable de varios operativos, dirigió las acciones del 15 de enero en la Harrington. Como Jefe de Operaciones está incriminado en otros casos.

2.- Situación actual.- Está en el servicio activo. Hasta el año pasado ocupaba un cargo de responsabilidad en el CONASE. En rebeldía no se presentó a la conminatoria del Tribunal Supremo.



ARIEL PAREDES CORTEZ

1.- Participación en el golpe de García Meza.- Capitán de Ejército de la Escuela de Inteligencia. Fue parte del grupo seleccionado por Arce Gómez desde la gestación del golpe.

Fue Jefe de Evaluaciones del SES. Actuó el 15 de enero en la Harrington y en varios operativos.

2.- Situación actual.- Continúa en el servicio activo y fue ascendido de grado.



EDUARDO RODRIGUEZ AVILA
(Carnicero)

1.- Participación en el golpe de García Meza.- Ex-Suboficial del Ejército actuó en los operativos del 17 de julio, es uno de los presuntos autores de los disparos contra los diputados: Flores Bedregal y Quiroga Santa Cruz.

2.- Situación actual.- Es prófugo de la justicia y declarado en rebeldía. En 1989 perpetró una gran estafa en Cochabamba, desde entonces se dio a la fuga.

SILVIO VISCAFE SARAVIA

1.- Participación en el golpe de García Meza.- Actuó desde la gestación del golpe, con poder de mando en el SES, participó en el operativo del 15 de enero en la Harrington.

2.- Situación actual.- En la actualidad es informante del Grupo Especial de Seguridad (GES) y agente de la Policía Tutelar del Menor.



FRANKLIN URIARTE BALLON

Alias: "Flaco"

1.- Participación en el golpe de García Meza.- Agente infiltrado en el MIR por el Departamento II EMGE, Fue informante y luego agente de la represión. Segundo responsable del seguimiento a los dirigentes del MIR "caso Harrington". Prófugo. Se ignora su paradero.



JUAN CARLOS GARCIA GUZMAN

Alias: "Loco"

1.- Participación en el golpe de García Meza.- Agente de la represión desde la época de Banzer. Jefe de los grupos reclutados en el DIN. Actuó el 17 de julio y posteriormente fue nombrado Jefe del SES Departamental. Tiene muchos cargos en su contra. Fue reclutado por el que fuera Mayor Tito Vargas, fundador del DIC.

2.- Situación actual.- Prófugo de la Justicia, tiene un fría!.



ADOLFO USTAREZ FERREIRA

1.- Participación en el golpe de García Meza.- Gestor del golpe en Santa Cruz, junto al CnL Hugo Echeverría. Jefe político del grupo neonazi "Los Novios de la Muerte". Fue designado Contralor General de la República.

2.- Situación actual.- Ejerce libremente la abogacía.



LUÍS TAVEL MALDONADO

1.- Participación en el golpe de García Meza.- Reclutado por el Departamento II EMGE. Pasó a conformar el GOES de Arce Gómez en el Ministerio del interior. Está sindicado como el Jefe del Grupo de seguimiento al Padre Espinal, Actuó en el asalto a la COB y en otros operativos.

2.- Situación actual.- Reincorporado en Criminológica con grado.

ALVARO RIVEROS TEJADA

1.- Participación en el golpe de García Meza.- Miembro del grupo especial reclutado por Arce Gómez. Actuó en varios operativos y fue designado en funciones públicas.

2.- Situación actual.- Militante del MNR

IVAN LARREA DEVOY



1.- Participación en el golpe de García Meza.- Ex-Suboficial de Ejército del Estado Mayor. Responsable de la custodia y tortura de detenidos en las caballerizas del Estado Mayor.

Fue parte de un grupo especial dirigido a la captura y recolección de droga. Su envío a Beni junto al Ex-capitán Saúl Pizarroso Claure actualmente purgando pena en la República de Argentina por narcotráfico y su relación con Vismar Barrientos.

2.- Situación actual.- Tiene pendiente juicio ordinario por tráfico de estupefacientes.



PEDRO MARTINEZ MARTINEZ

1.- Participación en el golpe de García Meza.- Fanático militante de la Liga Mundial Anti-Comunista, fue asesor de OPSIC y jefe en la intervención a la UMSA. Durante el gobierno del MNR ocupó un alto Cargo en Cancillería.

2.- Situación actual.- Afin al MNR, desarrolla actividades vinculadas a la Cancillería.



WALTER GUMUCIO

1.- Participación en el golpe de García Meza.- Conformó el grupo neonazi relacionado con mercenarios italianos. Fue agente del Departamento II EMGE. Bajo el mando del Cnl. Alberto Gribovski asaltó la UMSA, en la que fue inter-ventor.

2.- Situación actual.- Subsecretario de Migración en el gobierno del MNR, es alto dirigente de ese partido.

WILLY SANDOVAL MORON

1.- Participación en el golpe de García Meza.- Asesor personal de Arce Gómez. Informante del Dpto. II de EMGE, fue designado en 1980 alto funcionario del control del narcotráfico.

2.- Situación actual.- Dirigente del MNR.



SAUL PIZARROSO CLAURE

1.- Participación en el golpe de García Meza.- Ex-Capitán del Ejército, de la Escuela de Inteligencia. Ayudante de Ordenes de Arce Gómez y hombre de su confianza, participó en todas las acciones importantes del 17 de julio.

2.- Situación actual.- Reo de la justicia argentina. Detenido en noviembre de 1992 con más de 30 kilos de droga. Está ligado al Cartel de Bismark Barrientos, representante de la Argentina.



MARIO ROLON ANAYA

1.- Participación en el golpe de García Meza.- Gestor y asesor intelectual del golpe de García Meza. Fue designado Canciller de la República. Responsable de encubrimiento- en casos de asesinato y desaparición ante organismos internacionales en Derechos Humanos. Misteriosamente excluido del edicto en la etapa sumarial del Juicio de Responsabilidades en el Congreso, en 1986.

2.- Situación actual.- Alto dirigente de ADN y embajador de Bolivia.



JORGE TAMAYO RAMOS

1.- Participación en el golpe de García Meza.- Gestor intelectual del golpe y responsable de las medidas económicas del régimen de García Meza. Se desempeñó como Ministro de Finanzas. Fue candidato a la Vicepresidencia de Banzer, en 1980, y ofrecido por ADN para colaborar al régimen.

2.- Situación actual.- Militante de ADN.



FERNANDO VALLE QUEVEDO

1.- Participación en el golpe de García Meza.- Asesor de la dictadura. Interventor de la UMSA con el respaldo de grupos paramilitares. Fue comisionado a participar en el golpe, siendo dirigente de ADN. Se desempeñó como Ministro de Defensa en el último gobierno del MNR.

2.- Situación actual.- Militante del MNR.



ALBERTO SAENZ KLINSKY

1.- Participación en el golpe de García Meza. Fue gestor del golpe de García Meza. Participó del segundo gabinete como Ministro de Integración del Régimen.

2.- Situación actual.- Ministro de Defensa del A. P.



JANETH MIRIAM GARCIA MIRANDA
Alias: "Kuqui"

1.- Participación en el golpe de García Meza.- Jefa del grupo de mujeres paramilitares del SES. Participó en varios operativos. Responsable de enlace en el operativo de la Harrington donde actuó bajo órdenes del Cnl. Carlos Unzueta Barrientos.

2.- Situación actual.- Libre.



FAUSTINO RICO TORO HERBAS
Alias: "Tinino"

1.- Participación en el golpe de García Meza.- Ministro del Interior de Pereda Asbún (1979). Participó en la organización del golpe como miembro de la Logia Militar "Aguilas Negras". Sucesor de Arce Gómez como Jefe del Departamento El EMGE. Realizó la evaluación y procesamiento de las detenciones logradas en los operativos de julio 1980. Posteriormente fue designado Jefe de la Casa Militar.

2.- Situación actual.- Presidente de COR-DECH durante el último gobierno del MNR. En 1991 fue designado Jefe de la FELC por el Acuerdo Patriótico, designación impugnada por las organizaciones de derechos humanos y por la DEA.



EDUARDO SEGUNDO TORREZ RIVAS
Alias: "Topo1"

1.- Conformación de grupos irregulares paramilitares en los actos del 17 de julio y hechos anteriores al mismo caso Espinal por agentes del SES departamental.

2.- En la actualidad es miembro de una banda de asaltantes compuesta por otros exagentes de la DIN gozando de protección policial casos: Charaña y el Alto.



COMISIÓN DE LA VERDAD

La COMISIÓN DE LA VERDAD es una entidad conformada a través de la promulgación de la Ley 879 del Estado Plurinacional de Bolivia que tiene la finalidad de esclarecer los asesinatos, desapariciones forzadas, torturas, detenciones arbitrarias y violencia sexual, entendidas como violaciones de derechos humanos sucedidas en el país entre el 4 de noviembre de 1964 al 10 de octubre de 1982.

La Comisión nace como producto de las demandas de diferentes asociaciones de víctimas y familiares que sufrieron la violencia política a lo largo de la dictadura militar por lo tanto está íntimamente comprometida con la defensa de los derechos humanos y la búsqueda de verdad, memoria y justicia.

Como entidad tiene los siguientes objetivos:

- a) Revisar y analizar las condiciones geopolíticas, políticas, sociales, económicas y culturales en el marco de las cuales se dio lugar a la violación de derechos humanos y la comisión de delitos de lesa humanidad contra la población boliviana, como aporte a la construcción de la memoria histórica.
- b) Contribuir al esclarecimiento de la verdad acerca de los casos de violaciones graves de derechos humanos, a fin de evitar la impunidad.

- c) Investigar y recabar información y documentación que permita establecer indicios de responsabilidades civiles y penales de los posibles autores intelectuales y materiales, instigadores, cómplices y encubridores en los casos de grave violación de derechos humanos, ocurridos dentro del periodo comprendido en el Artículo 1 de la presente Ley, para su procesamiento por autoridad o tribunal competente.
- d) Recomendar el diseño de políticas públicas de prevención y no repetición de violaciones graves de derechos humanos y las medidas de satisfacción a las víctimas, en el marco de la normativa interna así como del derecho internacional en materia de derechos humanos.

La Comisión de la Verdad está constituida por un cuerpo de personalidades elegidas conforme a su imparcialidad, ética, capacidad profesional, integridad personal y compromiso con la promoción de los Derechos Humanos. Sus actuales componentes son:

Nila Heredia

Médica de profesión. Militante del ELN. Ex Rectora de la UMSA y ex Ministra de Salud. Fue presidenta de ASOFAMD y FEDEFAM.

Edgar Ramírez

Trabajador minero, ex Secretario General de la FSTMB y ex Ejecutivo de la COB. Actualmente dirige el Archivo Histórico de la COMIBOL.

Isabel Vizcarra

Católica militante. Fundadora de la APDHB, activista de Derechos Humanos y promotora cultural. Directora del Café Semilla Juvenil.

Teodoro Barrientos

Dirigente histórico y fundador de la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia CSUTCB.



“Estados Unidos creó la Escuela de las Américas en el Canal de Panamá precisamente para el adoctrinamiento pro imperial de las Fuerzas Armadas (del continente) despojándolas de sus espíritus nacionalistas. Desde los institutos militares imperiales se educó a las FFAA de América Latina para estar alineadas a sus políticas y estrategias de expansión geopolítica, legitimar su dominio ideológico y domesticar políticamente a nuestros pueblos enfrentándolos con los militares. Hicieron a las FFAA enemigos de los pueblos.

No podemos olvidar hermanas y hermanos que la Doctrina de Seguridad Nacional de los EEUU nació después de la Segunda Guerra Mundial, 1945, y alimentó la Guerra Fría, 1945 al 1990, que dieron lugar a golpes de Estado, intervenciones armadas, invasiones contra nuestros pueblos.

Durante los golpes de Estado ¿qué decía el gobierno norteamericano? Que la democracia es enemigo del sistema capitalista. Al amparo de la Doctrina de Seguridad Nacional y la lucha contra el comunismo se instalaron gobiernos autoritarios y antidemocráticos apoyados por los EEUU desde 1954. Desde el primer golpe de Estado contra Arbernz en Guatemala (1954), hasta el último golpe de Estado en América Latina contra Dilma Rousseff, todos tienen su explicación en la geopolítica imperial estadounidense.

Antes eran golpes, golpe militar, ahora son golpe congresal y golpe judicial contra presidentes o presidentas antiimperialistas y anticapitalistas.”

Discurso del Presidente del Estado Plurinacional de Bolivia, Evo Morales, en la inauguración de la Escuela de Comando Antiimperialista “Gral. Juan José Torres González”.
Warnes, 17 de agosto de 2016

